ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio de la momia

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 3

ePub r1.3

Titivillus 12.05.16

Título original: *The mystery of the whispering mummy*
Robert Arthur, 1965
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Prometheus (1.0), CjkLibris (1.1)
ePub base r1.2



Introducción

Cuanto sigue, está sólo y exclusivamente escrito para quienes no han leído las precedentes aventuras. Si ya conoces a los Tres Investigadores, te aconsejo que prescindas de esta breve parrafada, y concentres tu atención en gozar el texto de la obra. Por fortuna para ti, lo que ahora tienes en las manos es sólo un libro, y te basta con girar una página para seguir el consejo. De ser un programa de televisión, no tendrías otra opción que permanecer sentado y soportar esta introducción.

Si eres novato, te interesará saber que los Tres Investigadores constituyen una empresa de detectives formada por un trío de intrépidos jóvenes: Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews.

Júpiter es el cerebro de la sociedad; Bob, algo así como el historiador de cuanto investigan, y Pete, fuerte y ágil, el insustituible ayudante de Júpiter en las misiones de acción.

Los tres viven en Rocky Beach, una pequeña ciudad en la costa del océano Pacífico a pocos kilómetros de Hollywood. En California del Sur, las distancias son tan grandes que un automóvil es una necesidad vital. Ninguno de estos muchachos es lo suficientemente mayor para conducir, pero el problema quedó resuelto cuando Júpiter se ganó el uso de un automóvil con chófer en una competición. El coche, un magnífico «Rolls-Royce», le pertenece durante treinta días. Eso hace que lo aprovechen al máximo.

Los Tres Investigadores tienen su puesto de mando en un remolque inservible que hay en el «Patio Salvaje» de los Jones, tíos de Júpiter: Titus y Mathilda. En su interior han instalado un laboratorio para el revelado de fotografías y diverso equipo, reconstruido de chatarras. El acceso al puesto

de mando se verifica por entradas secretas que sólo conocen los tres amigos.

Eso es todo cuanto necesitas saber para leer lo que sigue. Debo advertirte que no soy partidario de esa tendencia moderna a consentir la libre voluntad de los jóvenes. De ahí la necesidad que tienes de leerte el libro, si deseas conocer el resto.

ALFRED
HITCHCOCK

Capítulo 1

Una carta excitante

—*¡Salvadme! ¡Salvadme!* —chilló una voz extrañamente aterrorizada—. *¡Por favor, salvadme!*

Los Tres Investigadores: Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, oyeron el grito, pero no hicieron caso. El S.O.S. era lanzado por la mascota del trío, un pájaro mina adiestrado, que adquirieran en el caso anterior. «Barbanegra», así se llamaba, aprendía con sorprendente facilidad palabras y frases, que repetía gozoso.

—¡Júpiter! —gritó tía Mathilda, con los ojos clavados en «Barbanegra», cuya jaula colgaba de un listón de madera en el Patio Salvaje de los Jones—. Dejas que el pájaro vea demasiada «tele». Habla como esa gente que sale en los programas de misterio.

—Sí, tía Mathilda —jadeó Júpiter, que transportaba una vieja puerta—. ¿Dónde la pongo?

—Con las otras. ¡Chicos, dejad de holgazanear! Tenemos mucho trabajo y el tiempo pasa de prisa.

Quizá tía Mathilda tuviese razón, si bien los Tres Investigadores opinaban que el tiempo se eternizaba. Aquel día se hallaban entregados a comprobar el trabajo que podían hacer tres muchachos en un día caluroso. La cosa no hubiera tenido mayor importancia, de no ser tía Mathilda la encargada de controlar el rendimiento. Era ella quien regía el negocio. Titus su marido, se encargaba de las compras, y la mayoría del tiempo se lo pasaba en viajes de adquisición de mercancías.

Mathilda Jones era un temperamento impulsivo, y el día que se levantaba imbuida de ideas de limpieza o de inventario, tanto

Júpiter como sus amigos que se hallaran a mano, quedaban reducidos a sudorosos peones.

Los Tres Investigadores trasladaban materiales de construcción y ordenaban los más heterogéneos cacharros, suspirando por reunirse en el puesto de mando a fin de planear cómo resolver un nuevo misterio. Los recientes éxitos habían aumentado la confianza que tenían en su propia habilidad como investigadores.

El alivio les llegó con el cartero. Éste atravesó la entrada principal montado en su pequeño triciclo, y dejó caer un paquete de cartas en el antiguo buzón de hierro instalado a la puerta de la oficina. Luego siguió su camino.

—¡Cielos! —exclamó tía Mathilda—. Me olvidé totalmente de la carta certificada que Titus quería echase al correo.

La buena mujer buscó en sus repletos bolsillos hasta que halló un sobre arrugado, que alisó y entregó a Júpiter.

—Ve ahora mismo a la oficina de correos y certifícala, Júpiter. Ahí tienes dinero. Procura que salga en el correo de la mañana.

—Saldrá, tía Mathilda —prometió el robusto muchacho—. Pete y Bob me sustituirán mientras tanto. Hace días que suspiran por una buena jornada de trabajo.

Bob y Pete murmuraron indignados sus protestas. Júpiter saltó a su bicicleta y pedaleó hacia la puerta. La señora Jones se rió.

—Bien, muchachos. Os dejo libre el resto de la mañana. Podéis celebrar una reunión o reconstruir cualquier cachivache que se os ocurra.

Señaló las pilas de material que ocultaban el puesto de mando, si bien ignoraba su existencia. Luego se encaminó hacia el buzón.

—Será mejor que abra la correspondencia ahora —dijo—. Quizás haya alguna carta para Júpiter. Estos últimos días parece interesado en cosas raras.

Contentos de haber dado fin al pesado trabajo, Pete y Bob siguieron a la señora Jones, que buscó entre las cartas.

—Una tarjeta del centro de subasta —comentó—. Una factura. Un talón para el pago de una vieja caldera de vapor. ¡Hum! —Se guardó una carta debajo del brazo—. Otra factura. Una postal de mi hermana Susan. Una oferta de vivienda en Florida —eso la hizo sonreírse. Pero la siguiente carta arrugó su entrecejo—: ¡Hum! —exclamó, poniéndosela también bajo el brazo.

Un par de cartas más, tal vez para Titus Jones, tal vez en demanda de artículos difíciles de adquirir. Eso no sería de extrañar, pues el Patio Salvaje gozaba de popularidad, debido a que allí se podía adquirir cualquier mercancía agotada en el comercio.

Titus era dueño de un viejo órgano. A veces, por la noche, salía al patio a interpretar «Duérmete en la profundidad», Hans y Konrad, los corpulentos hermanos bávaros encargados de realizar el trabajo más pesado en la chatarrería, y también de conducir los dos camiones, se unían a su jefe y cantaban muy melancólicos.

La señora Jones acabó de revisar la correspondencia, denegó con la cabeza y dijo:

—No, no hay nada para Júpiter.

Hizo intención de entrar en la oficina, pero de repente se volvió cara a los muchachos. El significativo parpadeo de sus ojos, les advirtió que se burlaba de ellos.

—Hay dos cartas dirigidas a los Tres Investigadores. ¿No es ese el nombre de vuestro club?

Tiempo atrás, cuando se interesaban en resolver acertijos y ganar competiciones, se habían agrupado en un club de charadas. Eso les impulsó a que Júpiter participase en un concurso patrocinado por la agencia de alquiler de automóviles local, que ofrecía el disfrute de un viejo, pero elegante «Rolls-Royce», con chófer, durante treinta días.

Júpiter ganó el concurso, y los muchachos constituyeron la sociedad «Los Tres Investigadores» para resolver los misterios de la vida real que les encomendasen.

Tía Mathilda, algo distraída en asuntos no relacionados con su negocio, seguía en la creencia de que aún funcionaba el antiguo club. Los muchachos trataron de hacerle comprender que ahora todo era distinto, pero fracasaron.

Pete reprimió su anhelo al coger las cartas que ella le daba. Tan pronto desapareció en la oficina, ambos amigos corrieron hacia el puesto de mando.

—¡Nada de abrirlas fuera del puesto de mando! —gritó Pete—. Imagino que están relacionadas con nuestro negocio.

—Conforme —aceptó Bob—. Ahora podré organizar nuestro archivo de correspondencia. Aunque lo tenemos todo preparado, son las primeras cartas que recibimos.

Luego de rodear algunos montones de chatarra, llegaron al taller de Júpiter. Allí, una vieja sección de tubo ondulado —de la clase usada para las alcantarillas—, parecía bloquear el paso detrás del taller. No obstante, los muchachos movieron un trozo de rejilla de hierro oculta detrás de la imprentilla que Júpiter guardaba en su taller, y la boca del tubo apareció despejada. Los chicos entraron a rastras y volvieron a colocar la rejilla. Sobre sus rodillas, avanzaron unos doce metros. Un tramo del tubo se hallaba oculto bajo tierra, y el resto entre unas vigas. El extremo final comunicaba directamente con el remolque disimulado donde habían instalado el puesto de mando. Por fortuna, Titus Jones, convencido de que nunca lo vendería, autorizó a Júpiter y sus amigos a usarlo.

Una trampilla en el suelo del remolque facilitaba la entrada. Pete y Bob la empujaron y penetraron a través de ella en el puesto de mando. Allí había una pequeña oficina dotada de un escritorio que sufriera desperfectos en un incendio, varias sillas, una máquina de escribir, un archivo y un teléfono. Sobre el escritorio tenían un aparato de radio antiguo, a cuyo altavoz Júpiter había conectado un micrófono, que permitía a sus amigos oír las conversaciones telefónicas. El remolque encerraba también un pequeñísimo laboratorio fotográfico y un lavabo.

Pete encendió la luz que colgaba sobre el escritorio. Luego, sentados, miraron absortos las cartas.

—¡Sopla! —dijo entusiasmado Pete—. Una es de Alfred Hitchcock.

—¡Abrámosla!

La emoción sobrecogió un poco a Bob. ¿Era posible que Alfred Hitchcock escribiera a ellos? Quizá les plantease un caso. El señor Hitchcock había prometido recurrir a Los Tres Investigadores si tenía conocimiento de algo importante.

—¡Dejémosla para lo último! —propuso—. Estoy seguro de que es la más interesante. Además, ¿no crees que debemos de esperar a Jupe para abrirla?

—¿Ya te has olvidado de cómo intentó mantenernos ocupados? —preguntó Pete, indignado—. ¡Sugirió a su tía que aumentase nuestro trabajo! Por otro lado, tú eres el encargado del registro y eso incluye el correo, ¿no?

El argumento fue convincente. Bob se dispuso a rasgar el sobre

de la carta menos importante. Pero se le ocurrió una idea.

—Antes de leerla —dijo—, intentemos deducir su contenido. Jupe nos aconseja que practiquemos nuestras dotes deductivas siempre que tengamos oportunidad de ello.

—¿Y qué conclusiones sacarás de una carta sin antes leerla? —replicó escéptico Pete.

Bob estudiaba ya el sobre, por su anverso y reverso. Era de color lila claro. Al olerlo, captó el perfume de las lilas. Luego sacó la doblada hoja de papel; también de color lila y del mismo olor. En el membrete había grabado un escudo con gatitos juguetones.

—¡Hum! —rezongó Bob, que se puso los dedos en la frente, en actitud pensativa—. ¡Ya lo sé! —exclamó—. Escribe esta carta una señora de… unos cincuenta años. Es baja, regordeta, se tiñe el pelo, y, probablemente, habla mucho. También le enloquecen los gatos. Tiene buen corazón, pero es algo despistada. Generalmente es alegre, si bien cuando escribió la carta se hallaba muy abatida. Los ojos de Pete se agrandaron.

—¡Recanastos! ¿Puedes deducir todo eso con sólo ver el sobre y el papel, sin siquiera leer la carta?

—Seguro —dijo Bob, indiferente—. Sin duda es una mujer muy rica, que debe de tomar parte activa en trabajos de caridad.

Pete cogió el sobre y la cuartilla y, asimismo, los examinó. Una mirada de comprensión cruzó su rostro.

—Los gatitos en el escudo del membrete revelan su afición a ellos —comentó—. El hecho de que el sello de correos aparezca torcido y algo roto induce a creer que es descuidada. Las líneas de su escrito tienden a desviarse hacia arriba, indicio claro de temperamento alegre. Pero los renglones finales se inclinan hacia abajo, lo que demuestra preocupación por algo.

—Así es —dijo Bob—. La deducción es sencilla si uno hace trabajar, la mente.

—Y cuando se tiene a un Jupe que dé unas cuantas lecciones —añadió Pete—. Pero me gustaría saber cómo logras establecer su edad, altura, condición parlanchina, posición económica, actividades benéficas y que se tiñe el pelo. Sólo un Sherlock Holmes podría hablar de todo eso.

—Bueno —volvió a decir Bob, sonriente—. El remite nos lleva a Santa Mónica, donde las casas son caras. Las mujeres que viven allí

suelen ser ricas y amigas de sociedades benéficas, pues, según dice mi madre, una mujer con dinero apenas trabaja en casa, y necesita de otra ocupación para distraerse.

—Correcto —admitió Pete—. Ahora dime cómo sabes su edad y altura, que hable mucho y se tina el pelo.

—Verás… usa papel de color y perfume de lilas, y la tinta es verde. Y precisamente son las mujeres de cierta edad las que tienen esos gustos. Ahora bien, seré sincero contigo. Mi tía Hilda utiliza este papel, tiene cincuenta años, es baja, habladora y se tiñe el pelo. De ahí que yo imagine a la —miró la firma— señora Banfry semejante a mi tía.

Pete se rió.

—Pese a la coletilla, hiciste un buen trabajo deductivo. Ahora veremos qué dice —cogió la carta—. «Distinguidos Investigadores —empezó a leer Pete—. Mi muy querida amiga, la señora Waggoner, de Hollywood, me habló de que vosotros le habíais encontrado su lorita "Bo-Peep"…».

Bob tiró del papel que sujetaba Pete. Evidentemente, la señora Banfry conocía el resultado del sensacional caso *El misterio del loro tartamudo*.

—Soy yo quien lleva el registro —recordó a su amigo.

Debido a que llevaba un aparato ortopédico en una de sus piernas, recuerdo de una caída en las montañas circundantes, Bob tenía ciertas dificultades para según qué trabajos del equipo. Eso determinó que se encargara del registro, a copiar información y notas complementarias de todos los casos.

—Las cartas —añadió Bob—, pertenecen a mi departamento, al menos cuando Jupe no está aquí. Así que leeré yo.

Pete refunfuñó disconforme; si bien cedió tal privilegio a su camarada. Éste leyó la carta manuscrita. Los hechos eran muy simples. La señora Banfry tenía un gato abisinio, llamado «Esfinge», que ella consideraba un tesoro. Hacía una semana que «Esfinge» faltaba del hogar. La policía no encontraba el gato, y la buena mujer había anunciado su pérdida en los periódicos sin conseguir resultado positivo. Pero si los Tres Investigadores habían realizado un trabajo tan magnífico al recuperar la lorita de su amiga, la señorita Waggoner, quizá lograsen hallar su amado gato. En tal caso les quedaría eternamente agradecida. Y firmaba: «Mildred Banfry».

—Un gato perdido —comentó Pete, pensativo—. Bueno, también es un caso. Incluso añadiré que un caso simpático y no dañino para los nervios. La llamaré por teléfono y le diré que aceptamos.

—¡Espera! —Bob lo contuvo—. Sepamos antes qué nos dice el señor Alfred Hitchcock.

—Bueno —convino Pete.

Bob rasgó el sobre. Sacó una hoja de papel caro, con membrete de Alfred Hitchcock, y empezó a leer en voz alta.

Pero después de la primera frase, sus labios enmudecieron, a la vez que sus ojos se movían veloces, devorando el contenido de la misiva. Cuando hubo terminado, miró a Pete.

—¡Repámpanos! —dijo—. ¡Léela! Nunca lo creerás si yo te lo cuento. Dirías que me lo invento.

Curioso, Pete cogió la carta y empezó a leer. Al terminar, miró fijamente a su amigo con pupilas dilatadas.

—¡Caracoles!

Luego formuló una pregunta que, cualquiera que no hubiera leído la carta, la consideraría muy extravagante.

—¿Cómo puede susurrar una momia de tres mil años?

Capítulo 2

La momia susurra

Tras los hechos contenidos en la carta de Alfred Hitchcock, se adivinaban circunstancias más peculiares y extrañas que las habidas en otros casos resueltos anteriormente por los Tres Investigadores.

Distante unos veinte kilómetros de Rocky Beach y del Patio Salvaje de los Jones, un pequeño cañón seccionaba las colinas de Hollywood. En sus enhiestas laderas, se alzaban unas grandes y lujosas mansiones rodeadas de árboles y vegetación. Entre ellas había una vieja mansión de estilo español, propiedad del profesor Robert Yarborough. Éste, notable egiptólogo, había destinado un ala del edificio a museo.

El gran salón tenía cristaleras que daban a una terraza. El hecho de que siempre estuvieran cerradas, se traducía en una permanente y sofocante atmósfera opresiva en el postrer sol de la tarde.

Junto a las puertas cristaleras se alzaban unas estatuas traídas de antiquísimas tumbas egipcias. Una de ellas, de madera, representaba al dios Anubis. Tenía cuerpo humano y cabeza de chacal. La sombra de la cabeza proyectada en el suelo, formaba una extraña e impresionante figura.

Había otras reliquias oriundas del antiguo Egipto en la habitación. Máscaras de metal que parecían sonreír como si guardaran terribles secretos, poblaban las paredes. Tablillas y figuras de arcilla, joyas de oro y coleópteros mitológicos —escarabajos sagrados, hechos en jade por artesanos faraónicos— abundaban en urnas de cristal.

Entre dos ventanas, yacía un sarcófago de madera, en cuya tapa se veían labrados los rasgos de la momia que contenía. Era muy

sencillo, sin adornos de oro ni pinturas que lo hiciesen lujoso. Pero allí había una momia, orgullo del profesor, hombre bajo y algo rollizo, con una perilla que le daba aspecto digno, y gafas ribeteadas en oro.

De joven, el profesor Yarborough había encabezado muchas expediciones a Egipto. En tales viajes descubrió tumbas ignoradas en rocosas laderas, con momias de faraones. Éstos habían sido enterrados con sus esposas y criados, joyas y otros objetos. El profesor guardaba aquellas reliquias en su museo, y escribía un libro sobre sus descubrimientos.

El sarcófago con la momia hacía sólo una semana que estaba allí. El profesor Yarborough lo había descubierto veinticinco años atrás, pero lo tenía cedido en depósito a un museo de El Cairo.

Jubilado ya de sus actividades científicas, pidió al Gobierno egipcio que le mandase la momia para estudiarla, ahora que disponía de tiempo. Se proponía desvelar el misterio que la rodeaba.

En aquella particular tarde, dos días antes de que los muchachos recibieran la carta de Alfred Hitchcock, el profesor Yarborough, nervioso, golpeaba con un lápiz el sarcófago.

Junto a él se hallaba Wilkins, un mayordomo alto y delgado que hacía muchos años entrara a su servicio.

—¿Está seguro de que desea repetirlo, señor, después del sobresalto de ayer? —preguntó Wilkins.

—Quiero comprobar si vuelve a suceder, Wilkins —respondió el profesor Yarborough—. Por favor, abre las cristaleras. Odio una habitación cerrada.

—Sí, señor —Wilkins abrió de golpe la ventana más próxima.

Muchos años atrás, el profesor Yarborough se vio atrapado en una tumba durante dos días, y desde entonces sentía una extraña aversión a permanecer en habitaciones cerradas.

Abiertas de par en par las puertas vidriera, Wilkins alzó la tapa del sarcófago. Ambos hombres se inclinaron para observar la momia.

Puede que a muchos no les guste contemplar una momia, aun cuando sea inofensiva. Éstas aparecen empapadas de betún y otras sustancias que las conservan. Así, y envueltos en larguísimas vendas, los cuerpos de soberanos y nobles del antiguo Egipto se

conservan casi intactos a través de los siglos. Ello se debe a una creencia religiosa en la era faraónica, que prescribía semejante rito para entrar en el otro mundo. De ahí, que los personajes fueran enterrados con abundancia de trajes, herramientas y joyas que en vida les pertenecieron, pues habían de necesitarlos en el mundo venidero.

Aquella momia era quien en vida se llamara Ra-Orkon. Las vendas dejaban al descubierto el rostro de un hombre ya anciano. Parecía reflejar una gran sensibilidad y estar labrado en madera dura. Mantenía los labios entreabiertos, como en actitud de hablar. Los ojos aparecían cerrados.

—Ra-Orkon tiene un aspecto muy pacífico, señor —comentó Wilkins—. No creo que hable hoy.

—Espero que no —el profesor Yarborough observó los labios—. No es natural, Wilkins, que una momia de tres mil años hable, o susurre. No; no es natural.

—Abundo en su opinión, señor —admitió a su vez el mayordomo.

—No obstante, me susurró algo ayer —dijo el profesor—. Estaba solo aquí, cuando me susurró en una lengua desconocida. Su tono apremiante, parecía urgirme a que yo hiciese algo.

Se inclinó sobre la momia.

—Ra-Orkon, si deseas hablarme, te escucho. Intentaré comprenderte.

Pasó un minuto… dos, y sólo oyeron el zumbido de una mosca.

—Quizá fue mi imaginación —admitió el profesor—. Sí, no hay duda que debió de ser eso. Tráeme la sierra pequeña del taller, Wilkins. Voy a cortar un trozo del sarcófago. Mi amigo Jennings, de la Universidad de California, nos dirá la fecha en que Ra-Orkon fue enterrado. Es posible establecerlo mediante ensayo con carbono radiactivo.

—Sí, señor —el mayordomo se alejó.

El profesor Yarborough estudió la caja en busca de una porción idónea de la madera que necesitaba. En un punto creyó advertir sonido hueco, y en otro un reblandecimiento, como si la madera estuviese carcomida.

De repente, captó un débil murmullo que procedía del sarcófago. Se quedó rígido y alarmado, pero no tardó en reaccionar. El

profesor acercó su oído a la boca de la momia.

¡Ra-Orkon susurraba! ¡Las palabras salían de sus entreabiertos labios! ¡Un egipcio muerto tres mil años atrás, hablaba!

El profesor no lo entendía. Las extrañas sílabas rudas y siseantes, eran tan débiles, que apenas se oían. Sin embargo, había un crescendo apremiante en su tono, que podía interpretarse como un ansioso deseo de que el profesor comprendiese.

Una tremenda agitación atenazó a éste. Del idioma, tal vez árabe antiguo, creyó percibir palabras con gran semejanza fonética a otros actuales.

—¡Sigue, Ra-Orkon! —Invitó—. ¡Me esfuerzo en comprenderte!

—¿Qué dice, señor?

Sorprendido, el profesor se giró de golpe. Ra-Orkon enmudeció. El mayordomo estaba allí, en pie, con una pequeña sierra en la mano.

—¡Wilkins! —gritó Yarborough—. ¡La momia ha vuelto a murmurar! Empezó cuando te marchaste y ha cesado ahora que tú has vuelto.

Wilkins, grave el semblante, frunció el ceño.

—Eso prueba que sólo quiere hablar cuando usted no está acompañado. ¿Consiguió entender qué decía?

—No —gimió el profesor—. Algunas de sus palabras parecían tener sentido. Pero no soy experto en idiomas. Quizá sea árabe antiguo o alguna lengua como la hitita o la caldea.

Wilkins miró por la ventana. Sus ojos se posaron en una casa nueva, estucada, construida en la otra ladera del cañón.

—Su amigo, el profesor Freeman, señor —el mayordomo señaló la casa—, es una autoridad en lenguas. Podría estar aquí en cinco minutos, y si Ra-Orkon hablase en su presencia es seguro que lo entendería.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó el profesor—. ¿Cómo no se me había ocurrido llamarlo antes? Su padre estaba conmigo cuando hallé a Ra-Orkon. Desgraciadamente, lo asesinaron una semana después en un bazar. ¡Telefonea a Freeman, Wilkins! Ruégale que venga en seguida.

—Sí, señor.

Apenas salió de la estancia el mayordomo, la momia empezó de nuevo a susurrar palabras indescifrables.

Una vez más, el profesor Yarborough se esforzó inútilmente en comprender a Ra-Orkon. Irritado e impotente, renunció a seguir en su empeño. Miró a través de la abierta ventana hacia la casa de su amigo el profesor Freeman, situada en la enhiesta ladera, mucho más abajo del nivel de la carretera.

Yarborough vio su joven amigo que abandonaba la casa por la puerta lateral, ascendía un tramo de escalones hasta el garaje, y momentos después conducía su coche por la estrecha carretera que bordeaba el cañón. Mientras las pupilas del profesor Yarborough seguían fijas en el automóvil, sus oídos se esforzaban en captar un murmullo a sus espaldas.

Pero Ra-Orkon había enmudecido. Su silencio angustió al anciano egiptólogo. ¿Se callaría precisamente cuando Freeman acudía en su ayuda para interpretar los extraños sonidos?

—¡Sigue, Ra-Orkon! —apremió el profesor Yarborough—. No te calles, por favor. Intento comprenderte.

El susurro volvió a oírse poco después. En aquel instante, un automóvil se detuvo en el exterior. No tardó en abrirse la puerta del aposento, para dar paso a un hombre.

—¿Es usted, Freeman?

—Sí, profesor. ¿Qué ocurre? —Freeman tenía una voz baja y agradable.

—Procure no hacer ruido. Quiero que escuche algo.

El recién llegado avanzó en silencio hasta situarse a su lado.

—¡Ra-Orkon! —gritó Yarborough—. ¡No te calles ahora!

Pero Ra-Orkon se quedó tan silencioso como había estado durante treinta siglos, antes de ser traído al museo del profesor Yarborough.

Freeman, hombre grácil y de mediana altura, rostro optimista y pelo que empezaba a ser gris, dijo:

—No comprendo. ¿Acaso me está sugiriendo que la momia habla?

—Así es —gritó Yarborough, nervioso—. Me susurra en un idioma extraño, y confiaba en que usted pudiera interpretarlo. Pero se ha callado cuando ha entrado. Yo…

El profesor Yarborough enmudeció al advertir la mirada incrédula de su amigo.

—¿No lo cree, verdad? —preguntó—. ¿No cree que Ra-Orkon

me haya hablado?

Freeman se frotó la barbilla.

—Resulta difícil admitirlo —respondió—. Naturalmente, si yo…

—Probémoslo —le interrumpió Yarborough—. Ra-Orkon, ¡habla otra vez! Intentaremos comprenderte.

Los dos nombres aguardaron expectantes. La momia permaneció silenciosa.

—¡Es inútil! —suspiró el profesor—. ¡Susurraba, se lo aseguro! Ahora me doy cuenta de que no hablará a menos que yo esté solo.

Freeman intentó mostrarse comprensivo, por respeto al anciano y amigo profesor Yarborough. Sin embargo, la historia resultaba increíble.

—Me gustaría ayudarle, profesor Yarborough —y al captar que éste sostenía en una mano la pequeña sierra, preguntó—: ¿Para qué es? ¿No pretenderá partir por la mitad a la momia?

—¡Oh, no! —exclamó el otro—. Solamente quería aserrar un trozo de la caja para determinar su antigüedad por medio del carbono, y saber así cuándo enterraron a Ra-Orkon.

—¡Estropeará esa reliquia! —protestó Freeman—. No lo creo necesario.

—Dudo que Ra-Orkon y su sarcófago sean valiosos —refutó el anciano—. En todo caso, misterioso. Claro que tampoco urge el ensayo. Lo aplazaré hasta que resuelva el enigma de su curioso murmullo. Francamente, Freeman, estoy asombrado. Todos sabemos que una momia no puede murmurar. En cambio, ésta lo hace. ¡Pero sólo a mí!

—¡Hum! —El profesor Freeman frunció el ceño, intentando ocultar una mirada de lástima—. ¿Qué le parece si me llevo a Ra-Orkon unos días, para tenerlo en observación? Quizás al estar solo conmigo hable. En tal caso, le explicaría luego cuanto diga.

El profesor Yarborough miró algo enfadado a su joven amigo.

—Gracias, Freeman. Se lo toma a broma. Piensa que el viejo profesor Yarborough sufre alucinaciones. Bueno, quizá no esté desacertado. Pero me quedaré a Ra-Orkon hasta asegurarme de que no son imaginaciones mías.

Freeman asintió.

—Si consigue que Ra-Orkon hable de nuevo, llámeme en seguida. Ahora tengo que apresurarme. He de dar una conferencia

en la universidad.

Luego de despedirse, se marchó. Solo, el profesor esperó a que Ra-Orkon hablase. Pero, no tardó en entrar el mayordomo.

—¿Le sirvo la comida, señor?

—Sí, Wilkins. Y recuérdalo bien, no comentarás con nadie lo que acontece aquí.

—No, señor; no lo haré.

—La reacción de Freeman me ha puesto en guardia en cuanto a la opinión de mis colegas si les dijera que una momia me susurra. Pensarían que me vuelvo viejo y senil. Y si la historia apareciese en los periódicos, mi reputación de científico se iría al agua.

—Ciertamente que sí, señor —convino Wilkins.

—No obstante, necesito hablar de esto con alguien —y apretó los labios—. Alguien que no siendo científico, sepa que hay muchos misterios en el mundo. ¡Ya lo tengo! Esta noche llamaré a mi viejo amigo Alfred Hitchcock y se lo contaré. Por lo menos, no se mofará de mí.

Alfred Hitchcock no solamente no se mofó, sino que escribió una carta a los Tres Investigadores.

Capítulo 3

Júpiter adivina el pensamiento

—¿Cómo puede ser que susurre una momia? —repitió Pete.

Bob sólo supo sacudir la cabeza. Ambos chicos habían leído la carta. Hubieran pensado que se trataba de una broma de no ser que procedía de Alfred Hitchcock, quien aseguraba que su amigo, el profesor Yarborough, estaba muy abatido por el misterio de la momia susurrante. El señor Hitchcock preguntaba si los Tres Investigadores podían ayudarle.

—En realidad —dijo Pete, asombrado—, ¿cómo dar crédito a que una momia habla? —Se pasó los dedos por su pelo castaño oscuro—. ¡Una momia, es una momia! No es un ser vivo. Bueno, quiero decir que ya no lo es.

—De acuerdo —intervino Bob—. En verdad, lo que no te gusta es que todas las momias estén muertas, y aparezca una que habla.

—Tienes razón; no me agrada —admitió Pete con énfasis. Luego cogió la carta y la volvió a leer—. El profesor Robert Yarborough, eminente egipto… egipto…

—Egiptólogo —aclaró Bob.

—Egiptólogo —repitió Pete—. Vive en el Cañón del Cazador, cerca de Hollywood. Posee un museo privado. Tiene una momia que susurra, pero él no la entiende. Parece ser que los nervios empiezan a fallarle debido a la tensión en que vive. Bueno, eso es comprensible. Yo, con sólo hablar de ella, sufro escalofríos. La verdad es que no quiero tratos con momias que susurran. Opino que ya hemos tenido demasiados misterios brujos. Facilitemos una temporada de reposo a nuestros nervios. Propongo ir a Santa Mónica y ayudar a esa señora del gato abisinio.

Bob Andrews cogió la carta de la señora Banfry.

—¿Imaginas cuál de los dos casos querrá Jupe? —preguntó.

—Lo sé —dijo Pete—. En cuanto lea la carta del señor Hitchcock, telefoneará a la agencia de alquiler de automóviles y pedirá que le mande a Worthington con el coche para visitar al profesor Yarborough. Pero podemos dejarlo sin voto. Somos dos contra uno. ¡Votaremos a favor del gato!

—Es difícil contrarrestar el voto de Jupe —objetó el tercer investigador—. Lo intentamos una vez, luego investigamos el Castillo del Terror y ya sabes lo que sucedió.

—Lo sé —aceptó Pete.

—¿Dónde estará ahora? ¡Ya debiera de haber regresado!

—Demos una mirada alrededor —sugirió Pete—. ¡Arriba el periscopio!

Se fue a un ángulo de la diminuta habitación. Un tubo de estufa de pequeño diámetro subía hasta el tejado del remolque. Acababa en codo, y tenía adheridos otros dos tubos pequeños a modo de manillar. De cerca parecía un periscopio submarino, cosa no sorprendente, pues en realidad era un periscopio rudimentario. Júpiter lo había construido la semana anterior.

El puesto de mando era un secreto para el mundo exterior, de tan oculto como estaba. Pero también resultaba que desde él tampoco podía ver las inmediaciones.

Júpiter puso remedio construyendo un periscopio, al que bautizó con el nombre: «Todolové». Constaba de varios tubos de estufa y espejos instalados en sus codos. Salía por el techo junto a la claraboya. Cualquiera que lo viese, creería que era el tubo ordinario de una estufa.

Pete Crenshaw, alto y musculoso, manejó el «Todolové» hasta que su parte superior emergió por encima del alto montón de chatarra apilada en el exterior. Luego lo hizo girar, e inspeccionó los alrededores.

—La señora Jones vende tubo de plomo a un lampista —informó—. Hans clasifica maderos. ¡Y ahora veo a Jupe! —Pete inmovilizó el periscopio—. Viene con la bicicleta, de regreso de la ciudad. Ha tenido un percance. ¡Oea!, el neumático delantero está chato.

—Quizás haya pisado un clavo —sugirió Bob—. Y eso lo habrá entretenido tanto. ¿Tiene aspecto alicaído?

—No, escucha un transistor y sonríe. ¡Hum! No veo clara la cosa. Bueno, quiero decir que Jupe no encaja bien los fallos; aunque sea un neumático. Lo considera falta de eficiencia personal. Le gusta planear por adelantado que todo vaya tan suave como la seda.

—Jupe es terrorífico cuando planea algo —acusó Bob—. Pero lo que más me endemonia son esas palabras tan rebuscadas cuando habla. A veces me cuesta comprenderlo.

—¿Y a quién no? —replicó Pete, que giró un poco el «Todolové», para seguir la escena exterior—. Ahora, Jupe entra por la puerta principal. Da algo a la señora Jones. Ella señala hacia aquí y asiente con la cabeza. Adivino le dice que nos encontramos en el taller. Ahora entra en la oficina. ¿Qué lo entretendrá? —preguntó inquieto —. ¡Ya viene!



—¿Nos divertimos un rato a costa de Jupe? —propuso Bob—. Guardaré la carta de Alfred Hitchcock en mi bolsillo y le enseñaremos la que habla del gato de la señora Banfry. Así hará ejercicio mental para resolver cómo hallarlo. Después le daremos la carta que plantea el caso del profesor Yarborough y su momia.

—Y le advertiremos que no pensamos trabajar en otro caso hasta que hayamos localizado el gato —Pete se rió—. Tengo otra idea. Sígueme el juego. Ahora me toca a mí hacer algunas deducciones.

Poco después oyeron que Jupe movía la rejilla de hierro que ocultaba la boca del túnel dos, un tubo galvanizado que era la entrada principal al puesto de mando.

Pete Crenshaw bajó el periscopio y se sentó al escritorio. Seguidamente captaron el amortiguado ruido de alguien que se acercaba a rastras por el túnel dos, el raspeo especial de la trampilla, y ésta que se alzaba para dar paso a Júpiter.

Júpiter Jones era corpulento, de fornida construcción, pelo negro y penetrantes ojos oscuros. Sus facciones redondas aparecían rosadas e infantiles. Cuando se erguía y apretaba las mandíbulas, daba la sensación de más edad.

—¡Uf! ¡Hace calor ahí fuera! —exclamó.

—Mala mañana para que se reviente un neumático —dijo bromeando Pete.

Jupe lo miró.

—¿Cómo sabes que se me ha roto un neumático?

—Simple deducción. Nos hemos entretenido en sacar conclusiones como nos recomendaste, ¿verdad, Bob?

Éste asintió.

—Desde luego —confirmó—. Has tenido que llevar de la mano la «bici» durante un buen trecho de camino.

El primer investigador miró molesto a sus ayudantes.

—Está bien; lo hice. Ahora explicarme el proceso de vuestras deducciones, a fin de que yo pueda comprobar vuestros reflejos cerebrales.

—¿Nuestros qué?

—Nuestra habilidad mental, hombre —intervino Bob.

—¡Ah, claro! —respondió Pete—. Bien, extiende tus manos.

Júpiter obedeció. Las tenía sucias, y en una de ellas había la marca de un neumático de bicicleta.

—Bien, sigue —animó a Pete.

—Tu rodilla derecha aparece polvorienta. Eso demuestra que te arrodillaste en el polvo para examinar algo. Tus manos están sucias y una tiene la marca de un neumático.

»Deducciones: Si te arrodillaste para examinar un neumático, se infiere que hubo pinchazo. Si tus zapatos están sucios, significa que has caminado un largo trecho. ¡Elemental!, mi querido Jupe.

Realmente hubiera sido un excelente trabajo deductivo de no ser que ya sabían lo del pinchazo por haberlo visto a través del periscopio. Júpiter se mostró impresionado.

—Muy bien —dijo—. Semejante habilidad no debe malgastarse buscando un gato perdido.

—¿Qué? —exclamaron Pete y Bob.

—Dije que tan extraordinaria habilidad en el arte del razonamiento y eficacia deductiva, no debería de malograrse en la búsqueda de un gato abisinio que ha desaparecido de su habitual morada —repitió Jupe, usando deliberadamente una oratoria rebuscada, que tanto fastidiaba a Pete.

»En realidad, investigadores de vuestra capacidad necesitan piezas mayores, como el misterio de la momia de tres mil años, que musita mensajes crípticos en un lenguaje desconocido para su propietario.

—¿Cómo sabes lo de la momia que susurra? —Casi gritó Pete.

—Mientras vosotros habéis malgastado el tiempo en deducciones —dijo Júpiter—, yo lo he dedicado a leer en la mente. En tu bolsillo, Bob, tienes una carta con la dirección del profesor Yarborough. Ya he telefoneado para que me envíen el «Rolls». Estará aquí dentro de diez minutos. Vamos a visitar al profesor y ofrecerle nuestra ayuda en este problema de la momia que insiste en susurrar a él solo.

Sin palabras, Pete y Bob lo miraron, atónitos.

Capítulo 4

La maldición de la momia

—¿Cómo te enteraste de la carta del señor Hitchcock en que nos habla de la momia? —preguntó Pete media hora más tarde, por quinta vez.

Júpiter Jones suspiró.

—Si no aceptas que soy lector de mentes, procura averiguarlo tú mismo. Pon en marcha tus poderes deductivos. Cuando entré en el puesto de mando, realizasteis notables deducciones sobre mi neumático reventado. Sencillamente, continuad el trabajo.

Le respuesta redujo a Pete a un frustrado silencio. Bob Andrews se rió de labios para adentro. Bob sentíase feliz al gozar los preliminares de lo que muy bien ¡podría convertirse en el misterio más apasionante y terrorífico!

* * *

Los tres muchachos ocupaban el asiento posterior del antiguo «Rolls-Royce», su medio de locomoción en aquellas grandes distancias de California del Sur. El coche avanzaba suavemente por el sector norte de Hollywood.

—Jupe —comentó Bob—. Me aturde imaginar cómo nos las arreglaremos cuando finalice el período de treinta días a que tenemos derecho sobre el coche. Ya lo hemos empleado catorce días.

—Quince, lamento recordarle, *Master* Andrews —intervino Worthington, el alto y arrogante chófer inglés, que sentía una cálida

amistad hacia los chicos—. Contando hoy, naturalmente. Echaré de menos nuestras pequeñas aventuras cuando ya no tenga el placer de conducirles.

—¡Sólo quince días! —suspiró Pete.

—Dos y dos no siempre suman cuatro —habló Jupe—. Y quince y quince no siempre suman treinta. Por favor, deténgase aquí, Worthington.

El coche se detuvo a escasa distancia de la cima de uno de los muchos barrancos en las colinas alrededor de Hollywood. Un camino partía de la carretera, señalado con grandes pilares de piedra a cada lado. Una placa de metal ostentaba el nombre de Yarborough.

El camino descendía por la ladera del cañón hasta una amplia propiedad cubierta de muchos árboles. Entre éstos y el denso matorral, surgía el rojo tejado de una mansión construida según el viejo estilo español. Más allá, el declive se hacía mucho más pronunciado, hasta alcanzar el fondo del cañón. En la ladera contraria se alzaban otras casas a distintos niveles.

—Esta es la casa del profesor —anunció Júpiter—. Le telefoneé y nos aguarda. ¡Adelante, Worthington!, estoy ansioso de conocer esa momia. ¡Quizá nos hable!

—¡Oh, que no lo haga! —protestó Pete—. No me quedaré solo en una habitación donde hable una momia. Comprendo muy bien que el profesor esté abatido.

* * *

El profesor Yarborough, sentado en una mecedora en la terraza, sorbía un consomé caliente que su mayordomo le había servido.

—Dime, Wilkins, ¿te quedaste a escuchar anoche como te dije?

—Sí, señor. Me quedé en la habitación con Ra-Orkon hasta que fue totalmente de noche. Una vez me pareció oírle…

—¡Sigue! ¡Sigue!

—Saqué la conclusión de que era pura imaginación mía, señor.

El mayordomo retiró la taza vacía y entregó al profesor una servilleta. Éste secóse los labios.

—No sé qué me sucede, Wilkins. Me despierto en la noche, con el corazón golpeándome el pecho. ¡Tengo los nervios desquiciados!

—Yo también encuentro todo eso muy… muy aturdidor —dijo el mayordomo—. ¿Piensa usted…?

—¿Pienso qué? ¡Habla Wilkins!

—Iba a decir, señor, que si no ha pensado en devolver a Ra-Orkon al Gobierno egipcio. Tal vez así, el señor se vea libre de este sufrimiento.

—¡No! —Los labios del profesor Yarborough trazaron una línea de firmeza—. Todo esto me resulta incomprensible. Rehúso ceder antes de saber su significado. Muy pronto tendré ayuda.

—¿Un detective, señor? Tenía entendido que no deseaba la intervención de la policía.

—No, la policía no. Se trata de unos investigadores que mi amigo Alfred Hitchcock me ha recomendado.

En aquel instante sonó un melodioso campanilleo en el interior de la casa. El profesor, nervioso, dijo:

—Probablemente serán ellos. Apresúrate, Wilkins, y tráemelos en seguida.

—Sí, señor.

El mayordomo regresó a la terraza en compañía de tres muchachos. Uno era recio y de negro pelo, otro alto y musculoso, y, el tercero, más delgado, usaba gafas y llevaba un aparato ortopédico en una pierna que lo obligaba a cojear un poco. El profesor frunció el ceño.

Júpiter Jones observó su gesto y supo lo que significaba. El profesor Yarborough esperaba a unos investigadores de más edad. Jupe se irguió, apretó las mandíbulas, y, automáticamente, dio la sensación de ser mayor. De un bolsillo se sacó una tarjeta de negocios. El profesor leyó:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador Júpiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

El profesor formuló la pregunta que parecía de rigor:

—¿Qué significan estos interrogantes? —preguntó—. ¿Suponen acaso que dudáis de vuestra habilidad?

Bob y Pete se sonrieron. Los interrogantes constituían una de las brillantes ideas de Júpiter. Ellos los empleaban como contraseña secreta. Si cualquiera de los tres muchachos necesitaba dejar constancia de haber estado en cierto lugar, trazaba con yeso un interrogante. Júpiter empleaba el blanco, Bob el verde y Pete el azul; así siempre sabían quién había dejado la marca.

—El interrogante —explicó Júpiter—, es símbolo universal de pregunta no contestada, un acertijo no resuelto o un misterio inexplicado. Por lo tanto, lo hemos adoptado como distintivo de los Tres Investigadores. Significa que nos comprometemos a resolver cualquier misterio. Y si bien no podemos prometer el éxito, sí que lo intentaremos con todos nuestros medios e inteligencia.

—¡Hum! —El profesor giró la tarjeta entre sus dedos, pensativo —. Si no me hubieras hecho semejante aclaración, Wilkins os hubiera acompañado a la calle. Nadie alcanza éxito sin algún esfuerzo, como muy bien sé. El éxito es fruto de la tenacidad.

El profesor Yarborough los estudió en silencio. Luego asintió.

—Alfred Hitchcock os recomienda. Y yo tengo fe en su juicio. No puedo llamar a la policía por razones obvias. No puedo pedir un detective privado que me ayude, pues creería que tengo pajaritos en la cabeza, como dice el refrán. Un colega profesional se compadecería de mí en secreto y extendería la noticia de que me vuelvo viejo y senil. Pero tres chicos con imaginación, sin ideas preconcebidas… Sí, creo que si alguien puede ayudarme a llegar al fondo del asunto, sois vosotros.

Se puso en pie y caminó hacia el ala izquierda de la casa.

—Vamos —dijo—. Os presentaré a Ra-Orkon.

Jupe lo siguió. Pete y Bob estuvieron a punto de hacerlo, pero el mayordomo tendió una mano temblorosa para detenerlos. Su rostro mostraba esfuerzo y angustia.

—Muchachos, antes de que os mezcléis en el asunto de Ra-Orkon, hay algo que debéis saber.

—¿Qué es? —preguntó Pete, frunciendo el ceño.

—Su momia está protegida por una maldición —dijo el mayordomo en voz baja—. Esa maldición se cumple en quienes

profanaron su tumba o molestaron a Ra-Orkon. Durante los últimos años se ha llevado violenta, inesperadamente, las vidas de casi todos los miembros de la expedición que realizó el hallazgo de su tumba.

»El profesor no quiere admitirlo. Se niega a creer en todo lo que no tenga una explicación científica. Hasta ahora, el maleficio lo ha respetado. Pero, con la momia en su propia casa… temo por él, y por mí. Y también por vosotros, si os mezcláis en esto.

Con los ojos muy abiertos contemplaron el rostro emocionado del mayordomo. La sinceridad era evidente. Júpiter volvió en busca de sus dos amigos.

—¡Vamos! ¿Qué esperáis?

Lo siguieron para entrar en el gran museo a través de una de las grandes cristaleras.

El profesor caminó recto al sarcófago, quitó la tapa y señaló la momia.

—Aquí está Ra-Orkon —dijo—. Espero… espero que me ayudéis a comprender lo que intenta decirme.

La momia color caoba parecía descansar pacíficamente en su sarcófago. En sus ojos, cerrados para siempre, había tanta expresión como si estuvieran abiertos.

Júpiter examinó la momia con interés profesional. Bob y Pete sintiéronse tan oprimidos por la emoción, que, incluso, notaron dificultad al respirar. En sí, la visión de la momia no resultaba desagradable. Lo terrorífico era saber que susurraba, y que sobre ella pesaba una maldición.

Bob miró a Pete, que ofrecía un aspecto deplorable.

—¡Córcholis! —murmuró Pete—. Esta vez Jupe nos ha puesto en un verdadero embrollo.

Capítulo 5

Peligro repentino

Mientras Júpiter estudiaba la momia, el profesor Yarborough se pasó un pañuelo por la frente.

—¡Wilkins, abre las ventanas! —gritó nervioso—. Ya sabes que no puedo soportar una habitación cerrada.

—Sí, señor.

El mayordomo abrió de par en par las cristaleras, y las máscaras brillaron a la luz. Jupe escuchó los ruidos exteriores.

—¿No sería eso lo que usted oyó, profesor? —preguntó—. ¿No sería el roce de la brisa?

—¡No, no, muchacho! Sé diferenciar los sonidos casuales del lenguaje humano. La momia susurraba.

—Entonces descartaremos la posibilidad de que usted fuera víctima de un error. Supondremos que, realmente, usted oyó palabras dichas en algún dialecto arábigo.

—¿Me necesita el señor? —preguntó Wilkins—. ¿O puedo reanudar mis deberes?

Su voz atrajo la atención de todos, que se volvieron a mirarlo. Una súbita alarma relampagueó en las pupilas del mayordomo, que avanzó hacia el profesor Yarborough con un brazo extendido.

—¡Mire, señor! —gritó—. ¡Mire!

El mayordomo empujó al profesor, y ambos rodaron por el suelo. Al instante, la estatua de madera de Anubis, el dios de cabeza de chacal, se precipitó hacia el lugar donde el profesor había estado en pie. Casi lo rozó al caer al suelo. La cabeza del chacal pareció burlarse del anciano.

Temblorosos, señor y mayordomo se pusieron en pie, y miraron

la estatua caída.

—¡Vi cómo se tambaleaba, señor! Si llega a tocarle a usted, hubiera podido causarle daño —el mayordomo respiraba con dificultad—. Es la maldición de Ra-Orkon, señor, que lo ha seguido hasta aquí.

—¡Bobadas! —exclamó el profesor, sacudiéndose el polvo—. La maldición es sólo una historia de periodistas. La inscripción de su tumba no fue interpretada así por lord Carter. La caída de la estatua de Anubis es un hecho fortuito.

—Esa estatua lleva muchísimos años en pie sin caerse —objetó el mayordomo—. ¿Por qué había de caerse ahora? Pudo herirle gravemente, incluso matarlo como sucedió a lord Carter cuando…

—¡Lord Carter murió en un accidente de automóvil! —gritó el profesor—. ¡Puedes marcharte, Wilkins!

—Sí, señor.

Júpiter, que, inclinado, observaba la estatua, detuvo al mayordomo.

—Wilkins, usted ha dicho que vio cómo la estatua empezaba a perder el equilibrio. Tenga la bondad de contarnos exactamente cómo sucedió.

—Vi cómo se inclinaba hacia delante, *Master* Jones, hasta alcanzar un ángulo peligroso. Me pareció como… como si tratase de caer sobre el profesor Yarborough.



—¡Wilkins! —exclamó severo el profesor.

—¡Es cierto, señor! Anubis se inclinó hacia delante… y cayó. Actué tan aprisa como pude. Bueno, yo me congratulo de haber intervenido a tiempo.

—Y yo te estoy muy agradecido —reconoció el profesor—. Pero nunca más hables de maldiciones.

Al conjuro de la palabra «maldiciones» todos saltaron. Una de las máscaras, cayó al suelo con horrísono ruido.

—¿Ve… ve… usted… señor? —chilló Wilkins, más pálido que nunca.

—Fue la brisa —objetó el profesor, aunque menos seguro—. Primero derribó a Anubis, y ahora la máscara.

Júpiter, agachado sobre la estatua de madera, pasaba una mano por su base cuadrada.

—Es muy pesada, señor —dijo—. Y la base no está combada ni nada parecido. Se necesitaría algo más que brisa para derribarla.

—Jovencito, soy científico, y no creo en maldiciones ni en malos espíritus. Si quieres ayudarme, recuerda eso.

Júpiter se enderezó, pensativo el rostro.

—Yo tampoco doy crédito a semejantes creencias, señor. Sin embargo, tenemos dos curiosos incidentes cuya causa ignoramos, ocurridos en menos de cinco minutos.

—Mera casualidad —rebatió el profesor—. Bien, jovencito, aceptaste creer que la momia habla. Espero que tengas una teoría capaz de explicar cómo una momia tan antiquísima puede hablar, aunque sea en susurros.

Júpiter se presionó el labio inferior.

Bob y Pete sabían que el gesto significaba duro trabajo de engranaje mental.

—Tengo una teoría, señor.

—¿Una teoría científica? —preguntó el profesor Yarborough, moviendo su blanca perilla como si mordiese las palabras—. ¿No será un juego de pasatiempo?

—Señor, mi teoría es científica —Jupe se volvió a sus amigos—. Id en busca de Worthington, y pedirle el bolso de piel que se halla en el portaequipajes. En él guardo equipo que deseo probar.

—¡No faltaría más, Jupe! —Saltó Pete, contento de poder ausentarse—. ¡En marcha, Bob!

—Les acompañaré —se ofreció Wilkins.

Júpiter y el profesor se quedaron solos en el museo. El «Rolls-Royce», como siempre, era objeto de escrupulosa limpieza exterior por parte de Worthington, que nunca se cansaba de sacarle brillo.

—Jovencitos —dijo el mayordomo mientras los acompañaba hasta la puerta—, el profesor es terco. No admitirá nunca la maldición. Y, sin embargo, ya visteis lo sucedido. La próxima vez morirá él, o uno de nosotros. Por favor, persuadidlo de que mande a Ra-Orkon a Egipto.

Al retirarse, los muchachos quedaron impresionados.

—Quizá sea verdad que Jupe no cree en maldiciones —comentó Pete—. De mí no diré otro tanto. Un sexto sentido me dice que si supiéramos qué es lo que más nos conviene, saldríamos de aquí a todo gas.

Bob Andrews no contestó. Él tampoco creía en maldiciones. Pero habían sucedido cosas inexplicables. Worthington alzó la vista al verlos acercarse.

—¿Acabaron? —preguntó.

—Empezamos —respondió lúgubremente el segundo investigador—. Esta vez nos enfrentamos a una antigua maldición egipcia, sin la más leve idea de las consecuencias. Venimos en busca del maletín de piel que Jupe dejó en el portaequipajes.

—¡Ayudaré a *Master* Jones contra cualquier maldición egipcia! —afirmó Worthington, que se trasladó a la parte posterior del coche, donde abrió el portaequipajes y sacó un maletín de piel—. Aquí está lo que desea *Master* Jones. Me ordenó guardarlo y que no lo dijera a nadie.

Pete cogió el maletín y regresó en seguida al museo, seguido de Bob.

—¿Qué habrá? —preguntó sopesando el maletín—. Pesa bastante. Apuesto que Jupe planea sorprendernos.

—Me parece que nos tomó el pelo cuando lo embromamos con el asunto del neumático reventado —respondió Bob.

Entraron en la sala. Jupe y el profesor Yarborough alzaban la estatua de Anubis y la colocaban en su sitio. Jupe la empujó con la mano. Luego sacudió la cabeza.

—Se precisaría de un huracán para derribarla, señor. Definitivamente, la brisa no pudo hacerlo.

El profesor juntó sus pobladas cejas.

—¿Quieres decir que hay de por medio una fuerza sobrenatural?

—Ignoro qué hizo caer la estatua —respondió cortés Júpiter—. Pero sé cómo hacer que susurre una momia.

Cogió el maletín que Pete le entregaba y lo abrió, dejando al descubierto lo que parecían tres aparatos de radio.

Jupe no gustaba de dar explicaciones cuando podía demostrar los hechos. Entregó uno de los aparatos a Pete. Luego ajustó una tira de cuero provista de un alambre de cobre a la muñeca del segundo investigador. El alambre lo conectó al receptor transmisor. Después ordenó:

—Ahora cruza la terraza y vete al jardín, Pete. Arrima la radio a tu oído, y escucha, presionando este botón —lo señaló—. Luego suelta el botón y habla.

—¿Qué es esto? —preguntó Pete.

—Un receptor transmisor —explicó Júpiter—. La muñequera hace de antena. Su alcance, aproximadamente, es de un kilómetro. La idea me la dio la Transmisión de Fantasma a Fantasma. Entonces comprendí que un día necesitaríamos mantenernos en contacto a distancia. Por eso construí este equipo la semana pasada.

—Muy bien, tengo que hablar desde el jardín. Pero ¿qué digo?

—Cualquier cosa. Ahora, vete.

—Conforme —dijo Pete, que lanzó una mirada de reproche al primer investigador—. ¡Así es como leíste nuestro pensamiento!

—Hablaremos de eso más tarde —se sonrió Jupe—. Ahora hemos de hacer una demostración al profesor. Empieza a hablar tan pronto llegues… veamos… —Abrió la cristalera y miró al exterior —. Bueno, allá, junto al muro, donde está la gran bola de piedra sobre la columna de la verja.

—Entendido —Pete salió por la terraza, con la radio pegada a su oreja derecha.

—Bien, profesor, si no le importa que toque la momia… —empezó Júpiter.

—En absoluto, muchacho. Eso sí, hazlo con mucho cuidado.

Júpiter se inclinó sobre el sarcófago. Cuando se incorporó sólo tenía un transmisor receptor. El tercero había desaparecido.

—Atención —habló a través del aparato—. Empieza, Pete —se volvió al profesor y a Bob—. Escuchen.

El silencio fue roto por un murmullo no entendible.

—Inclínense sobre la momia —pidió Júpiter.

Fruncido el ceño, el profesor se inclinó sobre Ra-Orkon, Bob hizo otro tanto. Ambos oyeron un susurro. Pero reconocieron en el acto la voz de Pete.

—He rebasado el muro —decía—. Camino hacia el bosque.

—Sigue alejándote, Pete —ordenó Júpiter, que luego dijo al profesor—: Como ve, es muy sencillo hacer que susurre una momia.

Seguidamente alzó una tira de la venda que ocultaba el rostro de Ra-Orkon, y apareció el tercer transmisor receptor. A través de éste les llegaba la voz de Pete. El efecto resultó muy convincente. Cualquiera hubiese creído que la momia susurraba, de no saber la verdad.

—Una demostración científica, señor —dijo Júpiter al profesor —. Es suficiente con un pequeño radiorreceptor oculto en la momia, y alguien que hable desde el exterior de la casa.

En aquel momento, se oyó la voz alarmada de Pete.

—¡Hay alguien oculto entre los arbustos! Es un muchacho. Pero no sabe que lo he visto. Procuraré detenerlo.

—¡Un momento! —gritó imperativo Júpiter—. Te ayudaremos.

—Si lo hacéis, huirá —respondió Pete—. Fingiré que paseo por aquí, y saltaré sobre él. En cuanto me oigáis chillar, acudid.

—Conforme, Pete —aceptó Júpiter—. Tan pronto lo tengas, iremos en tu ayuda —se volvió al profesor—. Un intruso que merodea por los alrededores puede resolver el misterio… si lo capturamos.

—Quisiera saber qué sucede —Bob se retorcía de impaciencia—. Pete no transmite ahora. Me gustaría verlo desde aquí.

Éste avanzaba por la boscosa ladera, llevando pegado a la oreja el transmisor receptor. Fingía no advertir la casi invisible forma oculta entre la maleza. De repente, cuando ya fue demasiado tarde para que reaccionase el oculto muchacho, se precipitó encima de él. Éste, delgado, aproximadamente de su edad, con la piel color aceituna y ojos muy negros, quiso huir. Pete lo alcanzó y se convirtieron en un enredo de brazos y piernas.

—¡Ya lo tengo! —gritó a través del aparato, antes de saltar.

El sorprendido jovenzuelo soltó una retahíla de palabras en lenguaje extraño. El pequeño transmisor cayó de la mano de Pete,

mientras los dos luchadores rodaban por el declive. El desconocido forcejeaba enfurecido.

Aunque delgado, era flexible y resbaladizo como una anguila. Logró escaparse de Pete, que reaccionó con gran celeridad y pudo agarrarlo de nuevo. Ambos rodaban pendiente abajo, en línea recta hacia un muro de piedra.

El chico repitió una serie de raros vocablos. Pete no gastaba el aliento en palabras. Se limitó a esperar que Jupe y Bob llegasen pronto. Éstos acudieron acompañados del profesor Yarborough, atraídos por el grito de Pete, a través del transmisor. Bob, pese a su cojera, se puso en cabeza del grupo.

Desde la terraza vieron la furiosa pelea y cómo alguien más aparecía en escena: un trabajador con mono azul que corría hacia los contendientes.

—Es uno de los siete hermanos Magasay, que cuidan de mi jardín —explicó el profesor—. Son filipinos y nunca sé reconocerlos por separado. Aunque bajos de estatura, son nervudos y expertos en judo. Su ayuda será más eficaz que la nuestra.

El jardinero descendió la pendiente y se inclinó sobre los dos luchadores. Su brazo derecho sujetó por la garganta al desconocido muchacho y lo alzó, de modo que éste soltó a Pete.

—¡Ya tengo al intruso! —gritó—. No podrá escaparse. Pete se alzó lentamente. El otro forcejeaba y pateaba, haciendo tambalear a su aprehensor.



—¡Cuidado! ¡Es un gato salvaje! —dijo Pete. El chico gruñó algo en lengua extraña. Magasay gritó:

—¡Quieto! No me obligues a lastimarte.

El jardinero pronunció algunas apresuradas palabras en idioma extranjero. De repente, dio un chillido, y el muchacho se soltó de golpe. Raudo salvó el muro, y se perdió ladera abajo, antes de que Pete pudiera moverse.

En aquel momento llegaron Júpiter, el profesor Yarborough y Bob.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el profesor—. ¿Cómo logró huir?

El jardinero se excusó:

—Morder no forma parte del judo.

Mostró su mano derecha con marcas de dientes y sangre. El muchacho le había mordido con auténtica furia para liberarse.

—Hiciste lo que buenamente fue posible —respondió el profesor Yarborough—. Visita al médico y que te vende la mano. No te arriesgues a una infección.

—¡He sido un estúpido! —se lamentó el filipino.

El hombre volvió a la casa, donde tenía aparcado su camión. Como tantos otros jardineros en California del Sur, él y sus hermanos eran trabajadores independientes que cuidaban diversas propiedades.

Pete trataba de recuperar el aliento.

—¡Cáspita! —exclamó desalentado—. ¡Creí que lo teníamos!

—¿Quién es? —preguntó Bota—. ¿Qué hacía aquí?

—Espiaba la casa desde la arboleda. Lo vi cómo se desplazaba de un tronco a otro.

—No dudo que nos hubiera podido facilitar mucha información —intervino Júpiter, presionándose el labio entre el dedo pulgar y el índice.

—Muchachos —habló el profesor Yarborough—. Realmente no sé qué deducir de esto.

Ellos se volvieron a mirarlo.

—Cuando Pete lo atacó —siguió el profesor—, oímos que el chico gritaba algo que claramente nos llegó por la radio.

—¡Hablaba en un idioma extraño! —aclaró Pete.

—Árabe moderno —puntualizó el profesor Yarborough—. Y lo

que gritó fue: «¡Ruego al noble espíritu de Ra-Orkon que venga en mi ayuda!».

Júpiter quedó mudo antes de hablar, debido al grito de Pete.

—¡Mirad!

Todos se giraron prestamente y vieron con repentina alarma cómo una de las enormes bolas de granito, de peso no inferior a una tonelada, situadas en los pilares junto a la puerta, rodaba ladera abajo hacia ellos.

Capítulo 6

Un visitante excepcional

Cuando advirtieron que la enorme bola venía hacia ellos, Bob y Pete se dispusieron a correr. Pero un grito del profesor los contuvo.

—¡Quietos!

La admiración de Júpiter hacia el profesor Yarborough aumentó.

Éste comprendió, incluso antes que él, que la pendiente desviaría la gran bola hacia un lado.

Y así sucedió. La bola cambió de curso y pasó a unos cuatro metros de ellos. Segundos después rebotaba en unos eucaliptos.

—¡Repámpanos! —Bob se enjugó la frente—. Tuve intención de huir en esa dirección.

—Yo no —explicó Pete—. Yo sólo pensé en escapar de aquí. Esa bola debe de pesar una tonelada.

—Algo más —rectificó el profesor—. Una bola de granito de ese tamaño…

—¡Profesor!

La llamada del mayordomo que corría hacia ellos desde la casa, los distrajo.

—Vi desde la ventana de la cocina lo sucedido —jadeó—. ¿Está bien?

—¡Sí, sí; estamos bien! —respondió el anciano—. Ya sé lo que piensas y te prohíbo que lo exteriorices.

—Tengo que decirlo, señor —insistió el mayordomo—. Es la maldición de Ra-Orkon. A eso se debe el accidente. Ra-Orkon lo matará, señor. ¡Nos matará a todos!

—¿La maldición de Ra-Orkon? —preguntó Júpiter, cuyas pupilas chispearon de interés—. ¿Es cierto que está maldita la momia,

profesor?

—¡No, no; en modo alguno! —protestó el científico—. Tú no puedes acordarte; eres demasiado joven. Cuando descubrí la tumba en el Valle de los Reyes, la prensa publicó ridículas historias acerca de una inscripción…

El mayordomo lo interrumpió.

—Decía: «Desgracias para quien altere el sueño de Ra-Orkon, el Justo, que aquí descansa». Y uno tras otro, casi todos los miembros de la expedición han muerto o han sufrido graves quebrantos, porque…

—¡Wilkins! —tronó el egiptólogo—. ¡Te olvidas de ti mismo!

—Sí, señor —reconoció el mayordomo, evidentemente agitado —. Lo siento, señor.

El profesor Yarborough rectificó la versión de Wilkins.

—La inscripción decía: «Ra-Orkon, el Justo, descansa aquí. Desgracias si su sueño es alterado». Pero las desgracias caerían sobre Ra-Orkon. Lord Carter y yo disentimos sobre el exacto sentido de la inscripción, pero sé que yo estoy en lo cierto.

Luego de un rato de silencio, añadió:

—Admito que un misterio envuelve a Ra-Orkon. Lord Carter y yo descubrimos su tumba por casualidad. Estaba oculta en el hueco de una escalera hecha en la piedra. En su interior no había ninguna de las reliquias habituales en las tumbas de la realeza. Sólo hallamos un sencillo sarcófago con Ra-Orkon en su interior, y su gato favorito, momificado. Ninguna inscripción relataba su vida o hechos, a diferencia de otros casos. Daba la sensación de haber sido enterrado de modo que no atrajese la curiosidad de nadie. También podía ser que sus parientes aguardasen a tenerle dispuesta una mejor morada. Si uno de esos ladrones de tumbas lo hubiera descubierto, no habría hallado nada de valor junto a él.

No obstante, su meticuloso embalsamamiento demuestra que no fue un hombre ordinario. Se ignora la fecha de su muerte. Su nombre es confuso, pese a que Ra está asociado con reyes de dinastías anteriores, y «Orkon» sugiere influencia libia; los libios entraron en Egipto hace más de tres mil años, y no tardaron en gobernar el país.

Ahora me propongo establecer la fecha exacta de su muerte. Luego intentaré averiguar porqué lo enterraron con tanta sencillez y

secreto.

En cuanto a los daños sufridos por algunos miembros de nuestra expedición, no permitáis que Wilkins os confunda. Lord Carter falleció a consecuencia de un accidente automovilístico. Aleph Freeman, un hombre brillante que se formó a sí mismo, mi secretario en aquel entonces, y padre de mi amigo el profesor Freeman —señaló la otra ladera—, murió asesinado en un bazar de El Cairo. El fotógrafo y el secretario de lord Carter resultaron heridos en el mismo accidente en que murió el lord, pero luego vivieron muchos años. El inspector egipcio que nos acompañaba murió de una mordedura de serpiente.

Es natural que en un cuarto de siglo hayan ocurrido algunos accidentes a los miembros de cualquier expedición. Pero ¡creedme!, no hay maldición.

Pete y Bob se miraron sorprendidos, pues les era difícil aceptar su aserto.

—Aún queda otra cosa —siguió el profesor—; si bien nada tiene que ver con el misterioso susurro. La semana pasada, el mismo día en que llegó Ra-Orkon, un comerciante libio llamado Achmed, intentó persuadirme de que le diera la momia. Dijo que representaba a la Casa de Hamid, en Libia, y que Ra-Orkon era antepasado de su amo. Esto les había sido revelado por un mago. ¡Bobadas! Lo mandé a freír espárragos. Al irse, me advirtió que el espíritu de Ra-Orkon me traería quebraderos de cabeza, a menos que lo entregase para ser enterrado junto a su familia.

Pete y Bob cambiaron otra mirada, La cosa parecía ir de mal en peor. Jupe no disimuló su alegría al escuchar el terrorífico misterio.

—Bien —dijo el profesor—, olvidemos esa tonta superstición y comprobemos por qué la bola de granito se cayó de la entrada.

Ascendieron la ladera hasta la puerta donde se hallaba la pilastra que sustentaba la bola de granito. Comprobaron que la base de hormigón en forma de cuello había sido erosionada por las inclemencias del tiempo, pues un lado aparecía desgastado. Además, el suelo estaba algo hundido, causa de que el pilar se hubiera inclinado algo hacia delante.

—Es fácil advertir lo sucedido —comentó el profesor Yarborough—. El tiempo desgastó la base de cemento, y la ligera inclinación de la pilastra bastó para que rodase la bola. Puede,

incluso, que un imperceptible terremoto haya provocado la caída ahora. Sufrimos docenas de esos temblores en esta zona todos los años, debido a que nos hallamos sobre una línea de fallas.

Incrédulo, el mayordomo denegó con la cabeza, antes de alejarse. Los otros volvieron a la terraza y entraron en el museo, donde se reunieron alrededor del sarcófago de Ra-Orkon.

—Fuiste muy ingenioso —dijo el profesor a Júpiter—, al conseguir que la momia susurrase. Sin embargo, tu solución no es correcta, ya que no hay un receptor oculto en el sarcófago de Ra-Orkon.

—¿Está seguro, señor? —preguntó Júpiter.

El profesor parpadeó.

—Bueno, no. En realidad, no lo he comprobado.

Quitó el transmisor que Júpiter había colocado entre los pliegues de la venda que envolvía la momia, y luego palpó en busca de algo oculto. Al no hallar nada, alzó cuidadosamente a Ra-Orkon. Todos pudieron apreciar que no había nada debajo.

Júpiter, contrariado, inspeccionó el sarcófago. Empezó por la tapa, después la caja, que incluso zarandeó un poco para estar seguro.

—¡Nada! —admitió—. No hay receptor alguno. Lo siento, profesor, mi primera teoría no es correcta.

—Pocas veces resulta acertada la primera teoría —respondió el profesor—. Confío en que tengas una segunda que explique el susurro de la momia.

—Siento defraudarle, señor, de momento. Según recuerdo, usted afirma que la momia susurra únicamente cuando está solo con ella.

—Hasta ahora así ha sucedido siempre, con la particularidad de que sólo ha ocurrido a última hora de la tarde.

Júpiter se presionó el labio.

—¿Quién más habita la casa con usted? —preguntó.

—Wilkins hace diez años que está a mi servicio. Antes fue actor. Una mujer de la limpieza viene tres veces a la semana. Wilkins es cocinero, chófer y mayordomo.

—¿Y el jardinero? ¿Lleva poco tiempo con usted?

—¡Oh, no! —El profesor sacudió la cabeza—. Los hermanos Magasay hace ocho años que trabajan para mí. No siempre viene el mismo, y desde luego, nunca, entraron en la casa.

—¡Hum! —Júpiter mostró recelo en sus redondas facciones. Al fin dijo—: Es preciso que yo oiga susurrar a Ra-Orkon.

—Yo diría que se niega a hacerlo delante de extraños —apuntó el profesor—. No lo hace cuando están Wilkins o el profesor Freeman.

—Sí —dijo Bob—. ¿Por qué ha de hacer una excepción contigo, Jupe? Eres un desconocido.

—Un momento, un momento —intervino Pete—. A juzgar por lo dicho, parece como si la momia… supiese qué sucede a su alrededor.

—No es científico —admitió el profesor—. No obstante, es una realidad aceptable.

Jupe afirmó.

—Estoy convencido de que Ra-Orkon dirá algo delante de mí. Bien, espero reunir más información que facilite el trabajo. Volveremos esta noche, profesor. Quiero hacer una prueba.

—¡Rábanos picantes! ¿Dónde está Jupe? —preguntó Pete, que miraba el reloj eléctrico del puesto de mando—. Pasa un cuarto de las seis, y prometió reunirse con nosotros a las seis en punto.

—¿No dijo a su tía dónde iba? —inquirió Bob, alzando la vista de las notas que escribía sobre el episodio de la mañana.

Había trabajado mucho y duramente en la biblioteca aquella tarde, sin que pudiera dedicar ni un segundo a los asuntos profesionales que eran de su competencia.

—No, no se lo dijo —contestó Pete—. Pero se marchó en el coche con Worthington. Veamos si el «Rolls» está a la vista.

Subió el «Todolové».

—¡Ahí llega! —exclamó Pete—. Viene de la ciudad, y se asoma por la ventanilla. Quizá intenta oírnos con el transmisor.

Se precipitaron al escritorio, donde un pequeño altavoz empalmado al teléfono permitía escuchar toda conferencia. Júpiter, sin decir nada a ellos, lo había reconstruido la semana anterior, transformándolo también en unidad transmisora de cuanto se decía en la oficina, a menos que lo cerrasen.

—¡Jupe adivino del pensamiento! —Gruñó Pete—. Esta mañana escuchó todo lo que dijimos acerca de las cartas del señor Hitchcock

y la señora Banfry.

Se inclinó sobre el altavoz y abrió un interruptor.

—¡Aquí puesto de mando! —habló—. Llamo al primer investigador. ¿Me oyes, primer investigador? Cambio.

Abrió el receptor y un fuerte zumbido sonó en el altavoz, antes de que les llegara la voz de Júpiter.

—Aquí, primer investigador. Me reuniré con vosotros en cuanto pueda. Observo que habéis empleado el «Todolové». Bajadlo cuando no esté en uso. Corto y fuera.

—Recibido el mensaje.

Pete desconectó el altavoz. Bob se fue al periscopio.

—Jupe no se apresura mucho —dijo—. Viene hacia la verja. Trae una pequeña bolsa. Llegará dentro de un minuto. Worthington aguarda en el coche.

Bajó el «Todolové» y volvió a su asiento.

—No sé dónde habrá ido.

Durante unos minutos esperaron en silencio, y al no producirse ninguna señal que delatara la proximidad del primer investigador, Bob preguntó:

—¿Qué lo entretendrá ahora? ¿No se habrá encallado en el túnel dos?

Momentos después oyeron un roce, indicio inequívoco de que uno del grupo se acercaba. La trampilla se abrió, y aparecieron una cabeza y hombros.

Pete y Bob se miraron. Quien acababa de aparecer era un hombre de edad avanzada, de espeso pelo blanco, gafas ribeteadas de oro y una perilla.

—¡Profesor Yarborough! —gritó Pete—. ¿Cómo llegó usted hasta aquí? ¿Qué ha sucedido a Jupe?

—¡La maldición de Ra-Orkon ha caído sobre él!

Trepó al puesto de mando con sorprendente agilidad.

—¡Ra-Orkon ha trocado nuestras personalidades! ¡Ahora él soy yo, y yo soy él!

El anciano profesor se quitó la peluca, las gafas y la perilla, y fue Jupe quien les sonrió.

—Si he logrado engañaros, también podré hacer lo mismo con una momia. Sobre todo una momia que tiene cerrados los ojos.

—¡Jupe! —exclamó Bob.

—¡Recanastos, Jupe! —gritó Pete aturdido—. ¡Nos engañaste! ¿Por qué ese disfraz de profesor Yarborough?

—Simple comprobación, amigos.

Acabó de entrar en el puesto de mando, y depositó la peluca, gafas y perilla en la bolsa que traía. Sus amigos, visto más próximo a la luz, advirtieron que se había trazado varias arrugas en la frente y alrededor de los ojos. El maquillaje hacía que su rostro juvenil pareciera mucho mayor.

—Visité al señor Grant —dijo—. Le expliqué cómo es el profesor y él me transformó.

Al señor Grant, especialista en maquillaje, lo conocieron en una aventura anterior. Era un brujo a la hora de cambiar la apariencia de cualquier persona.

—Pero ¿por qué? —Quiso saber Bob.

—Para engañar a la momia.

—¿Engañar a la momia? —gritó Pete—. ¿Qué significa eso?

—Si Ra-Orkon me confunde con el profesor Yarborough, quizá susurre ante mí. Es lo único que puede hacerse, ya que, aparentemente, nadie más la ha escuchado.

—¡Un momento! —gritó Pete—. Oyéndote, uno piensa que Ra-Orkon puede ver, oír y hablar. ¡Y que yo sepa, sólo es una momia de tres mil años! Bueno, si es preciso disfrazarse para engañar a una momia, me retiro del caso. Voto que demos al olvido la momia y nos dediquemos a buscar el gato perdido.

Bob quiso hablar, pero tragó saliva y siguió mudo. Jupe se presionaba el labio, con su habitual gesto pensativo.

—¿Renuncias a venir con nosotros para ver si consigo que la momia susurre? —preguntó.

Pete vaciló. Lamentaba su estallido de genio. Pero había dicho que se retiraba y era tozudo por naturaleza.

—Eso dije —gruñó—. La próxima vez quizá se nos caiga encima el tejado. La maldición se empeñó en alcanzarnos esta mañana.

—Correcto —aceptó Júpiter—. Puesto que somos tres, nada impide que prestemos atención a un caso más. Ve y entrevista a la señora Banfry, mientras Bob y yo nos cuidamos de la momia, como tenía proyectado. ¿De acuerdo, Bob?

Éste sabía que Pete no había esperado que Jupe se lo tomase al pie de la letra. Pero Jupe era el jefe, y como bien dijera, los Tres

Investigadores podían atender un par de casos a la vez. Por eso aceptó.

—Bien —dijo Jupe a Pete—. Tienes el tiempo justo para realizar la entrevista antes de que oscurezca. Nosotros necesitamos el «Rolls», así que pide a Hans que te lleve a Santa Mónica en el camión pequeño.

Pete vaciló, antes de gruñir:

—Lo haré, Jupe.

Luego alzó la trampa, bajó y empezó a deslizarse por el túnel dos hacia la entrada oculta detrás de la imprentilla. Una vez en el exterior, caminó en zigzag entre los montones de chatarra hacia la oficina.

Hans cerraba ya, pero aceptó llevarlo a Santa Mónica.

«Bien —pensó Pete—, demostraré a Jupe que soy capaz de hallar el gato mientras el primer y el tercer investigador resultan aplastados por alguna desagradable maldición de Ra-Orkon. ¡Si es eso lo que pretenden, adelante!».

Capítulo 7

Aparece el dios chacal

Una hora más tarde, Pete se hallaba en Santa Mónica hablando con la excitable señora Banfry, acerca de su gato perdido.

Casi al mismo tiempo, en la casa del profesor Yarborough, Júpiter Jones entraba solo en el museo, y encendía las luces altas. Aún había claridad, pero el sol estaba ya oculto tras el cañón, y la penumbra envolvía la gran mansión.

Júpiter entró con lentos movimientos de anciano. Fue directamente a las ventanas y las abrió. Luego se encaminó al sarcófago de Ra-Orkon. Alzó la tapa, e inclinado, contempló los rasgos inmóviles de la momia.

—Ra-Orkon —invitó en voz alta—. Habla. Te escucho. Intentaré comprenderte.

Su voz imitaba con rara perfección la del profesor Yarborough. Tenía puesta la peluca, lentes y perilla que le facilitara el señor Grant. También llevaba una de las americanas de hilo y una corbata del profesor. La estatura y volumen de ambos era muy parecida, cosa que facilitaba a Júpiter hacerse pasar por el famoso egiptólogo.

En una habitación contigua, Bob y el profesor esperaban ansiosos los resultados del experimento. Wilkins, atareado en la cocina, ignoraba el cambio de personalidad.

Júpiter se mantuvo inclinado sobre el sarcófago, y repitió:

—¡Gran Ra-Orkon, háblame!

¿Era aquello un murmullo? El muchacho ladeó la cabeza para oír mejor, y… ¡Sí eran palabras! Raras, incomprensibles palabras en una lengua que jamás oyera, le llegaron en un sibilante susurro.

Alarmado, alzó la cabeza y miró a su alrededor. Estaba solo. La

puerta de la habitación en donde se hallaban Bob y el profesor permanecía cerrada.

Acercó el oído a la boca de la momia y el susurro se hizo más intenso. Era premioso, mandón. Pero ¿qué mandaba?

De una cosa estaba ahora cierto: el profesor no había sido víctima de su propia imaginación. La momia, realmente, susurraba.

Trabado en el cinturón, debajo de la americana, Jupe llevaba un registrador portátil. «La investigación moderna exige equipo científico», había dicho a sus amigos cuando fundaron la sociedad Los Tres Investigadores. Y Júpiter, gradualmente, había reunido el equipo, unas veces producto de su inventiva y destreza, y, otras, simple reconstrucción de aparatos hallados en la chatarrería.

En el diminuto laboratorio del puesto de mando tenían un microscopio y otros instrumentos para ampliar huellas dactilares y realizar ensayos. En una habitación oscura revelaban los negativos de fotografías que tomaban con la cámara de «*flash*» traída por Bob. El «Todolové» y los transistores eran adquisiciones nuevas que habían engrosado el equipo aquella semana, gracias a Júpiter. Por fortuna, el magnetófono constituía la aportación de Pete, producto de un trueque en que dio su colección de sellos.

Ahora, el pequeño y sensible micrófono del magnetófono se hallaba a sólo un centímetro de los labios de la momia.

—No te entiendo, Ra-Orkon —apremió Júpiter—. ¡Háblame otra vez!

El susurro, que había cesado, se reanudó, con una larga retahíla de palabras. Júpiter confió en que el sensible micrófono captaría los débiles sonidos.

Ra-Orkon habló durante más de un minuto. Júpiter quiso escuchar mejor, y al acercarse más se trabó la falsa perilla en una astilla del borde del sarcófago.

En el movimiento pendular que siguió acabó por arrancarse la perilla, y el dolor le obligó a gritar en su voz natural.

—¡Uy!

Su rápido gesto para recuperar la barba, le hizo perder el equilibrio y cayó pesadamente. Entonces se le desprendieron las gafas, y la peluca cayó sobre sus ojos.

Cegado, se puso en pie luchando por volver el disfraz a su sitio. Una puerta se abrió de golpe y el profesor Yarborough y Bob

entraron presurosos en el museo.

—¿Qué pasa Jupe? —preguntó Bob.

—¡Te oímos gritar! —dijo el profesor—. ¿Ha sucedido algo?

—Fue mera negligencia mía —informó Júpiter, sonriéndose apenado—. Temo haber estropeado el trabajo. La momia llegó a susurrarme.

—¡Entonces lograste engañarla! —gritó Bob.

—Eso creo —afirmó enojado Júpiter—. Déjame que lo intente otra vez.

Cogió el micrófono que se había soltado y caído al suelo, y se inclinó de nuevo sobre el sarcófago.

—¡Habla, Ra-Orkon! —apremió—. ¡Habla otra vez!

Esperaron sumidos en un silencio total, sólo roto por sus respiraciones. La espera fue inútil. Júpiter se incorporó.

—No lograremos nada —dijo—. Ya no hablará. Veamos si la cinta registró algo.

Se encaminaron a la habitación contigua. Allí se quitó el disfraz y se sacó la americana del profesor. Colocó el magnetófono portátil sobre un escritorio, volvió a enrollar la cinta y lo puso en marcha.

Al principio sólo se oyó el ruido siseante de la cinta. Luego, escuchando con atención, pudieron oír sonidos, aparentemente palabras. Pero las percibían ahogadas por el siseo que provocaba el magnetófono al haber sido puesto a su máxima potencia.

—¿Logra entenderlo, profesor? —preguntó Júpiter esperanzado, cuando la cinta dejó de emitir con su propio «¡Ay!».

El profesor Yarborough, muy aturdido, sacudió la cabeza.

—A veces creía entender una palabra. Si es un idioma antiguo o moderno del Oriente Medio, sólo un hombre en California podría decírnoslo: mi viejo amigo, el profesor Freeman, a quien ya os mencioné —señaló hacia la ventana por donde era visible la casa del profesor Freeman.

—No vive muy lejos —continuó—, si bien hay que bordear el cañón para llegar hasta él. Tardaríamos cinco o diez minutos si nos lleva nuestro chófer. Propongo ir ahora mismo, y que Freeman oiga esto. Ya le he hablado de la momia y se ofreció a ayudar si podía, aunque entonces no me creyó.

Júpiter opinó que era buena idea, y el profesor llamó a su mayordomo.

—¡Wilkins! Me voy con los chicos a visitar al profesor Freeman. Te quedas solo en la casa. Si sucede algo desacostumbrado, me telefoneas en seguida.

—Sí, señor —respondió el mayordomo.

Bob, Júpiter y el profesor se marcharon en el «Rolls-Royce». Ya era de noche. Wilkins se fue a la cocina, donde bruñía piezas orientales de bronce. Reanudó su tarea. Poco después, creyó oír un ligero ruido. Pero éste no se repitió. Wilkins cogió una espada antigua de la colección del profesor, y se encaminó a la sala museo. Todo estaba en orden. La tapa del sarcófago aparecía en su lugar y las ventanas cerradas, como las había dejado cuando los otros se marcharon.

Abrió una cristalera y salió a la terraza. En cuanto lo hizo, una voz resonó en sus oídos. Era una extraña y bronca voz que parecía ordenarle algo. Wilkins, con los nervios ya de punta, miró locamente a su alrededor.

Captó algo sobre los árboles, y alzó la espada para protegerse. En la oscuridad, una figura avanzó hacia él. ¡Era la figura de un hombre… con cabeza de chacal! Sus ojos refulgían al mirar a Wilkins.



El mayordomo se tornó mortalmente pálido.

—¡Anubis! —gritó ahogadamente—. ¡El dios chacal!

Anubis, el temible dios chacal del antiguo Egipto, dio un paso más, alzó una mano y lo señaló con aire severo.

La espada cayó de las manos de Wilkins, y, luego, vencido por el terror, se derrumbó víctima de un síncope.

Capítulo 8

¡Atrapados!

Worthington detuvo el «Rolls-Royce» frente al garaje del profesor Freeman, unido por un pequeño puente a la carretera. La casa se hallaba construida a nivel inferior.

—Muchachos, la carretera es demasiado estrecha para quedarse aquí —anunció—. Si aparece otro vehículo por aquella curva, demasiado aprisa, puede rascar la pintura del «Rolls».

Worthington se hallaba tan orgulloso del viejo coche como si fuese de su propiedad, y lo cuidaba con más esmero que a un bebé.

—Más allá hay sitio donde aparcar —siguió—. Es un lugar donde la carretera se ensancha para facilitar que la gente admire la panorámica. Aguardaré allí.

Yarborough y los muchachos descendieron del coche y se encaminaron a las escaleras de cemento que conducían al garaje junto a la casa del profesor Freeman. Cuando tocaron el timbre, éste apareció en la puerta.

—¡Agradable sorpresa, profesor Yarborough! —dijo—. Pasen, pasen. ¿Qué les trae por aquí?

El profesor Yarborough explicó que traía registrado en magnetófono los susurros de Ra-Orkon. Freeman se mostró entusiasmado.

—¡Increíble! —dijo—. ¡Oigámoslo ahora mismo! Tal vez logremos entender lo que dice.

Los condujo a una biblioteca atestada de libros, magnetofones y cintas registradoras. Veloz, quitó la cinta del magnetófono de los muchachos y la puso en otro suyo mucho más sensible.

Todos escucharon absortos el susurro de Ra-Orkon, muy

amplificado. El entusiasmo y esperanza del profesor Freeman se cambió en perplejidad y desaliento.

—No pude entender ni una sola palabra —dijo—. Sisea mucho esta cinta. Pondré un eliminador de ruidos que acabo de recibir, y probaré la cinta en otro aparato. Quizás nos ayude.

Salió de la estancia para regresar con un pequeño accesorio, que acopló junto con la cinta en otro magnetófono. De nuevo, todos se dispusieron a escuchar.

* * *

Sobre la misma hora, en el otro lado del cañón, uno de los camiones del Patio Salvaje se detuvo frente a la casa del profesor Yarborough. Era totalmente de noche, y sólo una luz brillaba en la morada.

—Parece que no hay nadie en casa, Pete —dijo Hans, el corpulento bávaro.

Pete descendió.

—Wilkins tendría que estar aquí —aseguró—. Cuando llamé al teléfono móvil del «Rolls», Worthington me explicó que había llevado al profesor, Jupe y Bob al otro lado del cañón a visitar a alguien, pero que regresarían pronto. Por eso le pedí que me trajera aquí; deseo reunirme con ellos. Esperaré en compañía de Wilkins mientras regresan.

—Conforme —dijo Hans—. Me voy ahora; Konrad y yo queremos ir al cine.

Hans se fue en el camión. Pete caminó hacia la puerta principal y llamó. Mientras aguardaba, pensó en lo averiguado a través de su entrevista con la señora Banfry.

La mujer habló mucho y muy de prisa, si bien no dijo nada de particular. Su adorado gato abisinio, una raza muy rara en el país, faltaba desde una semana atrás. Los gatos abisinios, según ella, son salvajes y poco sociales. Pero su maravilloso «Esfinge» era tan dócil como un corderillo y se iba con todo el mundo. Quizás alguien lo había robado, o tal vez el pobre se extravió y luego no supo hallar el camino de regreso.

La señora Banfry confiaba en los Tres Investigadores, que habían realizado un trabajo estupendo al recuperar la lorita de su amiga la

señorita Waggoner. También hallarían a su precioso gato.

Pete hubo de realizar terrible esfuerzo para conseguir que la conversación discurriese por cauces informativos. Y tuvo su recompensa al obtener una descripción del gato. Éste era de color tostado, con zarpas blancas. No podía confundírsele con otro, pues había algo que lo caracterizaba: sus ojos. La mayoría de gatos abisinios tienen ojos color amarillo o naranja, y los de «Esfinge» eran uno amarillo y otro naranja.

—Pupilas de distintos colores en los gatos, si bien no es muy común, tampoco es desconocido —afirmó la señora Banfry. También admitió que «Esfinge» nunca ganaría premios como gato de exhibición, pero tenía la mirada más extraña, sabia e inteligente… como si entendiera todo lo que se decía y pudiera hablar, de proponérselo.

Fotografías de «Esfinge» habían aparecido en los periódicos y revistas locales a causa de sus ojos. La señora Banfry mostró a Pete una de ellas a todo color recortada de una revista, seis meses atrás. Mostraba un gato muy hermoso, con pelambrera leonada, zarpas delanteras blancas y ojos desemparejados que le daban un aspecto terrorífico.

Pete, obtenida toda la información posible, se marchó. Ahora que había visitado a la señora Banfry, podía reunirse con los demás. Su conciencia le dictó finalmente que su deber era estar con ellos a la hora de enfrentarse a la maldición de la momia.

Cansado de esperar, abrió la puerta, entró y gritó:

—¡Hola! ¡Wilkins! ¿Dónde está? ¿No hay nadie aquí?

No obtuvo respuesta. Pete miró a su alrededor. Nada parecía anormal. Volvió a llamar, y luego se encaminó al museo. La puerta estaba abierta y encendida la lámpara superior. Lo halló todo en orden. El sarcófago aparecía cerrado. Cerca de una cristalera, la estatua de Anubis se hallaba silenciosa.

No obstante, Pete sintióse inquieto, como si un sexto sentido le advirtiera de un peligro oculto. Imposible decir qué era, si bien la sensación de cosquillas en su espina dorsal lo ponía nervioso.

Entró lentamente en el museo. Experimentó la tentación de abrir el sarcófago y dar un vistazo a Ra-Orkon. La prudencia ganó a la curiosidad. ¿Y si a la momia se le ocurría susurrarle? ¡Ah, no!

En vez de ello, traspuso la cristalera y se asomó al exterior.

Sobre el oscuro jardín aún quedaba un ligero resplandor diurno. La calma chicha, sin la más ligera brisa, hizo que el muchacho percibiese aumentado el inquietante cosquilleo en su espina dorsal. ¡Diablos! ¿Por qué Jupe y los otros no regresaban?

Se decidió por entrar de nuevo en la casa y llamar a Worthington por el teléfono móvil del «Rolls-Royce». Pero entonces vio algo en la terraza. El objeto que brillaba en el suelo era una espada. Perplejo, la recogió. La espada, muy antigua, y de bronce, debía de ser una pieza de la colección del profesor. Mientras la sujetaba, un sonido detrás de él, lo hizo girar en redondo.

Un movimiento en los arbustos provocó un respingo en su corazón. Sólo fue un animalito que se le acercó, para frotarse en una de sus piernas. Luego emitió un audible ronroneo de satisfacción.

—¡Un gato! —exclamó Pete, que se rió de su sobresalto—. ¡Sólo es un gato!

Dejó la espada y cogió el gato. Era leonado grande, y parecía muy amistoso. El felino persistía en su ronroneo, mientras Pete lo acariciaba. De repente, el segundo investigador casi lo dejó caer. ¡Tenía un ojo amarillo y otro naranja!

—¡Caracoles! —gritó Pete—. ¡«Esfinge»! ¡El gato de la señora Banfry! Y lo encontré aquí mismo. Me podré carcajear de Jupe cuando llegue y descubra que he resuelto solo el caso del gato desaparecido.

Impresionado con la idea de la sorpresa de Júpiter, no se le ocurrió pensar en la extraña coincidencia de que «Esfinge» hubiera aparecido precisamente allí.

Pete se giró para volver a la casa. En ese preciso instante, algo parecido a un pequeño tigre saltó a sus piernas, y lo derribó sobre el piso de la terraza. El gato salió disparado de sus brazos y se perdió en la maleza.

El joven investigador luchó denodadamente por su vida y para quitarse de encima aquel ser pequeño, pero combativo, que lo acosaba. Precisó de varios minutos para descubrir que su atacante era un muchacho. Cuando pudo retorcerse y verlo, reconoció al chico que él a su vez, había atacado en el jardín aquella mañana.

La sorpresa casi le hizo soltarlo. El otro quiso huir, pero el segundo investigador le torció un brazo sobre el embaldosado.

Luego se arrodilló encima del desconocido, inmovilizándolo.

—¿Quién eres? —exigió—. ¿Por qué rondas la casa? ¿Por qué me atacaste?

El chico de tez de oliva y ojos muy negros, se esforzaba en contener inminentes lágrimas.

—¡Robaste al abuelo Ra-Orkon! —gritó—. ¡Y ahora quisiste robar mi gato! Pero yo, Hamid, de la Casa de Hamid, lo impediré.

Pete parpadeó aturdido.

—¿Qué significa eso de que yo robé al abuelo Ra-Orkon? —preguntó—. En cuanto al gato, no es tuyo, sino de la señora Banfry. Además, tampoco intenté robarlo. Vino de la maleza y quiso hacerse amigo mío.

El prisionero acusó perplejidad.

—¿No sabes nada del abuelo Ra-Orkon? —preguntó—. ¿No te lo llevaste?

—No sé de qué me hablas. Si te refieres a la momia, ¿por qué la llamas «abuelo»? ¡Tiene tres mil años! Y sea como fuere, se encuentra dentro del sarcófago.

El otro sacudió la cabeza.

—Se ha ido —dijo—. Dos hombres lo han robado esta noche, cuando no había nadie aquí.

—¡Robaron a Ra-Orkon! —exclamó Pete—. ¡No lo creo! —añadió.

—¡Es cierto! Hamid, de la Casa de Hamid, no miente.

Pete giró la cabeza para mirar hacia el museo. El sarcófago parecía en estado normal. No obstante, si el chico, que se llamaba a sí mismo Hamid, decía la verdad, la momia había desaparecido.

El caso adquiría así un enfoque distinto.

—Todo lo que sé es que la momia susurraba al profesor Yarborough, y que nosotros tratamos de resolver el misterio. Quizá tú puedas explicamos por qué susurraba.

Hamid se mostró aturdido.

—¿Que el abuelo Ra-Orkon susurraba? —preguntó sorprendido —. No lo entiendo. ¿Qué misterio es ése?

—Eso intentamos averiguar. Creo que tú sabes mucho acerca de la momia. Ahora bien, quizá yo sepa algo que tú ignores. Si me dices por qué merodeabas por aquí esta mañana y lo que pretendes, puede que entre los dos resolvamos el misterio.

Mientras hablaba, Pete pensaba en que si conseguía de Hamid alguna pista sobre la momia susurrante, tal vez resolvería el caso, como el de la señora Banfry, antes de que Jupe y Bob regresaran. Su deseo de superar a Jupe por lo menos una vez, era un sentimiento muy humano.

El muchacho se mostró indeciso, pero al fin dijo:

—De acuerdo, Hamid, y la Casa de Hamid, ponen en ti su confianza. Déjame levantar y hablaremos.

Pete se alzó y se sacudió el polvo. Hamid hizo lo mismo. Luego se volvió y dijo una serie de palabras extrañas a la oscuridad.

—Llamo a mi gato —explicó—. En él vive el espíritu de Ra-Orkon, y nos ayudará a encontrar la momia. —«Esfinge» no salió de la oscuridad.

—Te repito —insistió Pete—, que ese gato es de la señora Banfry. Tiene ojos distintos, piel leonada y zarpas delanteras blancas. Encaja exactamente con la descripción.

—No —rectificó Hamid—. Las zarpas delanteras son negras, no blancas. Negras, como las del gato favorito de Ra-Orkon, cuya momia fue colocada junto a la suya en la tumba secreta hace muchos siglos.

Pete se rascó la frente. En realidad, no había comprobado semejante particularidad. Quizás Hamid estuviera en lo cierto. Claro que resultaba muy coincidente hallar otro gato con ojos distintos, y precisamente la misma noche en que empezaba a buscar un gato de esas características.

—Lo aclararemos luego —propuso Pete—. Ahora comprobaré si falta la momia.

Entraron en la sala museo. Entre ambos alzaron la tapa del sarcófago. Hamid estaba en lo cierto. ¡Ra-Orkon había desaparecido!

—¡La robaron! —exclamó Pete—. ¿Cómo pudo suceder eso?

—¡Vosotros, americanos, vosotros lo habéis hecho! —gritó Hamid—. ¡Habéis robado a mi abuelo!

—Un momento, Hamid. Ni yo ni mis socios sabemos nada de todo este lío. Sólo intentamos averiguar por qué susurra la momia. En cambio, tú aseguras que ignoras lo del susurro. Pues bien, si tú me dices lo que sabes, yo te diré lo que sé. Quizás así logremos algo.

Hamid no parecía muy conforme, si bien aceptó.

—¿Qué quieres saber?

—Primero, por qué llamas a Ra-Orkon abuelo. Tiene tres mil años.

—Ra-Orkon es un antepasado de la Casa Hamid. Tres mil años atrás, los reyes de Libia se fueron a Egipto a gobernar. Ra-Orkon era un gran príncipe. Lo mataron porque intentó ser noble y justo, y fue enterrado con mucho secreto para ocultarlo a sus enemigos. Su familia regresó a Libia, y hoy es la Casa de Hamid.

»Todo esto fue revelado a mi padre por el mendigo Sardón, que posee el don de las lenguas y de la profecía, y conoce el pasado, el presente y el futuro. Dijo a mi padre que a Ra-Orkon se lo llevaban lejos, a tierra de bárbaros, y que nunca dormiría en paz a menos que lo volvieran otra vez al lugar adecuado.

»Mi padre, enfermo, nos mandó a Achmed Bey, gerente en sus negocios, y a mí, su hijo mayor, para trasladar a Ra-Orkon a casa.

Hamid se detuvo a tomar aliento. Pete hubiera protestado de ser llamado bárbaro, pero entonces una idea empezaba a parpadear en su mente. El profesor Yarborough había dicho que un comerciante libio, llamado Achmed, quiso persuadirlo de que renunciase a Ra-Orkon. Luego era presumible que Achmed y Hamid, fracasados en su trabajo de persuasión, planearan llevarse la momia por otros medios.

—¡Vaya! —dijo—. Así tú merodeabas a la espera de una oportunidad para robar la momia de Ra-Orkon.

—¡El profesor no quiso devolver a mi muchísimas veces abuelo! —respondió Hamid, centelleantes los ojos—. Por eso Achmed y yo planeamos robarlo. Sólo nosotros podemos llevar la paz a su espíritu. Achmed, disfrazado de jardinero, paga a esos hermanos que se cuidan de este lugar, porque le permitan fingir que es uno de ellos. De ese modo siempre está cerca, sin que el profesor lo advierta. Como dice Achmed, nadie se fija en un jardinero. Además, Achmed usa un disfraz.

—Luego fue Achmed y no un jardinero quien te agarró esta mañana —exclamó Pete.

—Sí. Y él mismo me gritó en árabe que le mordiera. Cuando lo hice, me soltó. ¡Os engañó a todos! Achmed es muy inteligente.

Pete necesitó de algún tiempo para comprender que el jardinero

de confianza en realidad era un impostor, un libio llamado Achmed, que deseaba robar a Ra-Orkon para el padre de Hamid. Mientras le daba vueltas a todo eso en la cabeza, Hamid se giró.

—¡Alguien está ahí fuera! —exclamó—. Un camión acaba de detenerse.

Se acercó a la cristalera y miró al camino. Pete se unió a él. Vieron un maltrecho camión azul, y a dos hombres que descendían del vehículo, con la aparente intención de acercarse en línea recta a la terraza que daba al museo.

—¡Los mismos hombres! —siseó Hamid—. ¡Son los que robaron a Ra-Orkon! Vi cómo colocaban una figura envuelta en el camión. Cuando la casa quedó vacía entré en el museo, y averigüé que en el sarcófago no estaba mi abuelo.

—¡Vienen hacia aquí! —murmuró Pete—. Esos hombres parecen clientes indeseables. Me gustaría saber qué pretenden.

—¡Ocultémonos! —propuso apremiante Hamid—. Quizá vengan a robar algo más. Escondidos, puede que oigamos su conversación. Así sabremos a dónde se llevaron a Ra-Orkon.

—La idea es buena, pero ¿dónde? —Pete miró a su alrededor—. No hay sitio adecuado. Al menos no aquí adentro. Claro que si salimos fuera y nos ocultamos entre los arbustos…

—Entonces no oiremos lo que dicen —objetó Hamid—. ¡Rápido! ¡En la caja de la momia! Está vacía y cabemos los dos. Nunca sospecharán que alguien haya podido esconderse ahí.

—Eso es cierto —convino Pete.

Hamid corrió hacia el sarcófago y se puso dentro.

—¡Rápido! —Invitó—. ¡Hay sitio para los dos!

Los hombres ya estaban en la terraza. Pete no vaciló. Se apretujó al lado de Hamid.

Juntos pusieron la tapa encima de ellos. Pete empleó un lápiz para separar la tapa de la caja, y así disponer de una abertura por donde entrase el aire, y, al mismo tiempo, oír lo que dijeran.

Segundos después, oyeron pisadas en el museo.

—¿Traes la correa, Joe? —preguntó una voz—. Sí —repuso el aludido.

—Oye, Harry. Estoy molesto con el cliente. ¿Por qué diablos no dijo lo que deseaba en seguida? ¡Mira que hacernos volver por este viejo armatoste! Pienso subirle el precio.

—Opino lo mismo, Joe. Espero que pague.

—De otro modo… bueno, pasa la correa.

Para consternación de Pete y Hamid, la caja fue alzada del suelo por un extremo. Luego advirtieron que la sujetaban fuertemente. De no haber interpuesto el lápiz, los dos muchachos hubieran quedado herméticamente atrapados.

—¡Han regresado a robar el sarcófago! —susurró Hamid—. ¿Qué haremos?

—No quiero enfrentarme a esos truhanes —murmuró Pete—. Será mejor que nos quedemos tendidos aquí. Quizá se nos ofrezca posibilidad de saber quién los mandó. Permaneciendo en la caja, nos llevarán directamente a él. Cuando aparte la tapa, huiremos.

—Hamid no tiene miedo —dijo el libio.

—Ni yo tampoco —aseguró Pete.

Sin embargo, sentíase extremadamente nervioso cuando el sarcófago fue alzado por los dos hombres, que se lo llevaron al exterior.

—¡Infiernos! ¡Cómo pesa! —Gruñó Joe.

—Como el plomo —asintió Harry—. Vamos, ayúdame a subirlo a la furgoneta.

El sarcófago aterrizó pesadamente en el interior del vehículo.

—Ya está —exclamó Joe—. Ahora, larguémonos. Me gustaría saber para qué pueden servir una momia y una caja de madera.

—Hay personas que coleccionan cualquier cosa —comentó Harry—. De todos modos, pienso cobrarle por dos viajes.

No le entregaremos este armatoste hasta que suelte los extras. ¡En marcha!

La puerta del camión se cerró de golpe. Poco después el vehículo rodaba por las colinas, lejos del hogar del profesor Yarborough. Prietamente trabados en el interior del sarcófago, Hamid y Pete eran llevados a un lugar desconocido.

Capítulo 9

Descubrimientos insospechados

En casa de Freeman, Júpiter, Bob y el profesor Yarborough esperaban mientras el primero escuchaba por vigésima vez la cinta del curioso susurro emitido por la momia de Ra-Orkon.

—Insisto en que podré descifrarlo —dijo Freeman—. Alguna que otra palabra parece tener sentido.

Cerró la cinta y ofreció al profesor un cigarrillo.

—Dígame, ¿cómo logró este registro? También me interesa oír cómo se produjo la caída de la estatua de Anubis, y la bola de granito que adornaba la puerta de entrada.

Escuchó atento mientras el profesor Yarborough narraba la historia. De repente, sonó el timbre de la puerta.

—Perdóneme —exclamó Freeman—, alguien está arriba en la puerta del garaje. Voy a ver quién es. Siéntanse como en su casa. Es hora de que descansemos un poco. Luego volveremos a probar.

Freeman se marchó. El profesor Yarborough pareció recuperar su calma.

—Os dije que si alguien podía entender a Ra-Orkon, ese era mi amigo Freeman. Su padre era mi secretario cuando descubrí la tumba de Ra-Orkon.

—¿El mismo que murió una semana después de hallar la tumba? —preguntó Bob.

El profesor Yarborough respondió entristecido.

—Sí. Pero, por favor, no atribuyáis su muerte a maldición alguna. Aleph Freeman era un aventurero. Su muerte es una de tantas en las noches oscuras de El Cairo. Después su hijo había de interesarse por la egiptología, y ahora es uno de los mejores

expertos en idiomas del Oriente Medio.

El profesor Freeman volvió con una bandeja repleta de vasos de jengibre.

—Un vecino que recauda limosnas —dijo—. Supuse que les vendría bien un refresco. ¡Hace tanto calor! Ahora, volvamos a escuchar la cinta. Me he traído un diccionario muy especializado de mi colección, que nos será de gran ayuda.

Puso en marcha el magnetófono. De cuando en cuando consultaba el diccionario, y hacía anotaciones. Bob, e incluso Jupe, se retorcían de impaciencia. Al fin, el profesor Freeman se irguió preocupado, se acercó a la ventana, aspiró aire, y dijo:

—Bien, el caso está resuelto. Se trata de una forma antiquísima de árabe en que la pronunciación es totalmente distinta al árabe moderno. Sin embargo, el mensaje tiene sentido. Casi no me atrevo a repetirlo…

—¡No se detenga! —pidió el profesor Yarborough—. Lo que sea, quiero oírlo.

Freeman seguía dubitativo. No obstante, dijo:

—Si estoy en lo cierto, recuerde, que en gran parte es simple deducción, el mensaje dice: «Ra-Orkon está lejos de casa. Su sueño ha sido alterado. Muchas calamidades lloverán sobre los culpables. No tendrán paz hasta que la paz llegue a Ra-Orkon. La muerte los juntará, a menos que Ra-Orkon sea devuelto a su patria».

Bob Andrews sintió un escalofrío en la espina dorsal. Júpiter palideció. El profesor Yarborough se mostró desconcertado.

—Nunca di crédito a las maldiciones —aseguró terco—. ¡Y no pienso hacerlo ahora!

—Naturalmente —dijo Freeman—. No es científico.

—No lo es —afirmó el profesor Yarborough.

—No obstante —sugirió Freeman—, me gustaría tener aquí a Ra-Orkon unos días, para ver si me susurra a mí. Así sabríamos más de su misterio, que me intriga y altera.

—También a mí me intriga y altera —reconoció el anciano egiptólogo—. Gracias, pero no pienso darme por vencido ante una momia. Estos muchachos —indicó a Bob y a Júpiter—, me ayudarán. De algún modo llegaremos al fondo del misterio.

Se despidieron del joven científico y ascendieron los peldaños hasta la carretera. Worthington aguardaba junto al «Rolls-Royce».

—Creí que si alguien podía interpretar el mensaje de Ra-Orkon, éste sería Freeman —comentó el profesor Yarborough, de regreso a casa—. Dime, Júpiter Jones, ¿tienes alguna teoría de cómo susurra Ra-Orkon? Francamente, eso me interesa mucho más que las amenazas o las maldiciones.

—No, señor. Confieso que este caso resulta muy engorroso.

—Es un estropéamolleras —murmuró Bob, parodiando a Pete Crenshaw.

—Ya hemos llegado —anunció Worthington, que detuvo el «Rolls-Royce» delante de la morada del profesor Yarborough.

—No veo el camión, pero Pete ha de estar —señaló Júpiter, al descender del coche—. Llamó a Worthington para decirle que nos encontraríamos aquí.

Entraron en la casa. Las luces estaban encendidas; pero no había nadie.

—Wilkins acostumbra salir a recibirme —dijo el profesor frunciendo el ceño. Luego llamó—: ¡Wilkins! ¡Wilkins!

—¡Pete! —Júpiter lo imitó—. ¿Dónde estás?

¡Ninguna respuesta!

—¡Qué raro! —exclamó el egiptólogo.

Júpiter sintióse preocupado.

—Averigüemos qué sucede, señor —invitó.

—Excelente idea. Quizás estén en el museo.

Fueron todos allí. En principio no observaron nada anormal. Luego advirtieron que el sarcófago había desaparecido.

—¡Ra-Orkon! —gritó Bob—. ¡Se ha ido!

El profesor se precipitó al lugar donde antes estuviera la momia. Sólo quedaban ahora unos rasguños en el suelo. Y un arrugado pañuelo azul junto a la vitrina sobre el que se abalanzó Júpiter.

—¡Alguien ha robado a Ra-Orkon! —exclamó incrédulo Yarborough—. Estos rasguños muestran que el sarcófago ha sido movido. Pero ¿a quién puede interesarle una antigua momia egipcia? No tiene ningún valor comercial.

Frunció el ceño, y de repente, gritó:

—¡El comerciante libio, Achmed, o como se llame! ¡Estaba interesado en llevarse a Ra-Orkon! ¡Él lo hizo! Lo acusaré ante la policía. Sólo que… —vacilante, miró a su alrededor—. Si llamo a la policía, me veré obligado a explicar que la momia susurraba. La

noticia saldrá en la prensa y seré objeto de mofa. No, decididamente renuncio a llamar a la policía.

Se mordió el labio inferior con aspecto desgraciado y ausente.

—¿Qué hago? —preguntó—. Mi reputación científica es más valiosa que la momia.

Bob se mantuvo en silencio. Júpiter mostró el pañuelo azul.

—Se necesitan dos hombres para llevarse la caja de Ra-Orkon, señor. Luego, Achmed no pudo hacerlo solo. Pañuelos de este tipo los usan generalmente los trabajadores. Puede ser una pista. Quizá se le cayó a uno de los ladrones. En tal caso, Achmed sería inocente.

El profesor se pasó la mano por los ojos.

—¡Todo es confuso! —exclamó—. Primero la momia me susurra… luego desaparece. Realmente no sé… —Se detuvo—. ¡Wilkins! ¡Nos hemos olvidado de Wilkins! Estaba aquí. ¿No le habrán hecho algún daño esos sinvergüenzas? ¡Hay que buscarlo!

—¿No estará de acuerdo con ellos? —preguntó Bob, que había leído mucho sobre mayordomos implicados en asuntos criminales.

—¡Naturalmente que no! —Saltó el profesor—. Wilkins lleva diez años a mi servicio. ¡Busquémoslo! ¡Busquémoslo!

El anciano se precipitó a la terraza. Vio la espada sobre las losetas, y la recogió.

—¡Es de mi colección! ¡Wilkins la cogería para defenderse! ¿Lo habrán secuestrado también? Tendremos que recurrir a la policía.

Se disponía a regresar a la casa cuando un ligero gemido lo paralizó. Éste procedía de la maleza, junto a la terraza. Júpiter fue el primero en llegar.

—¡Es Wilkins! —gritó.

Hallaron al mayordomo tendido en la hierba, con las manos cruzadas sobre el pecho, oculto detrás de unos matorrales. Era fue la razón de que ni Pete ni Hamid lo descubrieran.

—Alguien lo puso aquí. Su postura no corresponde a una caída —comentó el anciano, que se arrodilló junto al mayordomo—. Empieza a recuperar el conocimiento —alzó la voz—. ¡Wilkins! ¿Me oyes?

Los párpados de Wilkins se entreabrieron, pero de nuevo se cerraron.

—¡Miren! —exclamó Bob, señalando un pequeño animal en las sombras—. ¡Es un gato!

—Aquí, minino —tendió la mano—. Aquí, minino, aquí.

El gato, que se lamía las patas, se acercó. Bob lo tomó en sus brazos.

—Observen —dijo—. Tiene un ojo azul y otro naranja. Nunca vi un gato semejante.

—¡Cielos! —gritó el profesor—. ¡Ojos desiguales! ¡Déjame verlo!

Bob aguantó el gato de modo que pudiera comprobarlo. El profesor Yarborough frunció el ceño.

—Un gato abisinio de ojos diferentes —comentó—. No sé qué deducir de esto. La cosa se convierte en… demasiado fantástica. Ya os dije, muchachos, que Ra-Orkon fue enterrado con su gato favorito. Éste era abisinio, tenía ojos de color diferente y zarpas delanteras negras. Y mirad, éste también tiene ojos cambiados y zarpas negras.

Era cierto. El gato tenía las zarpas delanteras de color azabache.



—Quizá Wilkins nos aclare algo si podemos reanimarlo —dijo el profesor, mientras le frotaba las muñecas.

—¡Wilkins, viejo amigo, háblame! ¡Dime qué sucedió!

El mayordomo abrió los ojos. Miró al profesor Yarborough, si bien no pareció verlo. Sus pupilas carecían por completo de expresión.

—¡Wilkins! ¿Qué sucedió? —preguntó el científico—. ¿Quién robó a Ra-Orkon? ¿Fue el comerciante libio?

El mayordomo realizó un esfuerzo.

—¡Anubis! —susurró aterrado—. ¡Anubis!

—¿Anubis? —preguntó el anciano—. ¿Te refieres al dios chacal? ¿Quieres decir que Anubis robó la momia?

—¡Anubis! —repitió Wilkins.

De nuevo cerró los ojos.

El profesor puso una mano sobre la frente de su mayordomo.

—Tiene fiebre. Muchachos, hay que llevarlo al hospital, en seguida. Aún no daré parte a la policía. Los periódicos lo transformarían en una historia sensacionalista. Wilkins parece afirmar que un antiguo dios egipcio robó la momia. Y aquí hay un gato idéntico al favorito de Ra-Orkon, muerto tres mil años atrás. Estoy muy confundido, pero la salud de Wilkins es antes. Lo llevaremos al hospital en vuestro coche, si no os importa. Cuando pueda decirnos qué ha sucedido, sabremos a qué atenernos.

—Vosotros encargaros del gato, y mañana me telefoneáis. Ahora, ayudarme a levantar a Wilkins. Debemos llevarlo al coche en seguida.

Wilkins fue ingresado en la clínica particular de un doctor amigo del profesor. Bob y Júpiter regresaron al puesto de mando. El primero sostenía el gato, que ronroneaba pacíficamente en sus brazos.

—¡Repámpanos, Jupe! —exclamó Bob—. ¿Puede este gato estar relacionado con la desaparición de Ra-Orkon?

Júpiter dio un respingo.

—No me extrañaría —admitió—. Pero no tengo la más remota idea de cómo.

Júpiter no soportaba ser confundido en sus investigaciones, y esta vez lo había sido en un grado que Bob no recordaba sucediera en anteriores trabajos. Ello le hizo olvidarse de Pete, hasta que el

tercer investigador dijo:

—Bueno, ¿dónde supones que está Pete? Ya debimos de tener noticias suyas.

Júpiter no ocultó su sorpresa.

—Es cierto. Llamémosle por teléfono. Quizá esté aún con la señora Banfry.

Alzó el teléfono móvil, instalado en el lujoso coche Éste permitía cualquier comunicación aunque el vehículo estuviera en marcha. Primero llamó a la señora Banfry, quien informó de que Pete hacía mucho que se había marchado. Luego, al puesto de mando, pero no obtuvo respuesta. Su tío Titus dijo que Hans y Konrad se habían ido al cine en el camión pequeño. También informó, después de dar un vistazo, que la bicicleta de Pete seguía en Patio Salvaje.

—¿Dónde puede estar? —inquirió Bob, preocupado.

—Lo ignoro —Jupe sacudió la cabeza—. Es evidente que fue a la casa del profesor, si bien no tengo idea de dónde pueda estar ahora. No queda otra solución que aguardar a que aparezca. Confío en Pete.

Su confianza se hubiera alterado, empero, de saber que Pete y Hamid viajaban en el sarcófago de la momia, hacia un destino ignorado en alguna parte de Los Ángeles.

Capítulo 10

No hay escape para los prisioneros

El paseo en el sarcófago resultó largo. El camión saltaba por calles plagadas de socavones. Por fortuna para Pete y Hamid, la misma apretura en que viajaban les servía de amortiguador.

El aire empezaba a enrarecerse. De no haber sido porque la abertura que provocaba el lápiz de Pete entre la tapa y la caja de la momia permitía la entrada de aire fresco, lo habrían pasado muy mal.

Hamid era valeroso y Pete hubo de reconocerlo.

—¿Dónde supones que nos llevan?

El niño libio formuló la pregunta en un susurro innecesario. Dentro del sarcófago, en la parte trasera de la furgoneta, nadie lo oiría aunque gritase a todo pulmón.

—Según se deduce de la conversación de ese par —dijo Pete—, ocultarán esta caja en vez de entregarla a su destinatario. Cuando la descarguen será llegado el momento de escapar.

Pete se expresó con una serenidad que no sentía. ¿Y si aquellos hombres no se molestaban en quitar la correa?

—Hablaron de dos viajes —murmuró Hamid—. Y también de que estaban enojados con alguien.

—Se trata de la persona que les mandó robar la momia. Se llevaron a Ra-Orkon, pero dejaron la caja debido a su peso. El otro debió de enfadarse y les obligó a que regresaran en su busca. A la vez, ellos se molestaron y han decidido ocultarla hasta que pague un extra.

—Sí, claro. Supongo que ésa es la razón —convino Hamid—. Pero sigo sin comprender que alguien tenga interés en robar la

momia de Ra-Orkon. Es *mi* abuelo, de cien generaciones atrás, y no de ese otro.

—Ciertamente es un misterio —asintió Pete—. Bob Andrews lo estará denominando en este mismísimo momento *El misterio de la momia susurrante*.

—¿Bob Andrews? —preguntó Hamid—. ¿Quién es?

—Uno de los Tres Investigadores.

—¿Qué significa eso?

El libio parecía aturdido. Pete le contó quiénes eran los Tres Investigadores. Hamid escuchó con gran interés.

—Vosotros, los chicos americanos, sois tan… no se me ocurre la palabra. Pero hacéis cosas —dijo envidioso—. En Libia es muy distinto. Mi familia compra y vende alfombras orientales. Yo mismo sé mucho de alfombras; en cambio ignoro todo sobre huellas dactilares, magnetófonos, periscopios, transmisores…

—¡El transmisor! —exclamó Pete—. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Podemos pedir ayuda.

El segundo investigador había reparado el transmisor que se le estropeara en su lucha con Hamid aquella misma mañana. Jupe había insistido en que debían llevarlos siempre que estuviesen investigando algún caso.

Pete se esforzó hasta sacarse del bolsillo el transmisor. Luego desprendió las tiras de esparadrapo que sujetaban a su cinto la antena, cuyo extremo pasó a través de la rendija. Inmediatamente intentó la comunicación.

—¡Atención! ¡Atención! Llama el segundo investigador —y repitió—. Llama el segundo investigador. ¿Me oyen? Urgente. Corto.

Durante un momento el silencio fue absoluto. De repente el corazón de Pete saltó gozoso. A través del transmisor le llegó la voz de un hombre.

—¡Tom!, ¿oíste eso? Alguien más está en nuestra comunicación.

—Sí, Jack —contestó otra voz—. Parece un chaval. Oye chico, quienquiera que seas, cállate. Escucha Jack, como te decía, mi camión está detenido en Freeway, con un neumático desinflado. Si puedes…

—¡Socorro! —interrumpió Pete, desesperado—. Me llamo Pete Crenshaw. Por favor, telefoneen a Júpiter Jones en Rocky Beach.

¡Es urgente!

—¿Telefonear a quién? —preguntó el llamado Tom—. ¿Qué dijiste, chico?

—¡Que telefonee a Júpiter Jones en Rocky Beach! Dígale que Pete lo necesita. ¡Operación emergencia!

—¿Qué clase de emergencia, chico?

—Estoy encerrado en el sarcófago de una momia. Me llevan con rumbo desconocido en un camión los hombres que robaron a Ra-Orkon. Júpiter lo entenderá. ¡Por favor, llámenlo!

—¿Oíste eso? —Se rió Jack—. Un chico dice que está encerrado en la caja de una momia y que lo llevan de paseo. ¡Esa juventud!

—¡Por favor! —insistió Pete—. ¡Es cierto! Llamen a Júpiter Jones.

—Oye Tom —dijo el otro hombre—. Ya sabes donde estoy. Mándame ayuda. ¡Chico, desaparece! Tendrían que hacer una ley contra los intrusos.

Se cortó la comunicación. Pete, pese a sus intentos, no logró restablecerla.

—Es inútil, Hamid —dijo lúgubremente—. Si hubiera dicho que perdí el dinero o algo parecido, en vez de la verdad, me habrían creído. Pero la historia de que me hallo en la caja de una momia les ha parecido una gamberrada.

—Resulta comprensible, Pete. Viajar encerrado en la caja de una momia es algo insólito y difícil de creer.

—Sí, cosas así sólo suceden una vez en tres mil años. Lo malo es que tenga que sucederme precisamente a mí —gruñó Pete.

Se quedaron silenciosos. Mientras el camión rugía, Pete pensó en todo aquello que le gustaría saber. Si Jupe hubiera sido el prisionero, seguro que ya habría sacado mejor provecho de la situación.

—Oye, Hamid. Hablas un inglés muy bueno para ser libio.

—Si hablo bien el inglés, soy feliz —respondió Hamid, complacido—. Tengo un tutor norteamericano. Mi padre, jefe de la Casa de Hamid, quiere que yo viaje por todo el mundo para vender nuestras alfombras; por eso aprendo inglés, francés y español.

»En Libia, la Casa de Hamid goza de gran respeto desde muchas generaciones atrás. Hacemos, compramos y vendemos las alfombras orientales más finas. Mi padre está enfermo, y yo, aunque soy muy

joven, tengo que aprender para sustituirlo dignamente como jefe de la Casa de Hamid.

—De acuerdo, pero ¿dónde encaja Ra-Orkon en todo esto? —inquirió Pete—. Dices que es tu antepasado; sin embargo, el profesor Yarborough asegura que nada se sabe acerca de él, excepto su nombre. Nadie sabe quién fue, ni lo que hacía.

—El profesor cuenta lo que aprendió en los libros —la voz de Hamid sonó rencorosa—. Pero no todo está en los libros. Hay hombres sabios que atesoran conocimientos secretos para los demás.

»Seis meses atrás un mendigo llamado Sardón vino a casa. Dijo a mi padre que había tenido una visión, y que una voz misteriosa le ordenó ir a la Casa de Hamid. Mi padre le dio de comer.

»Luego el mago Sardón cayó en trance y habló en lenguas extrañas. El espíritu de Ra-Orkon se posesionó de sus labios.

»Ra-Orkon anunció que iba a ser trasladado a la tierra de los bárbaros de piel clara, y que no descansaría en paz hasta que regresara a su propia tierra. Ra-Orkon dijo que era un antepasado de la Casa de Hamid. Rogó a mi padre que lo rescatase, para así gozar de la paz eterna.

»Prometió que él, Ra-Orkon, se aparecería en la forma de su gato favorito, con ojos de color distinto y patas negras. Eso demostraría que había dicho la verdad. Mi padre ya no tendría dudas y comprendería que era necesario recuperar la momia y regresar a Libia.

»Después que Ra-Orkon hubo hablado, Sardón se despertó y no supo nada de lo que había dicho. Era muy anciano, con largo pelo blanco y sólo un ojo. Caminaba con ayuda de un bastón. Antes de irse miró su bola de cristal y anunció a mi padre muchas cosas extrañas del pasado y del futuro.

—¡Recáspita! —exclamó Pete—. ¿Y qué hizo tu padre?

—Mi padre mandó a Achmed a El Cairo, a comprobar si era verdad que en un museo había una momia llamada Ra-Orkon, dispuesta para ser enviada a los Estados Unidos, al profesor Yarborough, de California.

Achmed informó a mi padre que Sardón, el mendigo, decía verdad. Debido a su enfermedad, me mandó a mí, su hijo mayor, con Achmed como guardián, a este país, a recuperar la momia que

es muchas veces mi abuelo. Achmed intentó persuadir al profesor a que le cediera Ra-Orkon, pero no lo consiguió.

—Sí, el profesor lo despidió sin muchas contemplaciones —comentó Pete.

—Entonces es cuando Achmed forjó el plan de fingirse uno de sus jardineros de modo que pudiera estar cerca de la momia y aprovechar la oportunidad si se presentaba. Yo me quedé lo más próximo posible, para ayudarle. Por eso me sorprendiste hoy. Somos forasteros, y no nos atrevemos a precipitarnos. Tenemos que elaborar cuidadosamente nuestros planes.

—¡Canastos! —exclamó Pete, impresionado por la historia que Hamid acababa de relatarle—. ¿Y por qué robar la momia? El profesor os la hubiera vendido.

—¡Un antepasado no se compra! —La voz de Hamid sonó fría—. Nuestra única solución era robarlo. Sabíamos que Sardón había dicho la verdad, pues una noche el espíritu de Ra-Orkon apareció misteriosamente en mi habitación, en el cuerpo de un gato abisinio de ojos desiguales y zarpas negras. Ra-Orkon es ciertamente mi antepasado, pues las predicciones de Sardón se han cumplido. Ahora… —se calló, aturdido— alguien ha robado a Ra-Orkon. ¡No lo comprendo!

Pete, que reflexionaba intensamente, creyó haber descubierto la verdad.

—Quizá Achmed contrató a estos truhanes, para que robasen a Ra-Orkon —sugirió.

—¡No es posible! —exclamó Hamid—. Lo sabría yo. Todo me lo confía. Soy la segunda cabeza de la Casa de Hamid.

—Bien, admitámoslo así de momento —respondió Pete no muy seguro de que Achmed contara todo a Hamid. Si Achmed era listo, podía tener un plan propio—. ¿Cómo te explicas que Ra-Orkon susurre?

—No lo sé. Quizás esté enojado. Puede que su enojo alcance al profesor, a Achmed y a mí mismo. ¡Es todo tan misterioso!

En la oscuridad del sarcófago, Hamid sentíase preocupado.

—Parece que el camión aminora la marcha —dijo Pete.

El vehículo se detuvo. Los muchachos oyeron algo semejante a la puerta de un garaje o almacén, que se deslizaba. El camión avanzó unos metros y se volvió a parar. Entonces captaron la bajada

de la puerta, y comprendieron que se hallaban en el interior de un garaje o almacén.

Los dos pillos bajaron el sarcófago sin muchas contemplaciones. Pete y Hamid fueron trasladados unos cortos pasos, antes de que la caja quedase depositada definitivamente en el suelo.

—Vamos, Joe —dijo Harry—. Nadie nos molestará aquí.

—Conforme —contestó Joe—. Telefonearemos al cliente por la mañana y le diremos que doble el precio. ¡Que se preocupe durante la noche!

—Mañana estaremos ocupados —habló el otro—. ¿Olvidaste el trabajo que prometimos en Long Beach?

—Es cierto. De acuerdo, dejaremos que se preocupe hasta pasado mañana. Eso le hará sudar antes de que le telefoneemos para decirle que no hay entrega, si no paga el precio.

—Puede que lo tripliquemos —sugirió Harry—. Estaba muy ansioso de conseguir la caja de la momia. Bien, en marcha.

La puerta se abrió de nuevo. El motor del camión rugió atronador y los muchachos oyeron cómo retrocedía.

Latíales alocado el corazón cuando empujaron la tapa. ¡El esfuerzo resultó vano! Joe y Harry la habían asegurado muy fuerte con la correa.

Capítulo 11

Bob y Júpiter, preocupados

Bob Andrews se sentó ante la máquina de escribir en el puesto de mando, mecanografiando sus notas. Sabía escribir a máquina porque su padre, periodista de un diario de Los Ángeles, lo había inscrito en un cursillo de mecanografía a los doce años.

Júpiter Jones permanecía sentado con el extraño gato sobre sus rodillas. Éste ronroneaba sonoramente mientras él lo acariciaba con una mano. Con la otra se presionaba el labio inferior, signo evidente de que su maquinaria mental trabajaba a toda presión.

—¡Sopla! —exclamó Bob, consultando su reloj—. Faltan diez minutos para las diez, y Pete aún no ha dado señales de vida. ¿Qué puede haberle sucedido?

—Quizá siga alguna pista —sugirió Júpiter.

—Se supone que ha de estar en su casa a las diez —recordó Bob —. Y yo también. He de irme o mi familia se preocupará.

—Si les telefoneas, te dejarán estar un poco más —propuso Júpiter—. Espero que Pete aparezca pronto.

Bob usó el teléfono instalado con el sueldo que Titus Jones le pagaba por trabajos realizados en el Patio Salvaje.

Respondió su madre, que al saber estaba con Júpiter Jones, le autorizó a quedarse media hora más.

Júpiter soltó el gato y elevó el «Todolové» para inspeccionar los alrededores, iluminados parcialmente por una luz instalada sobre la entrada del patio y un farol callejero. El lugar aparecía desierto. En la casita al otro lado del patio, donde vivían sus tíos, la luz del comedor indicaba que ellos contemplaban la televisión. Otra casita más pequeña detrás de la primera se hallaba a oscuras. Allí vivían

Hans y Konrad. Júpiter hubiera querido preguntar a Hans dónde había visto por última vez a Pete, pero se había ido al cine con su hermano.

Dio vuelta al periscopio, y vio que se acercaba un coche por la calle. Éste aminoró la marcha. Bajo la luz del farol, observó que era un coche *sport* azul. Un joven alto y delgado iba al volante.

Júpiter volvió al escritorio.

—No hay señales de Pete —dijo—. En cambio, Skinny Norris acaba de pasar.

—¿Sí? —preguntó Bob—. ¿Qué se propone ahora?

—Probablemente curiosea. No me extrañaría que sospeche algo en cuanto a nuestras actividades y trate de poner las narices.

—Se las pinchará si no tiene cuidado —exclamó Bob.

Skinny Norris, un muchacho algo mayor que ellos, se empeñaba en demostrar que era más listo que Jupe. Hasta entonces sus esfuerzos habían fracasado, y eso lo aguijoneó a superar a Júpiter, Bob y Pete.

El primer investigador no tardó en olvidarse de Skinny Norris. La ausencia de Pete le tenía mucho más preocupado de cuanto demostraba. Empezaba a temer que había tropezado con un misterio indescifrable para los Tres Investigadores, que tal vez le obligaría a pedir ayuda a las autoridades. Pero su terca naturaleza se negaba a admitir su fracaso. Además, el profesor Yarborough se oponía a toda publicidad. Al fin tomó una decisión.

—Concederemos a Pete otra media hora para que se presente —dijo—. Luego iniciaremos la acción.

Bob dejó de teclear. Sentíase extraviado entre tantos hecho extraños: una momia que susurraba, una estatua que se cae sola; una bola de granito que se desprende; un gato con ojos que no coinciden, y una antigua maldición egipcia. Con eso era imposible pensar a derechas.

—Jupe, me voy a casa. Estoy hasta la coronilla.

El otro asintió.

—Todos necesitamos el sueño reparador de una noche —dijo—. No obstante, esperaré un rato en la confianza de que Pete se presente o telefonee.

—¿Por qué no pruebas con el transmisor? —sugirió Bob—. Pete quizá intenta ponerse en contacto con nosotros.

—Debí darles mayor alcance al construirlos —gruñó Jupe—. Cuando los reconstruya, lo tendré en cuenta. De todos modos, probaré.

Presionó el botón que ponía en funcionamiento el transmisor.

—Puesto de mando llama a segundo investigador —dijo—. ¡Contesta, segundo! Cambio.

Sólo percibieron un zumbido.

—No está en la onda —se lamentó Júpiter—. O tal vez se halle fuera de alcance. Permaneceré junto al aparato. Vete a casa, Bob.

De mala gana, Bob pedaleó hasta su domicilio. Llegó tan sumido en sus profundos pensamientos que su padre, que había llegado temprano aquel día, tuvo que hablarle dos veces para llamar su atención.

—¿Qué te preocupa, Bob? Puesto que estás de vacaciones, no puede ser un examen.

—Se trata de un caso muy misterioso, papá —explicó Bob, apoyándose en el sillón que ocupaba su progenitor.

—¿Quieres hablarme de él?

—Incluye un gato con un ojo azul y otro naranja.

Su padre contestó:

—¡Hum! —Luego cargó la pipa.

—Mayormente se trata de una momia que susurra. ¿Cómo puede susurrar una momia de tres mil años de antigüedad?

—Eso es fácil —su padre se rió—. Del mismo modo que se puede hacer que hable un muñeco de madera.

—¿Cómo, papá? —preguntó Bob, ansioso de interés.

—Ventriloquia —aclaró el padre, mientras encendía la pipa—. Seamos lógicos. Una momia no puede hablar ni susurrar. Por lo tanto, alguien ha de hacer el susurro. La ventriloquia es la solución. Luego, si tienes una momia de tres mil años que susurra, busca un ventrílocuo cerca.

—¡Repámpanos, papá! Quizá pueda ser la respuesta. Perdóname, he de llamar a Jupe.

—Seguro, hijo.

El padre se sonrió cuando Bob se fue al vestíbulo a telefonear.

El recuerdo de su propia niñez y las cosas extrañas que entonces le interesaron, lo hacía comprensivo hacia las actividades de Bob.

Éste marcó rápidamente el número del puesto de mando. Júpiter

contestó decepcionado, al reconocerlo.

—Creí que sería Pete —dijo—. ¿Qué tienes que informar, Bob?

—He hablado del caso con mi padre, y me dice que una momia puede susurrar por medio de la ventriloquía. Me sugiere que busquemos un ventrílocuo en la vecindad de la momia.

—Ya lo pensé —respondió Júpiter—. Sólo que un ventrílocuo a distancia necesita una pequeña radio. Y se demostró que no había tal radio. Cuando entré disfrazado, la momia me susurró. Ambos sabemos que yo no soy ventrílocuo. Como ves, la respuesta no encaja.

—Bueno, piensa en ello de todos modos —insistió Bob—. Quizá alguien pudo estar oculto detrás de una puerta y proyectar su voz hacia dentro. ¿Por qué no llamas a casa del profesor, por si está allí Pete?

—Lo haré —contestó Júpiter—. Mientras, reflexionaré sobre la posibilidad de la ventriloquía. Sherlock Holmes dijo una vez que cuando se han descartado todas las respuestas, la que queda ha de ser la cierta.

Bob se fue a la cama preocupado por Pete, incapaz de pensar en otra cosa. Júpiter telefoneó a la mansión del profesor Yarborough, sin que obtuviera respuesta. El egiptólogo debía de estar en el hospital con su mayordomo.

* * *

Mientras Júpiter telefoneaba, Pete y Hamid empujaban con todas sus fuerzas la tapa del sarcófago de la momia, en un intento de liberarse.

De repente, oyeron un sonido que les hizo estarse quietos. El camión regresaba. La puerta de la calle fue abierta.

El vehículo entró en el garaje o almacén y los dos hombres descendieron.

—Quizá sea mejor que nos llevemos eso —dijo uno de ellos, señalando el sarcófago—. Nadie, excepto nosotros, entrará aquí, pero si alguien lo hiciera no es preciso que sea curioso.

Los muchachos oyeron un sonido de arrastre y una pesada lona que caía sobre la caja.

—¡Nos quitará todo el aire! —susurró Pete a Hamid—. Voy a

gritar pidiendo auxilio. No podemos seguir aquí dentro.

Inspiró aliento para gritar, pero las palabras siguientes de uno de los hombres sellaron sus labios.

Capítulo 12

Huida desesperada

—Oye Joe. Tal vez necesitemos la correa mañana.

—Tienes razón —contestó Joe—. Quitémosla.

Pete y Hamid esperaron tensos. Notaron cómo apartaban la lona. Luego la caja de la momia se balanceó. Los hombres aflojaban la correa que los aprisionaba dentro. Un momento después, volvieron a colocar la lona, y el motor se puso en marcha. El vehículo retrocedió y la enorme puerta chilló su grito al ser cerrada.

Pete y Hamid empujaron hacia arriba. La tapa cedió de la pesada lona.

La oscuridad no les permitía ver mucho. Por fortuna, el leve resplandor de una luz se filtraba por una claraboya. Eso les permitió comprobar que se hallaban encerrados en un almacén de alto techo y sólidas paredes de cemento sin ventanas.

Empezaron a explorar. Descubrieron una puerta metálica enrollable que cerraba el paso hacia el exterior. Sólo pudieron alzarla un par de centímetros.

En la semipenumbra examinaron el contenido del almacén. Hallaron una extraña aglomeración de objetos diversos. Lo que primero atrajo la atención de ambos fue un automóvil viejo. Guiados por el tacto, y en parte ayudados por la tenue luz exterior, lo identificaron como un sedán «Pierce Arrow», muy antiguo y lujoso.

—Un automóvil viejo —dijo Hamid—. ¿Por qué lo tendrán aquí?

—Es una antigüedad. Probablemente de 1920. Estos coches son muy valiosos para los coleccionistas —explicó Pete.

Los otros objetos eran muebles. Al pasar los dedos por encima de

ellos advirtieron su excelente labrado. Éstos se hallaban colocados sobre una plataforma.

—Los tienen así para mantenerlos libres de la humedad —explicó Pete—. ¿Qué es esto? —preguntó al tocar algo desconocido.

Hamid palpó excitado una docena de largos y gruesos cilindros amontonados.

—¡Alfombras! —exclamó—. Alfombras orientales. De las finas. Son muy finas. ¡Muy valiosas!

—¿Cómo puedes saberlo en la oscuridad? —preguntó Pete—. Desde luego, son alfombras.

—Me lo dicen los dedos. A los ocho años mi padre me enseñó a conocer una alfombra de cualquier lugar de Oriente por el tacto. Ninguna de ellas es de la Casa de Hamid, pero son valiosísimas. Dos mil o tres mil dólares cada una.

—¡Tomate! Quizá las hayan robado —dijo Pete—. Apostaría cualquier cosa a que todo lo que hay en este almacén ha sido robado por esos dos hombres. Sin duda, Joe y Harry son ladrones profesionales. Ahora comprendo por qué los contrataron para robar la momia.

—Supongo que tienes razón —asintió Hamid—. Ahora lo importante es averiguar cómo vamos a salir de este lugar.

—¡Aquí hay una puerta! —Casi gritó Pete, al tocarla en la oscuridad.

La puerta se hallaba en una sólida pared de ladrillo, que parecía separar el almacén del resto del edificio.

Cogió el pomo e intentó girarlo, sin resultado positivo. Luego localizaron otra puerta, que resultó ser la de un pequeño cuarto de aseo.

—Apuesto cualquier cosa a que este lugar es un escondite secreto de géneros robados, donde sólo entran Joe y Harry —dijo Pete—. Bien, aún nos queda una salida.

—¿Cuál? —preguntó Hamid—. No veo ninguna. Sólo fuertes paredes sin una fisura.

—Allí arriba —señaló Pete.

Hamid alzó la vista. El tragaluz mostraba una abertura de escasos centímetros. No obstante, se hallaba a unos cuatro metros sobre sus cabezas.

—Si pudiésemos volar —exclamó Hamid—, saldríamos por allí.

—Estudiaremos las posibilidades que ofrece —propuso Pete—. Mira el coche. Está casi debajo del tragaluz.

—Eso es cierto —admitió Hamid—. ¡Comprobemos si es suficiente!

—Calma, Hamid —aconsejó Pete, cuando el otro se disponía a subirse al techo del automóvil—. Tus zapatos rascarán la pintura. Eso dañaría lo que en verdad es una pieza de museo.

Ambos chicos se descalzaron para no estropear la pintura del viejo coche, y con los cordones ataron juntos los zapatos que se colgaron alrededor del cuello. Luego se subieron encima del vehículo. No obstante, aunque Pete se estiró cuanto pudo, el tragaluz quedaba fuera de su alcance.

—Voy a saltar, Hamid —dijo Pete—. No podemos permanecer aquí.

De ese modo logró que sus dedos cogieran el borde metálico del tragaluz. Precisó de un rato para abrirlo totalmente. Después se elevó a pulso hasta salir a un tejado de cemento. Echado sobre el tragaluz, extendió sus brazos en ayuda del libio.

—¡Salta, Hamid! Procura agarrarte a mis muñecas.

El chico vaciló un momento. Miró el duro suelo de cemento, y, luego, más decidido, a Pete. Al fin alzó sus brazos y saltó.

Sus dedos rozaron las muñecas de Pete. Fue éste quien sujetó las más frágiles de Hamid y lo subió hacia arriba.

—Eres muy fuerte y valeroso, Pete —reconoció Hamid.

Semejante alabanza congratuló al segundo investigador.

—Hago ejercicios más duros que éste en el gimnasio —respondió Pete—. Ahora calcémonos y veamos cómo se puede bajar de aquí.

Hacia la calle, el tejado en pendiente acababa en alta pared de ladrillo del edificio. Por allí era imposible. En la parte de atrás vieron una escalera de hierro, sin duda construida para facilitar las reparaciones necesarias. Momentos después, se hallaron en un oscuro pasaje. Allí, se detuvieron a pensar dónde estaban.

Mientras escrutaban a su alrededor, Pete se sacó del bolsillo el trozo de yeso azul y pintó varios interrogantes en el ángulo inferior izquierdo de la puerta de entrada al almacén.

—Ésta es nuestro contraseña especial —explicó a Hamid—. Nos ayudará a encontrar el lugar dónde está oculta la caja de la momia cuando regresemos por ella. Ahora vayamos al otro lado de la calle

para conocer la dirección de este edificio… ¡oh!, alguien viene. Quizá sea un vagabundo o un delincuente. ¡Será mejor que huyamos por el lado opuesto!

Corrieron por el largo callejón, entre puertas cerradas de silenciosas tiendas. Salieron a una calle de tercer orden escasamente iluminada.

Pete no la reconoció, pues nunca había estado en aquella parte de la ciudad.

—Tenemos que averiguar dónde nos hallamos —habló Hamid—. En aquella esquina veremos el nombre de la calle. Anotémosla para volver.

En el recodo de la sucia calle el letrero aparecía doblado y tan maltrecho que no pudieron leerlo. Sin duda, los chicos del barrio lo habían tomado por blanco de sus pedradas.

De alguna parte de la calle les llegó el sonido característico de cristales rotos. Luego dos hombres corrieron hacia un coche que partió a toda velocidad.

Pete y Hamid, que los miraban, se alarmaron al oír una enfurecida voz tras ellos.

—¡Ladrones! ¡Rompisteis el cristal de mi tienda! ¡Robasteis mis relojes! ¡Esperad que os pille!

Un hombre corpulento corría hacia ellos. Era evidente que los creía culpables del robo que acababa de ser perpetrado.

Pete reaccionó en el acto. Instintivamente agarró una mano de Hamid, y dijo:

—¡Corre!

Sus pies volaron a través de calles ignoradas. Otros viandantes se unieron al perseguidor, y también un par de perros. Corrieron hasta quedar sin aliento. Perdido el sentido de la orientación, luego de eludir al último perseguidor, se detuvieron.

—Quizá debimos explicarle que no fuimos nosotros quienes rompieron su escaparate —dijo Pete jadeando—. La verdad es que corrí antes de pensar en nada.

—Si alguien grita «¡ladrón!», y se dirige a uno, huir es lo más prudente —admitió Hamid—. No puedes culparte.

—Lo malo es que ahora ignoro dónde estábamos cuando se inició la carrera. Desde luego, era a bastante distancia de aquí. ¿No comprendes que no tenemos la más ligera idea de dónde está el

almacén?

—Lo sé, Pete. Otro problema, ¿verdad?

—Sin duda, Hamid. ¿Cómo vamos a encontrarlo? ¿Y cómo regresar a casa? Debemos de hallarnos a veinte kilómetros de Rocky Beach y a doce de Hollywood. Estamos en un barrio bajo de Los Ángeles.

—Subamos a un taxi —propuso Hamid.

—¡Un taxi! —exclamó Pete—. ¿Y el dinero?

—Yo tengo. Achmed me dio dinero para los imprevistos. Tengo dólares U.S.A.

Mostró al segundo investigador una cartera llena de billetes de a dólar.

—Conforme —dijo Pete—. Caminemos hacia aquellas luces. Quizá allí encontremos un coche.

Se dirigieron hacia la parle baja de la calle. En la esquina encontraron un taxi. El conductor accedió en seguida a realizar el largo viaje cuando Hamid le mostró el dinero.

Pete anotó la dirección del lugar donde se hallaban, posiblemente a quince o veinte bloques del almacén secreto donde quedaba el sarcófago de Ra-Orkon. Luego llamó desde una cabina telefónica a Júpiter.

—Estoy bien —dijo—. Me voy a mi casa. Te llamaré por teléfono en cuanto llegue.

—Usa el transmisor —recomendó Jupe—. Aguardaré en mi habitación. Celebro oírte, segundo.

Su voz pareció tan aliviada que Pete intuyó la gran ansiedad que había sufrido por él. Sin embargo, temió la reacción de Jupe cuando supiera que había estado en el mismísimo sitio donde ocultaban la caja de Ra-Orkon, pero ignoraba su emplazamiento.

El taxi se puso en marcha sin más incidentes. Hamid insistió en dejar a Pete en su domicilio. Él regresaría luego a la casa que Achmed tenía alquilada cerca de la del profesor Yarborough.

Cuando llegaron a Rocky Beach, Hamid dijo a Pete:

—¿Queréis los Tres Investigadores ayudarme a encontrar la momia de Ra-Orkon y su sarcófago? Yo, Hamid, de la Casa de Hamid, quiero contratar vuestros servicios. Pete respondió:

—La momia pertenece al profesor Yarborough, y ya trabajamos para él.

—¡Trabajad para Hamid también! —suplicó el muchacho—. Sólo os pido que encontréis a Ra-Orkon. Dádselo al profesor. Achmed y yo intentaremos persuadirlo de que nos lo ceda.

—Eso sí podemos hacerlo —convino Pete—. Conforme, tendrás que hablar con Jupe. Ve al Patio Salvaje de los Jones mañana, aproximadamente a las diez.

Hamid aceptó. Se estrecharon las manos y Pete se precipitó a su hogar sabiendo que era muy tarde. Sus progenitores contemplaban la televisión. El padre, hombre de fornida constitución física, era técnico de efectos especiales en uno de los estudios cinematográficos de Hollywood.

—Te has retrasado, Pete —dijo—. Nos tenías preocupados.

—Sí, papá —admitió Pete—. Verás, empecé a buscar un gato perdido y… bueno, yo también me perdí.

Se disponía a contarle la historia, cuando su madre lo interrumpió.

—Ve a tomar un baño y ponte en la cama. ¡Cielos, cómo vienes de sucio!

—Sí, mamá.

Pete corrió escaleras arriba, se precipitó a su habitación, abrió la ventana, sacó la antena y presionó el botón de encendido de su transmisor.

—Segundo investigador llama a puesto de mando, segundo investigador llama a puesto de mando. ¿Me oyes, Júpiter? Cambio.

Acto seguido le llegó la voz de Júpiter.

—Aquí primer investigador. Estoy en la cama. Esperaba tu llamada. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué ha sucedido?

Pete relató escuetamente los hechos, y acabó diciendo que no sabía dónde habían estado.

Jupe se quedó silencioso un rato.

—No puedo culparte, segundo. Lo hiciste muy bien, y, de todos modos, localizaremos el sarcófago. Mañana celebraremos conferencia. Han surgido nuevos hechos que hacen más misterioso el caso. Bueno, te anticipo que tengo aquí el gato de Hamid, reencarnación de Ra-Orkon. Ahora bien, estoy seguro de que es el gato de la señora Banfry disfrazado.

Esta aseveración de Jupe dejó a Pete más perplejo que nunca.

¿Cómo podría disfrazarse un gato?

Capítulo 13

Júpiter sospecha

A la mañana siguiente, los Tres Investigadores se reunieron a conferenciar en el puesto de mando. Pete y Bob intuyeron por la expresión de Júpiter, que éste se había pasado gran parte de la noche sumido en meditaciones. Pero, como siempre, no se daría prisa en satisfacer la curiosidad de sus amigos.

—No me gustan las adivinanzas —dijo—. Para celebrar esta conferencia, necesitamos de la presencia de Hamid.

Pete usó el «Todolové» y localizó un taxi que se detenía frente al Patio Salvaje. Hamid descendió del vehículo. Pete se apresuró por el túnel dos para salir al encuentro del libio y guiarlo hasta el puesto de mando. Hamid era un cliente que muy pronto regresaría a Libia, por eso no les importó descubrirle su situación.

—Hamid —dijo Pete, una vez reunidos en el puesto de mando—, te presento a Bob Andrews, encargado del registro e investigación burocrática. Este otro es el primer investigador, Júpiter Jones.

—Me complace mucho conocer a Bob y a Júpiter —contestó el libio en correcto inglés.

—Bien, Pete —habló Júpiter—. Me gustaría oír la historia completa de cuanto sucedió anoche, desde el momento en que nos dejaste. Bob, anota.

Pete refirió su entrevista con la señora Banfry, la llegada a casa del profesor Yarborough, y el resto de las aventuras en la noche anterior.

Bob, que había estudiado taquigrafía mientras aprendía a escribir a máquina, estaba ahora ocupadísimo transcribiendo su relato.

—¡Repámpanos! —exclamó cuando Pete hubo terminado—. ¿De veras estuvisteis en el almacén donde los ladrones guardaron la caja? ¿Cómo es posible que no sepáis la dirección?

—Te repito que corrimos como alma perseguida por el diablo —dijo Pete—. Estábamos demasiado ocupados para entretenernos en leer los nombres de las calles. No obstante, conozco la vecindad dentro de unos veinte bloques.

—¡Veinte bloques! —Saltó Bob—. Cuarenta si investigamos un área de veinte por lado. Y con sólo que la mitad de calles tengan pasajes interiores…

—Pete marcó el almacén con nuestra contraseña —interrumpió Júpiter—. Cuando hallemos los interrogantes, sabremos que hemos llegado al lugar correcto.

—Si sólo disponemos de tiempo hasta la noche —protestó Bob—, no será fácil buscar entre tantos callejones.

—Tengo un plan —adelantó Júpiter—. Sólo que precisará de tiempo. Mientras, consideremos el extraño misterio de la momia que susurraba al profesor Yarborough.

—La momia de Ra-Orkon; antepasado de la Casa de Hamid —aclaró el libio—. ¿Sabéis cómo encontrarla?

Júpiter se presionó el labio inferior.

—Todavía no, Hamid. No obstante, me atrevo a dudar que Ra-Orkon sea antepasado de tu familia.


LABORATORY

El libio se mostró enojado, y, luego, aturdido.

—¡Sardón dijo que lo era! Y Sardón era un mago. Poseía el don de las lenguas y de la profecía. Quedó en trance y los espíritus hablaron a través de él. Tenía mucho poder, y mi padre estuvo seguro de que decía la verdad. ¡Yo también lo estoy!

—Es cierto que los reyes de Libia gobernaron Egipto durante la XX dinastía, hará unos tres mil años.

—Y Ra-Orkon fue un príncipe libio —sostuvo tenaz, Hamid—. ¡Sardón lo dijo!

—Puede que fuera un príncipe libio —concedió Júpiter—. El mismo profesor Yarborough no está seguro de quién era Ra-Orkon, ni cuando fue enterrado. Pero eso no demuestra en absoluto que sea un antepasado de los Hamid.

—¡Sardón lo dijo! —El niño libio se mostraba testarudo—. Sardón, el mago, dijo la verdad.

—No todo fue verdad —rectificó Júpiter—. Se equivocó al describir el gato. Y si no dijo la verdad en una cosa, pudo no decirla en nada.

—¡No entiendo! —exclamó confundido Hamid.

—Bien —siguió Júpiter—, según tú, el mago Sardón profetizó que el espíritu de Ra-Orkon reencarnado en un gato idéntico a su favorito, abisinio, ojos desiguales y zarpas delanteras negras, se te aparecería aquí en Norteamérica como señal de que sus palabras eran ciertas.

—Eso dijo —contestó Hamid—. ¡Y sucedió! El espíritu de Ra-Orkon encarnado en un gato, entró misteriosamente en mi habitación, una noche de la última semana.

—Eso es…

Júpiter fue interrumpido por Pete.

—¿Qué significa reencarnación? —preguntó—. Lo supongo, pero no estoy seguro.

—En Oriente —explicó Júpiter— muchas personas piadosas creen que después de muertos vuelven a nacer, a veces en un animal inferior, o, incluso, en un insecto. A eso llaman reencarnación.

—Sí —intervino Bob—. Y más pronto o más tarde, nacen otra vez como seres humanos.

—Y el espíritu de Ra-Orkon está ahora en un gato abisinio,

idéntico al que fue enterrado con él —aclaró Hamid—. Como dice el primer investigador, el gato tiene ojos desiguales y zarpas delanteras negras.

—Ahí está el busilis —saltó Júpiter—. Quiero mostrarte algo… algo importante.

Desapareció en el pequeño laboratorio y volvió con un ronroneante gato en sus brazos.

—¡Ra-Orkon! —gritó Hamid—. ¡Honorable antepasado mío, me siento feliz porque te veo a salvo!

—Anoche salió a nuestro encuentro de entre los arbustos de la casa del profesor Yarborough. Me lo traje para cuidar de él. Ahora fíjate bien.

Júpiter se sacó un pañuelo y lo humedeció con un disolvente de limpieza. Luego frotó una de las negras zarpas del gato. El pañuelo adquirió un color negro y la negra zarpa se tornó blanca.

—El gato tiene las zarpas delanteras blancas —dijo—. ¿Lo ves, Hamid? Es el gato de la señora Banfry, «Esfinge», con sus zarpas teñidas de negro para dar cumplimiento a la profecía de Sardón.

Pete comprendió lo que Júpiter había querido insinuar al decirle por teléfono que el gato estaba disfrazado.

Hamid cogió a «Esfinge», y estudió su blanca zarpa, que había sido negra un momento antes.

—¡Córcholis! —exclamó—. ¿A quién le interesaría disfrazar un gato?

—¡Es cierto! —confesó—. El gato está disfrazado. ¡No es el espíritu de Ra-Orkon! El mendigo Sardón dijo que el gato tendría zarpas delanteras negras, como el de Ra-Orkon.

—Eso significa —siguió Júpiter, volviendo a sentarse—, que el gato de la señora Banfry ha sido disfrazado con el fin de hacerte creer que la profecía del mendigo se transformaba en verdad.

—Pero ¿por qué? —preguntó Hamid.

Pete hizo eco de su voz:

—¿Por qué?

—Así el padre de Hamid y Achmed creerían que Ra-Orkon era un antepasado de la Casa de Hamid, y eso facilitaría el intento de recuperar su momia en poder del profesor Yarborough. Estoy convencido, Hamid, de que Ra-Orkon no es tu antepasado.

—¡Ra-Orkon es mi antepasado! —Sus ojos oscuros

relampaguearon.

Las lágrimas pugnaban por brotarle, pero Hamid las contuvo. Júpiter cambió de tema.

—La verdad saldrá a la luz cuando averigüemos quién robó a Ra-Orkon y por qué. Pete ha contado su parte de la historia. Bien, Hamid, repítenos cuanto dijiste a Pete anoche, y así Bob tomará nota.

El libio obedeció de buena gana. Habló de la llegada a su hogar en Libia de un anciano medio ciego y cojo, llamado Sardón. De qué modo entró en trance para que el espíritu de Ra-Orkon, a través de sus labios, suplicase al jefe de la Casa de Hamid que lo rescatase de la tierra de los bárbaros.

Contó que él y Achmed, llegados a Norteamérica, alquilaron una casa cerca de la del profesor. Luego Achmed pidió al egiptólogo que les devolviese a Ra-Orkon, pero el profesor Yarborough rehusó hacerlo. Entonces Achmed compró a los hermanos Magasay para que le dejasen servir como jardinero. Su propósito era estar cerca de la momia, por si se presentaba una oportunidad de robarla.

—¡Repámpanos! —Saltó Bob—. Luego era Achmed quien merodeaba por el jardín de la casa, y el mismo que te agarró cuando Pete logró sorprenderte. Así no es de extrañar que consiguieras liberarte.

—Achmed me dijo que le mordiese la mano, y lo hice —confesó orgulloso Hamid—. Achmed es muy listo.

—Dime, Hamid —preguntó Júpiter—. ¿Conocíais vosotros la supuesta maldición de la momia?

—¡Naturalmente! Sardón nos habló de ella. Dijo que Ra-Orkon no descansaría hasta que se le concediese la paz de su sepulcro.

—Han ocurrido algunos hechos misteriosos —continuó Júpiter —. Por ejemplo, la estatua de Anubis perdió el equilibrio y una máscara se cayó de la pared. Estoy convencido de que fue Achmed quien lo hizo.

Hamid mostró sus blancos dientes en una sonrisa.

—Es verdad. En un jardinero nadie se fija. Achmed se situó en la terraza y con una larga varilla empujó a Anubis. Luego hizo saltar la máscara. También debilitó la base de la bola para que rodase. Quería asustar al profesor, y que éste renunciase a Ra-Orkon.

—¡Tal y como lo pensé! —exclamó Júpiter—. Ya veis cuan fácil

resulta que una antigua maldición egipcia pueda cumplirse. Sólo se precisa de un jardinero de confianza, que en realidad es un adversario disfrazado.

—Conforme —dijo Pete—. Pero ¿cómo explicas que Ra-Orkon fuese robado? Hamid jura que Achmed no tiene nada que ver con eso. ¿Y quién robó el gato de la señora Banfry? ¿Y por qué fue disfrazado y metido en la habitación de Hamid? Son misterios indescifrables.

—Desde luego —intervino Bob—. Y aún queda el murmullo de la momia, que, incluso, Hamid ignoraba. ¿Cómo te explicas eso?

—Despacio amigos, despacio —respondió Júpiter—. Hamid, ¿viste a Joe y Harry cuando robaron a Ra-Orkon?

—Sí. Anoche Achmed se lamentó de que le dolía una mano, y se echó a descansar. Cuando oscureció, salí a la carretera a vigilar la casa del profesor. El gato me siguió. Llegué a tiempo de ver a dos hombres que llevaban a Ra-Orkon envuelto en una tela, y lo ponían en un camión.

—Eso ocurrió después de que nosotros nos marchásemos a casa del profesor Freeman —observó Bob.

—No supe qué hacer —siguió Hamid—. Por eso me quedé allí. Poco después llegó Pete. Aceché sus movimientos desde los arbustos. Le vi entrar en la casa, y luego salir a la terraza. Entonces cogió mi gato. Pensé que era él quien había ordenado robar a Ra-Orkon, y que había venido por un gato. Enfurecido, lo ataqué. Lo siento, Pete.

—No me hiciste daño —respondió éste—. En realidad eso nos ayudó a unir las fuerzas en este misterio.

—¡Hum! —Júpiter se presionaba el labio, con aspecto meditativo—. Ahora el cuadro, si bien complicado, está claro.

—Yo no diría tanto —replicó Pete—. Todo es muy complicado y oscuro. Para mí es más *exprimemolleras* que nunca.

Júpiter aclaró la intención de sus palabras.

—Me refiero a que ahora disponemos de todos los datos necesarios; si bien hemos de hacer que tengan sentido.

Bob deseó comprender el sentido de cuanto había escrito. Pensar en ello era sumir la mente en una vertiginosa noria.

Júpiter tomó de nuevo la palabra.

—Si podemos hallar el escondite donde ocultan la caja de la

momia, estaremos en condiciones de solventar el misterio. Propongo que nuestro primer trabajo sea localizar el almacén. Luego, ya veremos. No dudo que esta noche Harry y Joe entregarán el sarcófago al misterioso cliente, en cuyo poder se halla la momia robada. Siguiéndolos, cazaremos al principal cerebro de este maquiavélico proyecto, y recuperaremos la momia.

Júpiter parecía encariñado con la idea de sorprender al jefe de los ladrones de momias. Por eso añadió:

—Cuando tengamos al criminal y recuperemos la momia y el sarcófago, las respuestas a los otros misterios vendrán solas.

—¡Fabulosa idea! —proclamó sarcástico Pete—. ¡Sencillamente fabulosa! Bien, si hay que buscar la contraseña que tracé, mejor será que nos pongamos ahora mismo en camino. Podemos precisar de una o dos semanas, y sólo disponemos de ocho o nueve horas.

—No es ése mi proyecto —dijo Júpiter—. A primeras horas de esta mañana realicé cierto trabajo. ¿Recordáis la Transmisión de Fantasma a Fantasma, que empleamos en *El caso del loro tartamudo*?

¡Claro que la recordaban! Fue una ocurrencia del privilegiado cerebro de Jupe que les permitió solucionar el caso.

Hamid se mostró intrigado.

—Por favor, ¿qué significa Transmisión de Fantasma a Fantasma?

—La Transmisión de Fantasma a Fantasma —explicó Júpiter— significa llamar a varios chicos en demanda de un información, con el ruego de que a su vez hagan otro tanto con varios amigos, que repetirán el juego, hasta que cientos, miles de chicos de Los Ángeles busquen algo que los Tres Investigadores necesitan saber. Si uno de ellos logra datos precisos, telefonea al puesto de mando. Eso hace que enfoquemos el asunto mejor informados. En *El caso del loro tartamudo*, la Transmisión de Fantasma a Fantasma nos permitió conocer a un chico llamado Carlos, cuyo tío vendiera los loros, piezas capitales del más intrincado asunto que hemos tratado.

Hamid escuchó interesadísimo.

—Pues bien —siguió Jupe—, esta mañana telefoneé a cinco amigos cuyos padres trabajan en la parte baja de Los Ángeles. Mis amigos pedirán a sus padres que busquen unos interrogantes azules pintados en la puerta de un almacén. Si los ven, anotarán la dirección para sus hijos. Les dije que se trataba de un simulacro de

búsqueda de un tesoro. El primero que facilite la información obtendrá una recompensa, aún no determinada, pues de eso me cuidaré más tarde. Ahora comprobaremos si mi plan está en marcha.

Cogió el teléfono y marcó un número. Habló brevemente a un amigo, sosteniendo el teléfono cerca del pequeño altavoz de radio, que también servía ahora como amplificador del transmisor receptor instalado en el puesto de mando.

El muchacho informó que había telefoneado a otros cinco amigos, y que todos habían pedido a sus padres observasen la posible presencia de unos interrogantes pintados con yeso azul.

Pero ninguno sabría el resultado hasta que sus padres regresasen del trabajo, hacia las seis de la tarde.

—La Transmisión de Fantasma a Fantasma está en marcha —dijo Jupe mientras colgaba—. Desgraciadamente, no tendremos la información antes de la noche. Nuestro tiempo será corto, pero si nos acompaña la suerte, iremos directamente al lugar. Ahora tengo que hacer una visita al profesor Yarborough.

—Tu tía no te dejará marchar —le recordó Pete—. Le oí decir que tenías que trabajar en cuanto acabase nuestra conferencia.

—¡Hum! Eso es cierto —asintió Júpiter—. Telefonearé al profesor en vez de visitarlo. Mientras, que Bob acompañe a Hamid y le busque un taxi.

—Ahora mismo —respondió Bob.

Hamid se levantó.

—Quiero que Achmed te conozca, Júpiter. Cree que los chicos americanos son díscolos, mal educados y amigos de molestar a sus mayores. Le presentaré a unos chicos americanos que son muy inteligentes.

—Gracias, Hamid —dijo Júpiter, visiblemente complacido por sus palabras—. Supongo que no habrás contado a Achmed lo sucedido, ¿verdad?

—Sólo que me ayudáis a encontrar a Ra-Orkon y su caja. Achmed se rió, y comentó que era inútil pedir a unos niños que hiciesen trabajos de hombres. Por eso no le expliqué nada más.

—Estupendo —aplaudió Júpiter—. Me refiero a que es bueno que no le contases nada más. He observado que los adultos intentan ayudar cuando saben que un chico está ocupado en un proyecto

importante, y a menudo lo estropean todo. En este caso, la reserva es importantísima, puesto que ni el profesor Yarborough ni la Casa de Hamid desean publicidad.

—Eso es cierto —dijo Hamid—. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Ven esta tarde hacia las seis. Si tenemos suerte, recibiremos noticias de nuestra Transmisión de Fantasma a Fantasma, y sabremos el emplazamiento del almacén donde ocultan la caja.

—Volveré. Vendré en taxi. Achmed está muy ocupado hoy. Tiene que entrevistarse con muchos compradores de alfombras.

Hizo una pequeña reverencia de cortesía y siguió a Bob por el túnel dos.

—Hamid es un chico simpático —dijo Pete, cuando los otros se hubieron marchado—. Jupe, he estado observando tu cara desde que el libio empezó a hablar, y creo que tienes una idea nueva: sabes quién robó a Ra-Orkon. ¿Me equivoco?

—Tengo una sospecha —admitió Júpiter—. Según tú, el gato de la señora Banfry, «Esfinge», salió en periódicos y revistas, con fotografías de sus ojos desiguales.

—Así es. La señora Banfry me enseñó la revista.

—Pues imagina que alguien necesita de un gato abisinio con los ojos distintos. La publicación de fotografías hace que «Esfinge» sea muy conocido. Su mansedumbre no concuerda en absoluto con el temperamento de los gatos abisinios de pura raza, pero facilita que sea robado y que le tiñan las patas delanteras. Y bien, ¿quién necesita a «Esfinge»? ¿Quién lograría fácilmente deslizarse en la habitación de Hamid por la noche? ¿Quién sabía de la supuesta maldición, y estaba dispuesto a que Ra-Orkon no continuase en posesión del profesor?

Pete pensó un rato.

—¡El jardinero! —exclamó—. Me refiero a Achmed.

—Exacto —concedió Júpiter—. ¿Y no es importante para él, disponer del sarcófago para devolver la momia?

—¡Claro que sí! —exclamó Pete—. Pero Hamid jura que Achmed no sabe nada del robo de la momia.

—Hamid lo cree así —aceptó Júpiter—. Pero ¿acaso no has observado que un adulto jamás cuenta todos sus planes a un chico, aunque se trate del hijo de su jefe? Achmed puede que tenga un proyecto secreto para conseguir la momia, con el fin de luego decir

al padre de Hamid que pagó un gran precio por obtenerla. Y, como es lógico, el padre de Hamid lo creerá. Semejante plan haría fácilmente rico al granuja de Achmed.

—¡Castañas pilongas! —exclamó Pete—. Podría ser. Achmed está capacitado para mezclar palabras antiguas con el árabe moderno. Hasta es posible que valiéndose de la ventriloquia, hablase desde la terraza, disfrazado de jardinero para no levantar sospechas en caso de ser descubierto.

Júpiter asintió. Luego dijo:

—Si mencionamos nuestras sospechas ante Hamid, sin que tengamos pruebas, quizá se lo diga a Achmed, y éste, advertido, borraría sus huellas. De ahí la necesidad de guardar silencio de momento.

—Entendido —dijo enfáticamente Pete—. ¿Qué hacemos ahora, Jupe? Nos queda toda la mañana y la tarde antes de que empecemos a recibir noticias de la Transmisión de Fantasma a Fantasma, en relación con la señal que hice en la puerta del almacén. Supongo —añadió no sin cierto temor— que tu tía tendrá trabajo sobrado para nosotros.

—Desde luego. Pero antes quiero telefonear al profesor Yarborough, y preguntarle por Wilkins.

Júpiter marcó un número. Acto seguido obtuvo comunicación con el egiptólogo.

—Wilkins ha regresado del hospital —dijo el profesor—. Sufrió una simple conmoción. Según cuenta, anoche vio la cosa más extraordinaria. El dios Anubis surgió de los arbustos y le gritó brutales palabras en una lengua extraña. Wilkins se desmayó a consecuencia del terror. Fue entonces cuando Anubis robó a Ra-Orkon.

Pete y Júpiter se miraron.

—Pero sabemos que los ladrones fueron Joe y Harry. Ellos robaron a Ra-Orkon —habló Pete sorprendido.

—Profesor —dijo Júpiter—, estamos seguros de que Wilkins fue asustado por alguien que, probablemente, llevaba una máscara de goma semejante a la de un chacal. Alguien disfrazado de dios Anubis.

Le relató lo sucedido a Pete la noche anterior.

—Sí, claro —comentó el profesor Yarborough—. Parece

verosímil… Dime, ¿podrás encontrar la momia? ¿Tienes alguna idea de qué demonios hay detrás de todo esto? ¿Consideras culpable al libio Achmed?

—Tengo unas cuantas ideas, señor. Pero no pruebas. En cuanto al sarcófago, iremos por él esta noche. Nos pondremos en contacto con usted en cuanto sepamos algo.

Después de colgar, sus ojos parecieron perderse en el vacío. Pete preguntó:

—¿En qué piensas ahora?

—Pensaba en que ayer el profesor Yarborough nos dijo que Wilkins había sido actor.

—Bueno, ¿y qué?

—Un actor fingiría fácilmente un fuerte desmayo. Tampoco hemos de descartar la posibilidad de que Wilkins sea ventrílocuo.

—¿Lo es?

—Lo ignoro. Pero, imagina que sí lo es. ¿Qué sugeriría eso?

—¡Atiza! —exclamó Pete excitado—. Significaría que Wilkins se convierte en sospechoso de estar en combinación con Achmed, o con otra persona. ¿Qué te parece a ti, Jupe?

—El tiempo lo dirá.

Y para fastidio de Pete, su amigo y jefe no dijo una palabra más.

Capítulo 14

Demasiados interrogantes

Aquella tarde el camión pequeño de la chatarrería, conducido por Konrad, recorría las calles de la parte baja de Los Ángeles, con permiso del señor Jones. Júpiter había decidido que el mejor plan era localizar el sarcófago y ocultarse hasta que vieran a Harry y Joe sacarlo del almacén. Luego seguirían a los dos hombres para cazarlos en el momento de entregar la pieza al cliente, quizá el jefe y organizador de cuanto había detrás de todo el misterio.

Para este trabajo, el «Rolls-Royce» resultaba demasiado llamativo. Sería localizado de inmediato. En cambio el viejo camión pasaría totalmente inadvertido.

Hamid, que acudió al Patio Salvaje en taxi, iba con Júpiter en la cabina, junto a Konrad. Pete y Bob viajaban sentados sobre unas lonas en la parte de atrás. El camión avanzaba despacio por un maltrecho barrio de almacenes y pequeñas tiendas malolientes. Durante todo el viaje, Bob y Pete discutían sobre si Achmed o Wilkins eran culpables.

El camión se detuvo. Pete y Bob miraron por un costado, y vieron se hallaban frente a un viejo teatro. Un deteriorado letrero anunciaba el nombre del local: *CHAMELOT THEATRE*. En otro estaba escrita la palabra «Cerrado», y «Prohibido el paso».

Júpiter y Hamid descendieron del camión. Pete y Bob los siguieron.

—¿Te parece éste el edificio en que estuviste anoche, Pete? —preguntó Júpiter, frunciendo el ceño ante el ruinoso teatro.

—No vi la parte frontal, pero el edificio en que estuvimos no era tan alto —explicó Pete meditabundo. Hamid denegó con la cabeza.

—No parece el mismo.

—Sin embargo, esta es la dirección dada por nuestro «Fantasma» —dijo Júpiter, consultando una hoja de papel que sujetaba entre los dedos.

Una hora antes, uno de los chicos llamados a informar en la Transmisión de Fantasma a Fantasma, telefoneó para decir que su padre había visto unos interrogantes azules en una puerta trasera del edificio número
10 853
de la calle Chamelot.

—Veamos el otro lado —sugirió Júpiter.

Rodearon el edificio, y salieron a un pasaje, donde, ciertamente, había un gran almacén. En su puerta vieron trazados varios interrogantes azules en un ángulo.

—Ahí está la contraseña, segundo —dijo Júpiter—. Éste ha de ser el lugar.

—Están muy mal trazados —observó Pete, sorprendido—. ¿Qué opinas, Hamid?

—No son muy correctos —admitió el libio—, pero en la oscuridad quizá no veías bien.

—Además, tenías prisa —recordó Júpiter—. Observa esta otra puerta pequeña junto a la de la entrada de camiones. Está entreabierta. Si miramos por la rendija, tal vez localicemos el sarcófago.

Cuando apiñados intentaban ver en el interior del local, la puerta se abrió de golpe y tres rostros sonrientes y burlones aparecieron allí.

—¡Mirad a Júpiter Macsherlock y sus sabuesos! —gritó Skinny Norris, que se reía a carcajadas.

—¿Buscas una pista, Sherlock? —preguntó otro de los chicos.

—Si son interrogantes mira a tu alrededor —invitó el tercero, gordo y pelirrojo—. ¡La ciudad está repleta de ellos!

—Bien, ya no es necesaria nuestra presencia aquí —habló Skinny Norris—. Macsherlock y sus hombres dominan la situación.

Entre grandes carcajadas pasaron por delante de los Tres Investigadores. A poca distancia del almacén, subieron en el coche *sport* azul de Skinny, que se alejó veloz.

Bob comprendió en seguida la burla de que eran objeto.

—¡Mirad! —dijo.

Señaló otras puertas del callejón. Todas mostraban interrogantes azules.

—Seguro que todas las puertas en las callejuelas inmediatas lucen nuestra contraseña. ¡Y todos los interrogantes son falsos!

El rostro de Júpiter aparecía sonrojado de ira.

—¡Skinny Norris! —exclamó—. Uno de nuestros «Fantasmas» debió de telefonearle esta mañana, y por eso sabe que buscamos interrogantes azules. Luego, él y sus amigos se han dedicado a pintar con yeso nuestra señal en montones de puertas para confundirnos. Y sin duda fue uno de ellos quien nos telefoneó para reírse de nosotros en cuanto nos vieran.

—¡Nos engañaron! —Gruñó Pete—. Lo peor es que ahora se les caerá la cabeza de tanto reírse de nosotros. También opino que habrán puesto señales azules en casi todas las partes de la ciudad. Esa treta sólo se le ocurriría a Skinny. ¡Cuando le ponga las manos encima, pienso reducirlo veinte veces de tamaño!

El malicioso ardid de Skinny Norris parecía haber arruinado toda posibilidad de hallar el portal acertado. ¡Eran demasiadas contraseñas!

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Bob, desanimado—. ¿Regresamos al Patio Salvaje?

—¡En modo alguno! —Saltó Júpiter—. Primero contaremos los interrogantes que Skinny y sus amigos han esparcido por aquí. Luego decidiremos nuestro próximo objetivo. Y en lo futuro, tendremos que recordar que la Transmisión de Fantasma a Fantasma, como otras ideas buenas, tiene fallos.

Después de explicar al libio Hamid que Skinny era un rival dispuesto siempre a entremeterse en las investigaciones de ellos, los cuatro amigos se dividieron para ver cuántas contraseñas habían pintadas en los alrededores.

Hallaron interrogantes en varios bloques de casas. Desanimados, se reunieron junto al camión.

—Daremos vueltas por las inmediaciones —decidió Júpiter—. Quizá Pete o Hamid recuerden algo que vieran anoche. No podemos ceder ahora. Es nuestra última oportunidad. Si Harry y Joe entregan el sarcófago sin que sean localizados antes, estamos listos.

Carentes de optimismo, subieron al camión, que Konrad puso en

marcha.

—¡Estamos vencidos! —se quejó Pete—. ¿Por qué no lo admitimos?

—¿Y que Skinny Norris se ría de nosotros? —Los labios de Júpiter marcaron una línea recta—. ¡Lo intentaremos!

—Fijaos en la iglesia de la esquina. ¿No la visteis anoche, mientras corríais?

Pete miró hacia la iglesia de estilo español, y sacudió la cabeza.

—No estuvimos en esta calle. Eran más estrechas y sucias. Y más oscuras.

—Bien, iremos por la otra. A la derecha, Konrad, por favor.

—¡A la orden, jefe! —bromeó el corpulento bávaro.

Habrían recorrido unos tres bloques de casas cuando Pete agarró el brazo de Júpiter.

—¡El puesto de helados! Recuerdo que pasamos por delante de él a poco de empezar la carrera.

Señaló una estructura cónica de pobre aspecto, signo evidente de que aquella parte de la ciudad no era propicia para el negocio.

—¡Pare, Konrad, por favor! —ordenó Júpiter.

El bávaro detuvo el camión. Pete, Júpiter, Bob y Hamid descendieron al pavimento. Estudiaron el puesto en forma de cono al otro lado de la calle.

—Hamid, ¿recuerdas haberlo visto anoche? —preguntó Pete.

—Creo que sí —asintió el libio—. Anoche me pareció un pequeño templo, por ser distinto a los otros edificios.

Bob se sonrió.

—En California tenemos puestos de zumo de naranja en forma de naranjas, y puestos de perros calientes en forma de perro. Una construcción cónica para la venta de helado es cosa normal.

—¡Perros calientes! —repitió Hamid, horrorizado—. ¿Coméis perros calientes en Norteamérica?

Ante la imposibilidad de explicarle con pocas palabras lo que era un perro caliente americano, Júpiter se desentendió de su exclamación. Tras breves preguntas supo que ni Pete ni Hamid recordaban en qué dirección corrían cuando pasaron por delante del puesto de helados. Entonces tomó una decisión.

—Bob, tú y Hamid os quedáis aquí. Mantened abierto vuestro transmisor por si suceden nuevos acontecimientos. Pete, tú recorre

la parte alta de la calle, y mira en todos los callejones por si reconoces alguno. Yo investigaré los que hay en la dirección opuesta. Si tenemos suerte, localizaremos lo que buscamos. No creo que Skinny y sus amigos marcaran interrogantes en toda la ciudad.

—Probemos —aceptó Pete.

—Konrad se quedará aparcado en este lugar, que será nuestra base de operaciones. Nos mantendremos en contacto mediante los transmisores.

Pronto oscurecería. Pete y Júpiter partieron en direcciones opuestas. Hamid y Bob aguardaron en el camión.

—Si no encuentran el sarcófago —dijo Hamid—, la momia de Ra-Orkon se habrá perdido para siempre Achmed y yo nos sentiremos muy avergonzados al decir a mi padre que perdimos a nuestro honorable antepasado.

Hamid insistía en considerar a Ra-Orkon su antepasado.

—¿Dónde está Achmed? —preguntó Bob.

—Lo ignoro. Me dijo que tenía que hacer negocios para mi padre. Tal vez haya salido a visitar a comerciantes de alfombras para hablarles de los géneros de la Casa de Hamid.

Bob pensó que Achmed estaría más interesado en encontrarse con los dos ladrones, Harry y Joe, en algún lugar, para entrar en posesión del sarcófago. Sin embargo, no exteriorizó su pensamiento. Hamid parecía muy afectado y triste.

Pete y Júpiter cubrieron varios bloques. Buscaban en los callejones. A través de los transmisores se comunicaban la carencia de éxito. Cuando se hizo demasiado oscuro para ver señales de yeso, con el corazón oprimido, Júpiter dio la orden de regreso.

—Mira en una callejuela más, segundo —dijo—, y reúnete conmigo en el camión. Discutiremos otro plan.

—De acuerdo —respondió Pete—. Corto y fuera.

Júpiter examinó la siguiente callejuela. Parecía muy similar a las otras, por donde los camiones entregaban los géneros. Hacia el final vio un edificio con una gran puerta metálica. Había un camión de color azul delante. Al acercarse, un hombre alzó la puerta metálica. Júpiter comprendió que de tener pintada la contraseña, ya no le sería posible verla. Tras un suspiro de desánimo, se giró para volver sobre sus pasos.

Pero se detuvo de repente: sus oídos captaron una conversación.

—Mételo, Harry —dijo un hombre.

—Conforme, Joe; quédate a un lado —replicó otro.

¡Harry! ¡Joe! Así se llamaban los dos hombres que robaron el sarcófago.

Capítulo 15

Júpiter actúa por su cuenta

Júpiter giró en redondo y corrió hacia el camión, que entraba en el oscuro almacén.

Sólo cabía una posibilidad de que no lo vieran. El llamado Joe se hallaba a la izquierda. Júpiter pasó como una exhalación por el lado derecho entre el vehículo y el vano de la puerta.

El camión se detuvo dentro del local y el primer investigador se zambulló en la oscuridad.

—Cerraré la puerta —habló Joe—. Enciende los faros, que vamos.

Agachado Júpiter pensó deprisa. No veía nada. Si esperaba a que se encendieran los faros, podrían descubrirlo. Sólo en un lugar no sería descubierto.

Se deslizó bajo el camión. El ruido de la puerta al ser cerrada ahogó el suyo. Segundos después los faros iluminaban el interior del almacén. El campo visual de Júpiter era muy reducido. No obstante, vio las ruedas de un coche antiguo y lo que debía de ser el sarcófago de Ra-Orkon, cubierto con una lona.

Imposible pedir ayuda. Si hablaba por el transmisor, los hombres le oirían. En la espera, su corazón latía aprisa.

El conductor, Harry, bajó del vehículo. Júpiter vio las piernas de los dos hombres a sólo veinte centímetros de él.

—El cliente fue razonable —comentó Harry, que se rió—. Estaba seguro de que lo sería. Desde buen principio se mostró ansioso de conseguir esa caja. Lo que pretende con ella nunca lo sabré.

—Sí, fue razonable —respondió su compañero—. Pero exige que la entreguemos fuera de Hollywood, en un garaje vacío. Podemos

entrar directamente en él.

—Eso es bueno.

—Hay más. Teme que puedan seguirnos. Por lo tanto, hemos de tomar precauciones si advertimos algo sospechoso, y no hacer la entrega.

—¿Quién va a seguirnos? —La voz de Harry sonó aguda—. Nadie conoce nuestro escondite. Descuida, haremos la entrega. Necesito el dinero que nos debe.

—Yo también —dijo el otro—. Pero aún no he terminado. A medio camino, si estamos seguros de que nadie nos sigue, pararemos a telefonearle, por si desea que nos dirijamos a la dirección primera. Eso depende.

—¿Depende de qué?

—No lo dijo. Bien, aún no sabes la parte más extraordinaria de este enredo.

—Te escucho.

—Después de hecha la entrega, pondrá la momia dentro. Entonces nos la llevaremos para quemarla en alguna parte, de modo que no quede ni rastro. Por ese trabajo nos pagará mil dólares extras.

—¡Mil extras! ¿Y por qué quiso que la robásemos si ahora hemos de quemarla?

—Lo ignoro. Quizás esté asustado y quiera desembarazarse de toda evidencia. A nosotros sólo nos importa el dinero; por lo tanto, podemos jugar a ciegas. Cumpliremos su deseo. Vamos, carguemos la caja.

Los dos pares de piernas se movieron. A la luz de los faros Júpiter vio cómo se inclinaban sobre el sarcófago.

—Bien, comprobemos si hay algo dentro —propuso Joe.

—Quién sabe, a lo mejor contiene algo valioso —dijo Harry—. Tal vez sea eso lo que busca el cliente.

Alzaron la tapa y miraron. Joe pasó sus manos por el vacío interior.

—No hay nada —comentó—. Vamos. Llevémosla al camión.

Empujaron el sarcófago hasta la trasera del vehículo. Pero allí comprobaron que éste se hallaba demasiado cerca de la puerta para subirla caja.

—Pondré un poco más adelante el camión —dijo Joe.

—Hazlo. Mientras, beberé agua.

Joe se subió al camión, puso en marcha el motor y avanzó cosa de un metro. Júpiter quedó descubierto. Por fortuna Harry había desaparecido detrás de la puerta pequeña.

El primer investigador se halló ante un serio dilema. Si intentaba llamar a Pete mediante el transmisor, sería oído; si se ocultaba detrás de unos barriles, el camión se marcharía sin que él pudiera seguirlo; si se subía en el propio vehículo los dos hombres lo verían cuando izasen el sarcófago.

Pasó un angustioso momento. Al fin descubrió dónde ocultarse hasta que pudiera ponerse en contacto con los otros.

Harry seguía en el cuarto de aseo y Joe al volante. Júpiter se arrastró hasta el sarcófago, alzó la tapa y se deslizó en su interior. A imitación de Pete y Hamid, interpuso un lápiz entre la tapa y la caja, de modo que le entrase suficiente aire.

Luego, con el corazón en la garganta, esperó.

* * *

Junto al camión de la chatarrería, Pete, Bob y Hamid esperaban, presos de preocupación. Habían transcurrido demasiados minutos desde que recibieran las últimas instrucciones de Júpiter. Por otra parte, sólo el silencio contestó a sus esfuerzos de localizarlo por el transmisor. ¿Estaría en grave peligro?

¡Al fin el receptor de Pete captó la llamada del jefe!

—Primer investigador llama a segundo. ¿Me oyes?

—¡Adelante, primer investigador! Recepción perfecta. ¿Qué sucede?

—El camión que nos interesa se dirige a Hollywood —anunció Júpiter—. Dos toneladas. Pintura azul deteriorada. Matrícula PX 1043. En este momento se dirige hacia el oeste por la calle Painter. ¿Enterado?

—¡Enterado, Jupe! —gritó Pete.

Según el mensaje, el camión azul circulaba por la misma calle en que estaban ellos, pero en dirección contraria. Quizá sólo a unos cuantos bloques de distancia. La voz de Júpiter sonaba fuerte.

—¡Damos la vuelta para seguiros, primero! —añadió Pete—. ¿Dónde te ocultas?

—En el mismo sitio que tú anoche.

—¿Dentro del sarcófago?

—Y atado, como os sucedió a vosotros. No había otra posibilidad de mantener el contacto. Por favor, no perdáis de vista el camión. Necesitaré ayuda cuando aparezca el hombre que ha de recibir el sarcófago.

—Nos mantendremos pegados a ti —afirmó Pete.

Velozmente, el grupo se puso en acción.

Pete dio instrucciones a Konrad. El camión de la chatarrería realizó un giro de ciento ochenta grados, y con el acelerador pisado a fondo, rebasó rápidamente varios bloques de casas. Pronto se colocó detrás de un viejo camión azul con el número de licencia que Júpiter había facilitado.

Konrad se mantuvo a una distancia de medio bloque de edificios.

Los faroles de la avenida por la que circulaban les permitía ver el otro vehículo azul, sin necesidad de aproximarse.

—Estamos a medio bloque de ti, Jupe —informó Pete—. ¿Tienes idea de hacia dónde vas?

—Negativo —respondió aquél—. Joe recibió una dirección por teléfono de su cliente.

—¡Es como en las películas! —exclamó entusiasmado Hamid—. Sólo que más emocionante. Pero me preocupa la situación de Júpiter. ¿Qué sucederá si perdemos contacto y no llegamos a tiempo de ayudarle cuando sea descubierto?

—Eso nos preocupa a todos —murmuró Bob.

Y también a Júpiter, tendido en el interior del sarcófago. Con la nariz cerca de la rendija que le proporcionaba aire, se preguntaba a sí mismo si su decisión era correcta. Desde luego, había carecido de otra opción para no perder la pista.

Por fortuna, todo parecía desarrollarse a las mil maravillas: después de un recorrido de varios kilómetros, Konrad seguía en la estela del camión azul. Aparentemente, Harry y Joe no sospechaban nada. Júpiter empezaba a relajarse y felicitarse cuando, de repente, el vehículo se lanzó a toda velocidad, dando saltos sin consideración alguna, como si circulase sobre vías de ferrocarril. Luego se oyeron campanas y el silbido de un tren diesel. Un ruido ensordecedor se interpuso entre los dos camiones.

Poco después el receptor de Júpiter captó la asustada llamada de Pete.

—¡Jupe! Nos ha bloqueado el paso un tren de mercancías, que parece tener un kilómetro de largo. Temo perder la pista. ¿Me oyes?

—¡Afirmativo!

Júpiter tragó saliva, mientras reflexionaba en posibles instrucciones. En ese preciso instante, el camión azul realizó un brusco giro y cambio de dirección.

—¡Segundo! —gritó agudamente Júpiter—. ¡Hemos cambiado de ruta! No sé por qué calle vamos. ¿Me oyes?

—¡Adelante, Jupe! —La voz de Pete sonó confusa—. ¡No entiendo lo que dices! ¿Puedes…?

La comunicación quedó rota.

Júpiter comprendió que yo no era posible establecer contacto entre aquellos pequeños transmisores. Konrad no localizaría ya al camión azul.

¡Estaba solo!

Capítulo 16

Cautivo y aprehensor

Durante varios minutos, Júpiter esperó oír la voz de Pete en el transmisor. Pero ésta no llegó. Evidentemente, mientras pasaba el tren, perdieron la pista. Se imaginó a Konrad lanzado a toda velocidad en busca del camión azul. No obstante, en la noche y en las tortuosas calles de Los Ángeles, toda posibilidad se ofrecía incierta, por no decir negativa.

Probó a mandar un mensaje.

—¡Atención segundo! ¡Atención! Aquí primer investigador. ¿Me oyes? ¿Me oyes? Corto y fuera.

La respuesta que obtuvo fue de una voz desconocida, quizá de un chico de su edad.

—¡Hola! ¿Quién habla? ¿Qué significa eso de primer investigador y segundo? ¿Se trata de un juego? Dejadme participar en él.

Júpiter aprovechó la ocasión.

—¡Escúchame, desconocido! No se trata de un juego. ¿Quieres llamar a la policía?

—¿A la policía? ¿Y para qué?

—Estoy encerrado en la caja de un camión. El conductor lo ignora. ¡Quiero salir de aquí! ¡Llama a la policía! Diles que paren el camión.

Indudablemente, era llegado el momento de pedir ayuda exterior. Y sólo la fuerza pública estaba en condiciones de localizar el vehículo y rescatarlo a tiempo.

—Lo haré —repuso el otro—. Quisiste viajar gratis, y ahora te ves encerrado. Bueno, será mejor que hables de prisa; empieza a

perderse tu voz.

—Presta atención —suplicó Júpiter—. Es un camión azul de dos toneladas, matrícula PX 1043. Se dirige a Hollywood, donde estaremos dentro de diez minutos. Es viejo y…

La voz del otro chico la interrumpió:

—¿Qué ocurre? Sólo me llegan palabras sueltas. Parece que te alejas de mí. ¿Me oyes?

—Te oigo. ¿Y tú, me oyes?

—¡Hola! ¡Hola! —gritó el otro—. ¡No te oigo! Te habrás alejado del alcance de tu aparato. ¡Lo siento!

Descorazonado, Júpiter no supo qué hacer. Se guardó el transmisor e intentó discurrir un plan de acción. Por desgracia, Harry y Joe habían atado el sarcófago. ¡Imposible salirse de él!

No obstante, eso apenas le preocupaba. Recibía suficiente aire para respirar. Lo problemático era el porvenir. Sintió un nudo en la garganta al imaginarse la escena en que Harry y Joe abriera al sarcófago.

¡Hallarían a Júpiter Jones como ostra en su concha, totalmente indefenso!

Semejante pensamiento lo hizo sudar. Harry, Joe y el cliente reunidos alrededor del sarcófago, mirando su interior, y él mirando a ellos. ¿Serían criminales peligrosos, capaces de considerarlo un testigo que les llevaría a la cárcel?

Intentó no pensar en lo que unos criminales peligrosos harían a un testigo indeseado. Prefirió meditar un plan de acción positivo. ¿Y si en el momento de abrirse el sarcófago saltara y se pusiera a correr? El factor sorpresa le ayudaría a liberarse y huir.

Puso en duda la bondad de semejante plan. Ellos serían tres, y sin importar como saltase, uno de ellos estaría lo suficiente cerca para cogerlo. Se preguntó si sus tíos lo echarían de menos. Y Pete y Bob, ¿sabrían algún día qué había sido de él?

Esta idea le secó la garganta. De repente se detuvo el camión. Júpiter, tenso, creyó llegado el momento. Pero no, pues cinco minutos después el vehículo volvía a ponerse en marcha. Entonces recordó que Joe se había referido a una llamada telefónica para concretar la entrega con el cliente. Y era de suponer que ése había sido el fin de la detención.

Mientras el camión seguía su marcha, sus fúnebres pensamientos

tuvieron oportunidad de ponerse en movimiento también. Ello le proporcionó el conocimiento de una serie de medidas a poner en práctica en una segunda vez, si es que ésta se daba. Sus ideas fueron interrumpidas por la brusca detención del vehículo. Oyó él ruido de una puerta plegable al ser izada.

¡Habían llegado al destino! Tensos los nervios, Júpiter se dispuso a la acción. Desde luego, aprovecharía la ocasión arropado en el factor sorpresa. Pero ¿y si eran tres? ¡Se lanzaría sobre el más bajo! Estaba dispuesto a luchar hasta el fin.

Alguien abrió las puertas de la caja del camión. A través del oído, Júpiter intentaba prever los acontecimientos exteriores. Así supo que Joe y Harry subían a la caja y alzaban el sarcófago. Uno de ellos estuvo a punto de soltarlo.

—Ocurre una cosa muy singular con este trasto —comentó Joe —. En el almacén, al empujarlo, no parecía muy pesado. Luego, cuando lo subimos, tuve la sensación de que había aumentado de peso. Ahora también pesa, el condenado.

En otra ocasión, Júpiter se hubiera sonreído. Era comprensible la perplejidad de Joe. Un sarcófago vacío, al que secretamente se le añaden cincuenta kilos más, tiene que sorprender a quienes lo mueven. Pero Júpiter no estaba en condiciones de reírse; al menos no en aquel momento.

Mientras bajaban el sarcófago, el primer investigador oyó una voz desconocida.

—¡Entren en el garaje, pronto!

Pero la voz sonó demasiado amortiguada para identificarla. Segundos después el sarcófago era soltado de golpe sobre el suelo de cemento.

—Conforme —dijo el desconocido—. Déjenme solo diez minutos. Luego se llevarán la caja y la momia para quemarlo todo.

—Primero queremos el dinero —respondió Joe—. No le dejaremos solo sin haber cobrado. ¡O nos paga, o nos lo llevamos ahora!

—Está bien, tengo en el bolsillo dos mil dólares. Cierren la puerta. Pagaré la mitad ahora, y el resto cuando se lleven la carga.

—Quitaré la correa antes de que me olvide —dijo Harry—. La necesitamos.

El sarcófago se balanceó mientras aflojaban la correa.

—¡Déjala, hombre! —gritó Joe—. Hemos de ponerla otra vez para sujetar ese chisme.

—Tienes razón —gruñó Harry—. Bien, veamos ese dinero. —Les pagaré en la calle.

El «cliente» parecía estar nervioso y ansiar alejarlos del sarcófago cuanto antes.

Júpiter oyó el sonido de la puerta al ser bajada. Luego todo fue silencioso. Cauteloso, alzó la tapa. Se asomó. Pese a la oscuridad, advirtió que se hallaba solo. Veloz apartó la tapa y salió fuera. Volvió a colocar la tapa en su lugar y buscó la puerta pequeña que debía de haber para entrar sin coche. La localizó por el resplandor exterior que se filtraba a través de un cristal. Se encaminó a ella. Pero ésta empezó a abrirse, y Júpiter tuvo que aplastarse contra la pared. La puerta, al abrirse del todo, lo ocultó.

El hombre que entró cerró tras de sí, y, para desaliento de Júpiter, lo hizo con llave. El desconocido no advirtió la presencia del chico, acurrucado en un rincón. Aquél se encaminó hacia el sarcófago, frotándose, gozoso, las manos.

—¡Al fin eres mía! —comentó en voz alta—. He esperado veinticinco años. Pero valía la pena.

Se sacó una linterna de un bolsillo y la colocó sobre la tapa de la caja. Era indudable su propósito de actuar sin temor a sorpresa. Por eso no encendió las luces del garaje.

Después de examinar el sarcófago, alzó la tapa, que dejó en el suelo, e, inclinado, pasó sus manos por el interior de la caja, como si buscase algo.

Y Júpiter actuó raudo.

Avanzó tres pasos y dio un empujón al hombre. Éste emitió un ahogado grito y cayó dentro del sarcófago. Júpiter, con la celeridad que imprime la desesperación de un momento crítico, acabó de empujarle los pies, y puso la tapa.

El «cliente», el ladrón verdadero, promotor del robo de la momia y su sarcófago, se hallaba dentro de lo que tanto había ansiado.

¿Podría mantenerlo allí mucho tiempo?

Júpiter se sentó sobre la tapa, antes de que el asombrado desconocido pudiera levantarse. No tardó en iniciarse un violento zarandeo acompañado de golpes. El peso de Júpiter anulaba toda posibilidad de escape.

El hombre gritó sin dejar de luchar.

—¡Joe! ¡Harry! ¿Qué hacen?

Las palabras se oían como un murmullo apagado. La tapa ajustaba herméticamente y el espesor de la madera ahogaba el sonido. Joe y Harry, desde fuera, no podían oírlo.

Pero más pronto o más tarde, aquéllos se impacientarían. Todo sería descubierto. ¿Qué iba a ser de Júpiter entonces?



Capítulo 17

Sorprendentes revelaciones

Júpiter carecía de otra alternativa. Tenía que mantener preso a su aprehensor. Pero en cuanto Joe y Harry alzasen la puerta grande y lo vieran…

De repente, oyó voces en el exterior. Luego fueron gritos de alarma. Una bocina sonó imperiosa. Más gritos. Ruido de escaramuza.

No tuvo tiempo de preguntarse qué ocurría. El preso se había dado la vuelta y empujaba hacia arriba con la espalda. Poco a poco, la tapa empezó a elevarse, pese a los esfuerzos de Júpiter.

Desde fuera subieron la puerta plegable. Alguien gritó:

—¿Quién hay aquí?

Una mano buscó el interruptor junto a la puerta. La brillante luz se esparció sobre la cabeza de Júpiter. El preso dejó de luchar, advertido de que alguien más había irrumpido en escena.

Júpiter parpadeó al mirar hacia el grupo que se hallaba a la puerta del garaje. Eran Pete, Bob, Hamid, el profesor Yarborough y Achmed. Konrad, frotándose las manos, apareció tras ellos.

—Tengo a esos dos pillos atados con una cuerda en el camión —explicó. De repente vio al sudoroso investigador, y gritó—: ¡Jupe! ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió éste, esforzándose en aparecer sereno—. ¿Cómo llegaron aquí? ¿Cómo es que les acompaña el profesor Yarborough y Achmed?

Bob fue el primero en reaccionar. Los cuatro se hallaban demasiado perplejos ante la insólita escena.

—Cuando perdimos el camión… —Se detuvo al observar un

repentino movimiento del hombre preso en el sarcófago, que estuvo a punto de lanzar al suelo a Júpiter.

—¿A quién tienes ahí? —preguntó, muy abiertos los ojos.

El profesor Yarborough, parpadeó cual lechuza sorprendida por los faros de un coche.

—¿Quién diablos está en el sarcófago? —inquirió.

Júpiter se enjugó el rostro con un pañuelo.

—El hombre que tramó todo este embrollo, hace seis meses —explicó—. El mendigo Sardón. El mismo que visitó al padre de Hamid y lo convenció de que Ra-Orkon era su antepasado. Sardón necesitaba al padre de Hamid como pararrayos de sospechas cuando robase la momia.

—¿Sardón? ¿Sardón está aquí? —gritó Hamid—. No lo entiendo.

—¡No es posible! —exclamó Achmed—. ¡Sardón se encuentra en Libia!

—Lo demostraré —respondió Júpiter—. Supongo que podremos detenerlo si intenta marcharse.

Júpiter se puso en pie. La tapa voló por los aires, y un hombre muy alterado salió del sarcófago. Éste miró fieramente a todos.

—¡Sardón! —gritó Hamid—. ¡Éste hombre no es Sardón! Sardón es tuerto, tiene blanco el pelo y muy largo, está tullido y camina con bastón.

—Simple disfraz —contestó Júpiter—. El gato de Ra-Orkon era realmente el gato de la señora Banfry, disfrazado. El dios Anubis que atacó a Wilkins era el llamado Harry, también disfrazado. El mismo Sardón estuvo siempre oculto bajo el disfraz de alguien. Este hombre, Sardón, es…

—¡Freeman! —exclamó el profesor Yarborough, mirando atónito a quien siempre había creído su amigo—. ¿Qué demonios significa eso? ¿Fue usted quien mandó robar a Ra-Orkon?

Freeman, hombre culto e inteligente, comprendió que no había escapatoria posible.

—Sí, profesor Yarborough —dijo—. Llevo veinticinco años esperando poner las manos sobre esta momia y su sarcófago; casi desde que fue descubierta. Ahora, por culpa de este hatajo de chicos salvajes, he perdido un millón de dólares. Quizá dos millones.

Achmed se acercó a Freeman, y observó su rostro.

—¡Este es Sardón! —exclamó—. Le falta el tinte castaño que dio

a su piel, pero la voz es la misma. Éste es el hombre que vino a casa de mi jefe y le narró un cuento de hadas sobre la momia de su antepasado. Éste es el hombre que persuadió a mi jefe a mandarme aquí y recuperar a Ra-Orkon para que su espíritu descansara en paz. ¡Mentiroso!

Escupió al rostro de Freeman, que se limpió con gesto preocupado.

—Comprendo que hice méritos para esto y mucho más —admitió—. Creo que a todos interesa saber por qué intenté robar a Ra-Orkon.

—Desde luego —respondió el profesor Yarborough—. En realidad no lo entiendo. Pudo venir a casa e investigar cuanto quisiera.

—Ra-Orkon en sí nunca me interesó —dijo Freeman avanzando hacia la caja—. Quería el sarcófago. Mi padre estaba con usted cuando lo descubrieron, profesor Yarborough.

—Era un gran hombre, y su asesinato en El Cairo me afligió mucho —comentó el profesor.

Freeman siguió:

—Mi padre hizo un descubrimiento del que nada dijo a usted. Al examinar el sarcófago mientras estaba solo, halló una cavidad oculta por un sólido trozo de madera. La cavidad se halla aquí… se la mostraré.

De la pared descolgó una pequeña sierra, y se disponía a cortar un ángulo cuando el profesor Yarborough lo detuvo.

—¡No! —gritó—. Usted mismo me dijo que es una reliquia sin precio.

—No tan valiosa como la que hay dentro —Freeman esbozó una desvaída sonrisa—. Además, necesita un trocito de madera para determinar su antigüedad por medio del carbono. Francamente, no hubiera necesitado robar el sarcófago si mi padre no llega a enganchar tan bien la madera que oculta la cavidad. De no ser por eso, hubiera podido abrirla a placer en su casa. Pero mi padre no quiso arriesgarse. Esperaba conseguir la momia algún día, y se aseguró de que nadie descubriese su secreto.

Freeman, señalando una esquina, añadió:

—Mi padre escribió una carta que debía mandárseme en caso de que le sucediera algo antes de conseguir el sarcófago. La carta me

llegó después de su muerte. Entonces, yo era un estudiante universitario. La carta me decidió a especializarme en idiomas del Oriente Medio. Años más tarde visité Egipto con el propósito de conseguir la momia. No me fue posible. En cambio, hará seis meses, usted me dijo que el museo iba a mandársela.

Al saberlo, me trasladé a Egipto con la única finalidad de hacerme con la momia, pero volví a fracasar. Entonces ideé un plan para convencer a algún libio rico de que Ra-Orkon era su antepasado. Me disfracé de Sardón, un mendigo, y visité a Hamid, rico libio comerciante en alfombras. Mi conocimiento de idiomas me ayudó a expresarme en lenguas extrañas cuando fingí estar en trance. Convencí a Hamid, de la Casa de Hamid, de modo tan completo que mandó a su hombre de confianza y a su hijo aquí para lograr la momia, robándola si era necesario. Precisamente lo que yo deseaba.

Naturalmente, siempre estuve preparado para robar la momia, si no podía conseguirla por otro medio. Pero necesitaba que las culpas recayesen sobre la Casa de Hamid. Quienquiera que Hamid mandase, precisaría de tiempo para ultimar los preparativos. Su primera visita sería a usted para pedirle la momia. Yo nunca dudé de que usted se la negaría.

Así, en el caso de verme en la necesidad de robar la momia, las sospechas recaerían sobre la Casa de Hamid. Sin embargo, confiaba en que no sería necesario perpetrar el robo. En realidad imaginé que podría asustarlo haciendo que susurrase la momia. Si conseguía que usted se pusiera nervioso, su reacción inmediata habría sido sacar de su museo a Ra-Orkon, entregándomelo para que interpretase el misterioso murmullo. Así habría trabajado a placer, y, desvalijado el sarcófago, le habría devuelto a Ra-Orkon «curado» de susurros.

Pero usted se mostró terco. Y, para complicar las cosas, me anunció su propósito de aserrar un trozo de la caja para determinar su antigüedad. Temí que descubriera su secreto. Eso me obligó a precipitar los acontecimientos, y alquilé a dos ladrones profesionales. Luego… ¡Aquí está!

El ángulo del sarcófago que aserraba se desprendió. Todos vieron una cavidad en la sólida madera del fondo.

—Ya me pareció que sonaba a hueco —murmuró el profesar

Yarborough, mientras Freeman cogía un pergamino.

—Lo sé —dijo éste—. Es otra de las razones que me indujeron a precipitar las cosas, antes de que la curiosidad alentase sus deseos de investigar. Bien, veamos qué descubrió mi padre, en una oscura tumba en Egipto veinticinco años atrás.

Tiró del pergamino, que se transformó en un paquete de regular tamaño. Cuidadosamente lo colocó en el suelo y lo desenrolló. Cuando la última envoltura estuvo fuera, todos contuvieron el aliento. Fuego azul, verde, naranja y carmesí, brilló en el suelo del garaje.

—¡Joyas! —exclamó entrecortadamente el profesor Yarborough—. ¡Joyas de la época de los faraones! Valen una fortuna de por sí, y mucho más por su antigüedad.

—¿Comprenderá ahora por qué el sarcófago significaba tanto para mí, y la razón de mis esfuerzos por conseguirlo? —preguntó Freeman emitiendo un largo suspiro—. Mi padre no se atrevió a sacarlas todas a la vez. Se conformó con dos o tres piezas, y dejó el resto para mejor ocasión. Siempre he considerado su muerte causa inmediata de la posesión de las joyas, que, probablemente, intentaría vender. El profesor Yarborough parpadeó.

—Empiezo a tener una teoría en cuanto a Ra-Orkon. ¿Dónde está la momia?

—Allí —Freeman señaló hacia el interior del garaje—. Está segura bajo sus envolturas.

—¡Menos mal! —El anciano profesor respiró aliviado—. Mi teoría… —De pronto enmudeció. Después añadió—. Eso puede esperar. Usted, Freeman tiene mucho más que explicar. Digamos en primer lugar cómo logró que la momia susurrase.

Los hombros del profesor Freeman se estremecieron. Parecía un hombre desposeído de la mayor, y quizá única ambición de su vida.

—Llevemos las joyas a la casa —dijo—, y allí contaré el resto.

Capítulo 18

Alfred Hitchcock formula preguntas

El famoso director se hallaba sentado detrás del escritorio de su oficina. Soltó la última hoja de papel que narraba las aventuras de los Tres Investigadores en el caso de Ra-Orkon y miró a Júpiter, Bob y Pete, acomodados en sendas sillas.

—Bien, mozalbetes —exclamó gravemente—. Observo que hubo varios momentos difíciles antes del éxito.

¡Momentos difíciles! Pete tragó saliva al recordar el viaje encerrado en el sarcófago. En cambio, Júpiter, pasada ya la aventura, mostraba sólo satisfacción en su redonda faz.

—Desde luego —asintió el primer investigador—. ¿Nos presentará la historia, verdad?

—Ciertamente que sí —confirmó Alfred Hitchcock—. Pero hay unos cuantos puntos que deseo aclarar.

—¿Me olvidé algo? —preguntó Bob, responsable de la memoria del caso.

—Bueno, hay una o dos cositas —dijo Alfred Hitchcock—. Pero no te culpo de negligencia. En realidad has escrito una historia apasionante.

—¿Qué desea saber, señor? —inquirió Bob.

—Veamos —Hitchcock juntó las puntas de sus dedos—. Creo que la cuestión en sí está clara. Veinticinco años atrás, mi amigo el profesor Yarborough, localizó la momia de Ra-Orkon. Pero Aleph Freeman, padre del profesor Freeman, descubrió que el sarcófago contenía una fortuna en joyas y determinó apropiárselas. Desgraciadamente murió asesinado antes de que realizase sus propósitos. Sin embargo, hizo partícipe de su secreto a su propio

hijo, que lo convirtió en la única meta de su vida.

—Así sucedió, señor —intervino Bob—. El profesor cree ahora que Ra-Orkon fue enterrado con tanta sencillez, porque en aquella época pululaban los ladrones de tumbas reales en Egipto. Éstos desenterraban a los reyes en busca de objetos valiosos. Los parientes de Ra-Orkon debieron de confiar en que los profanadores de sepulcros pensarían que no merecía la pena molestarse, cuando en realidad había sido enterrado con su colección de joyas.

—Una teoría muy plausible —admitió Alfred Hitchcock—. Bueno, dejadme continuar. El profesor Freeman se disfrazó de mendigo, y tejió una historia fantástica para conseguir que la Casa de Hamid le sirviera de escudo. Freeman conocía el gato de la señora Banfry, a través de fotografías publicadas en revistas. Sabía, por tanto, de su gran parecido con el gato de Ra-Orkon. Luego, si lo utilizaba, su historia cobraría gran verosimilitud. Por eso lo robó, y, convenientemente disfrazado, lo deslizó en la casa de Hamid.

Bob asintió.

—Freeman lo confesó.

Hitchcock continuó:

—Achmed y Hamid al intentar conseguir la momia, favorecieron los planes de Freeman. Éste hizo que Ra-Orkon susurrase, en la creencia de que Yarborough se lo confiaría. Pero su estratagema no dio resultado. Entonces contrató a Joe y Harry. Desafortunadamente para él, los dos ladrones sólo le llevaron la momia, cuando en realidad lo único que le interesaba era el sarcófago.

—¡Cierto, señor! —asintió Bob—. Se llevaron la momia mientras Jupe, el profesor y yo estábamos en su casa, escuchando el magnetófono. Worthington los hubiera visto de no ser porque aparcó a más de ciento cincuenta metros del camino particular del profesor Freeman. Después de hacerse cargo de Ra-Orkon, nos trajo unos vasos de jengibre, para disimular su tardanza en regresar. Entonces fue cuando les ordenó que volvieran por el sarcófago, y para facilitar su robo, nos entretuvo con nuevas audiciones de la cinta. Fue idea suya que Harry y Joe empleasen máscaras de chacal por si Wilkins lo descubría.

—Indudablemente, Freeman es listo —comentó Alfred Hitchcock —. Bien, Pete y Hamid siguieron la pista de la momia encerrados en su sarcófago. Luego sería Júpiter quien los localizase de nuevo y

empleara la misma técnica de seguimiento. Ahora es cuando llegamos a un punto que no comprendo.

Hitchcock frunció el ceño y los muchachos se agitaron intranquilos.

—Usted dirá, señor —habló Júpiter, en un tono desacostumbradamente humilde.

—Si tus amigos perdieron la pista del camión azul —dijo Hitchcock—, ¿cómo lograron presentarse en el lugar donde tú habías sorprendido al profesor Freeman, y precisamente en el momento en que más los necesitabas?

—Cuéntalo, Pete —invitó Júpiter.

—Con mucho gusto —accedió Pete—. Verá, señor Hitchcock. Después de perder la vista del camión azul, pensamos en que sólo Achmed podía ser el culpable. Regresamos directamente a casa del profesor Yarborough, lo recogimos y fuimos a casa de Achmed. Éste se despedía de unos compradores de alfombras. Se sorprendió muchísimo cuando le contamos los sucesos. Visto que él no era el culpable, decidimos llamar a la policía. Pero el profesor Yarborough quiso aconsejarse de su amigo el señor Freeman. Así fue como…

—¡No me digas! —Gruñó Alfred Hitchcock—. Ahora lo comprendo. Os fuisteis a toda marcha a casa del profesor Freeman, y delante de su garaje hallasteis el camión azul. Cuando Joe y Harry le telefonearon, ordenó que la entrega del sarcófago se hiciese en el lugar acordado en principio, puesto que no había nadie en los alrededores que interfiriese el trabajo. Así, el deseo del profesor Yarborough proporcionó la oportunidad de que todos llegaseis tan a tiempo al escenario de los hechos.

—Sí, señor —admitió Júpiter—. Harry y Joe ingresaron en la cárcel, pues tienen frondoso historial delictivo. En cuanto a Freeman, el profesor Yarborough intenta exonerarlo de culpa. Sustenta su defensa en que no se trata de un delincuente profesional, y que, probablemente, jamás reincidirá.

»Por otro lado, el profesor Freeman ha renunciado a la Universidad, y quiere irse a Oriente Medio a colaborar con las Naciones Unidas. El profesor Yarborough se propone remitir las joyas a Egipto. La señora Banfry ha recuperado su gato, y Hamid y Achmed regresaron a Libia. Se fueron contentos de haber conocido la verdad. Hamid nos ha prometido enviarnos una alfombra oriental

para el puesto de mando, con nuestro símbolo como dibujo. Creo que eso es todo.

—¡En absoluto! —clamó Alfred Hitchcock—. Te has olvidado aclararme el mayor de los misterios: «¿Susurraba la momia?».

Júpiter reprimió una sonrisa.

—Ventriloquia, señor. El padre de Bob nos sugirió la idea.

La expresión de Hitchcock se tornó grave.

—Jovencito, llevo en negocios de exhibición muchos años. Sé muy bien que los ventrílocuos «no» lanzan sus voces, como generosamente se supone. Ellos provocan la ilusión de un muñeco hablador, pero necesitan hallarse cerca de él.

Bob y Pete se miraron. Siempre habían creído que los ventrílocuos lanzan sus voces desde lejos, Júpiter asintió.

—Sí, señor. No obstante el profesor Freeman sí podía. El hecho de que siempre estuviera alejado del escenario, lo excluyó de mis sospechas. Sin embargo, debí de desconfiar, pues era el único que sabía muchos idiomas orientales. Si alguien podía hacer que una momia susurrase en arábigo, ése era el profesor Freeman.

»Sospeché de él cuando averigüé que el gato había sido disfrazado. Este conocimiento me indujo a reflexionar si Sardón era en verdad un mendigo. En otro caso, únicamente Freeman aparecía como sospechoso. Su padre había trabajado con Yarborough, y por lo tanto conocía todo lo relacionado con Ra-Orkon. Además, era la única persona capaz de expresarse correctamente en árabe sin levantar sospechas en Hamid. También su dominio de lenguas primitivas lo capacitaba para fingir conversaciones en supuesto estado de trance.

—¡Bien razonado! —Aplaudió Alfred Hitchcock—. Pero no has contestado mi pregunta.

—Aún no, señor. Ahora lo haré. El profesor Freeman, gran conferenciante, estaba acostumbrado a usar distintas clases de micrófonos y registros. Como usted bien sabe, señor, ahora se emplean micros parabólicos, que captan una conversación a cientos de metros, si se hallan bien orientados.

El rostro de Alfred Hitchcock se iluminó.

—¡Claro que sí! Bien, jovencito. Sigue.

—Hay también altavoces direccionales que proyectan la voz en línea recta a cientos de metros. El profesor Freeman tenía uno en su

balcón. Su casa está en la otra ladera del cañón, frente a la del profesor Yarborough, a unos ochocientos metros de distancia.

»El señor Freeman grabó una cinta con sonidos que recordaban un idioma árabe antiguo. Mediante un telescopio, observaba al profesor Yarborough, que gusta de trabajar en su museo con las grandes cristaleras abiertas. Luego ponía en marcha el magnetófono, y proyectaba el mensaje a través del cañón, de modo que sólo pudiera oírse cuando se estaba muy cerca de la momia.

Generalmente, lo hacía por las tardes, de regreso de su trabajo, siempre que el profesor Yarborough apareciera solo en el museo. Eso explica que se confundiera cuando me disfracé. Así la momia parecía reconocer al profesor Yarborough, y no susurraba ante nadie más.

Un día que el profesor lo invitó a examinar la momia, puso en marcha la cinta antes de salir de su casa. La tenía cronometrada de modo que se produjeran momentos de silencio. Por lo tanto, la cinta dejó de emitir cuando él se hallaba en camino, y volvió a funcionar, una vez llegó a casa del profesor Yarborough. Así evitó que las sospechas recayesen sobre él.

La noche en que Harry y Joe se pusieron las máscaras de chacal y robaron la momia, el profesor Freeman dio más volumen al altavoz, para que Wilkins lo oyera. Conocía su miedo, y estaba seguro de que el mayordomo se desmayaría.

Como ve, se trata de una simple imitación de ventriloquia. Llamémoslo ventriloquia científica.

—¡Sorprendente! —admitió Alfred Hitchcock—. Bien, así «Esfinge» ha vuelto con la señora Banfry; la momia ha dejado de susurrar; las joyas regresan a Egipto, y el caso está resuelto. Me estremece pensar qué nueva aventura os aguarda.

—Señor —dijo Bob, sacándose una cuartilla de un bolsillo—, tenemos varios casos. Por ejemplo…

—¡No! —El director tendió su mano—. ¡No me lo digas! Me sumiría en su escucha, en vez de trabajar en cosas importantes. Prefiero la sorpresa de la solución. Ahora muchachos, buenos días. Hay trabajo que reclama mi atención.

Mientras los chicos desfilaban, Alfred Hitchcock miró el montón de papeles que le dejaban sobre la mesa. No pudo evitar que su pensamiento volara en pos de las aventuras que Los Tres

Investigadores se disponían a vivir. De una cosa estaba seguro: siempre resultarían originales.

ALFRED
HITCHCOCK

Fin



ROBERT ARTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine,
Street &
Smith's
Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow,
Street & Smith
Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories,
Collier's
, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por

los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú» la carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock’s
Haunted Houseful, (1961); Alfred

Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred
Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred
Hitchcock's
Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock's
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and *Thrillers* and More *Thrillers,* (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-*Off*
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.